

Pioneros de la ciencia ficción rusa

Aleksandr P. Ivanov · Ignati N. Potápenko
Aleksandr A. Bogdánov · Aleksandr I. Kuprín
Vivian A. Itin · Alekséi M. Vólkov

Volumen II



Lectulandia

Después de la buena acogida de nuestra antología Pioneros de la ciencia ficción rusa en esta misma colección, ofrecemos ahora un segundo volumen con seis nuevas muestras del género, inéditas en español, de cinco autores distintos, todos ellos clásicos de las primeras décadas del siglo xx. En «El estereoscopio» (1909) de Aleksandr P. Ivanov, un curioso aparato nos descubre el «fascinante poder de atracción» de las fotografías hasta permitirnos vivir dentro de una de ellas. Ignati N. Potápenko sitúa «En la sombra de los tiempos» (1912) en el año 2912 y describe los singulares efectos de un trasplante que intercambia los corazones de un magnate norteamericano y de un primer ministro ruso. En «La Fiesta de la Inmortalidad» (1914) de Aleksandr A. Bogdánov, el científico que descubrió la inmortalidad hace balance de tal proeza, mil años después. Vivian A. Itin relata en «El país de Gónguri» (1922) el viaje a una refinada civilización del futuro de un preso hipnotizado en una cárcel zarista. Finalmente, tanto «Extranjeros» (1928) como «Bairo-Tun» (1929), de Alekséi M. Vólkov, se adelantan en décadas a los relatos de encuentros amistosos con extraterrestres que luego serían tan populares, y lo hacen con una precisión intrigante.

Lectulandia

AA. VV.

**Pioneros de la ciencia ficción rusa
(Volumen II)**

ePub r1.0

Titivillus 21.02.16

AA. VV., 2015

Traducción: Alberto Pérez Vivas

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Aleksandr Pávlovich Ivanov

El estereoscopio

Historia crepuscular

(1909)



Aleksandr Pávlovich Ivanov (1876-1933) nació en San Petersburgo. Hijo de banquero con derechos nobiliarios, se licenció en Matemáticas en la Universidad de San Petersburgo. Durante algunos años ocupó un puesto en el departamento de ferrocarriles del Ministerio de Finanzas, hasta que en 1920 entró a formar parte de la plantilla del Museo Ruso de San Petersburgo. En esta última institución iría escalando puestos hasta ser nombrado primer asesor científico. Combinó esa actividad con la de docente en el Instituto Superior de Bellas Artes de la Universidad de Petersburgo, al tiempo que escribía artículos y monografías sobre el mundo de las artes, centrándose principalmente en la obra de conocidos pintores rusos: Roerich, Repin, Vrúbel...

El relato que presentamos es la única obra narrativa del autor que se conoce, a excepción de un borrador sin fecha recuperado de sus archivos y publicado en 1893 bajo el título de *Gorodische* [La ciudad en ruinas], y podemos considerarla una pequeña joya en su género. En *El estereoscopio*, escrito en 1905 pero editado en 1909, se reflejan el amor por el arte, la experiencia museística y las probables lecturas de juventud que influyeron en la imaginación de Ivanov, pues supone una magnífica combinación de H. G. Wells y Edgar A. Poe; lo que en Rusia se denominaba «ficción científica» en cuanto a la temática, unido en su tratamiento al más puro estilo de los cuentos de terror decimonónicos. El subtítulo «Historia crepuscular» alude no solamente al momento del día en que sucede la acción, sino que es traducción literal de los *súmierechnie rasskazi* o «cuentos crepusculares» rusos: relatos de misterio que se contaban al atardecer en torno a la hoguera o chimenea (el *twilight tale* anglosajón); este modelo se actualizó y popularizó en la década de 1960 con la serie televisiva norteamericana *Dimensión desconocida* (*Twilight Zone*), al añadir el concepto de un espacio interdimensional o zona oscura en la que se encuentran dos realidades y en el que tienen cabida todo tipo de fenómenos extraordinarios, algo que queda plasmado magníficamente por nuestro autor.

Aleksandr P. Ivanov tuvo que dejar su trabajo en el Museo Ruso por problemas de salud en 1931 y murió en 1933 en su ciudad natal, rebautizada Leningrado (según otras fuentes, el año no confirmado de su muerte fue 1940).



Rompí mi estereoscopio. En él no había un simple juego de lentes: su interior parecía albergar la puerta a otro mundo inaccesible para nosotros. Una misteriosa entrada que yo he condenado ahora definitivamente. Había sido el genial invento de alguien, pero de quién no lo sé ni nunca lo sabré. Se me abrieron las puertas a regiones hasta ahora impenetrables y que apenas podía intuir el ser humano. Para mí se había esfumado esa infranqueable barrera entre ese mundo y el nuestro. Pero aquella imborrable noche rompí, al borde del pánico, a martillazos esas lentes, para restablecer la línea preexistente que me separaba de aquel mundo terrorífico.

¿Han notado el fascinante poder de atracción que ejercen las fotografías? Todas son sencillas y dobles al mismo tiempo en el estereoscopio (están en el papel y en la imagen transparente formada en el cristal)^[1]; atraen misteriosamente y tanto más cuanto más antiguas son. Desde ellas nos observa otro mundo, singular y encerrado en sí mismo; un mundo insonoro, muerto, congelado e inmóvil. Carece de los colores naturales; reina allí un único y oprimente tono parduzco en sus diferentes matices, como si todo él se hubiera desteñido. Es el mundo fantasmal del pasado, un reino de sombras pretéritas. Lo que vemos ahora en la pálida imagen fue alguna vez un instante captado de nuestro mundo vivo, algo que después se extinguió allí mismo de forma irreversible. Pero nos queda su reflejo, oculto en la fina lámina de papel o cristal, inalterable, mudo, descolorido. Desde esas viejas fotografías parecen mirarte los dobles fantasmagóricos de aquello que desapareció para siempre; de ellos emana una inquietante tristeza y un pavoroso silencio. Y, cuanto más antigua es la imagen, mayor es su poder de sugestión.

Y así, mientras contemplamos esas viejas fotografías, estamos penetrando con la mirada en su misterioso mundo. Pero solo podemos fijar nuestra vista en él, ya que nadie ha podido aún traspasarlo. Así al menos lo creía yo antes, pero ahora, cuando miro las imágenes del estereoscopio destrozado sobre mi mesa, sé que es posible. Y, aparte de esto, también sé que ningún ser humano debería cruzar este umbral, incluso a sabiendas de que podría hacerlo. No deben los vivos perturbar esa región inerte y petrificada, irrumpiendo en ella hasta alcanzar sus entrañas, porque entonces en lo más profundo se destruirá su enigmático equilibrio, se verá alterada su antigua y sagrada armonía; y, si lo hace, el insolente visitante pagará su profanación con el más terrible de los horrores. Ya fuera porque estaba al borde de ese pánico o porque quería librarme de él, decidí romper mi estereoscopio aquella aciaga noche.

Fue a parar a mis manos de forma tan inesperada como breve fue su servicio. Iba yo una vez por la calle Mayor de la ciudad. Hacía muchísimo frío y había amanecido todo blanco; el cielo estaba blanquecino y el aire tenía un matiz ligeramente azulado. Innumerables humaredas blancas ascendían de otras tantas chimeneas intentando no torcerse, pero el cortante viento del este las vencía y convertía en jirones: daba la

impresión de que la ciudad entera humeaba amenazadoramente. Llegué hasta la Casa de Subastas y me detuve delante de su enorme escaparate, como había hecho en más de una ocasión. Ahí se exponían, en los bajos y espaciosos alféizares, multitud de objetos de todo tipo apiñados y sin orden alguno. En otras repisas había billetes etiquetados con diferentes números, que debían indicar su precio; otros no tenían esa referencia, pero era evidente que todo llevaba allí mucho tiempo en venta.

Me gustaba husmear entre esas antiguallas, ese montón de utensilios en su mayoría pasados de moda y desde hacía tiempo en desuso. Eran antiguos cachivaches que habían acabado en ese almacén, pero que en otra época habían pertenecido a alguien; la vida de las personas que los rodeaban en el pasado había dejado su impronta en ellos y ahora me atraían con su hálito sereno y melancólico.

En las grandes caracolas que pueden verse como pisapapeles o simples adornos en cualquier escritorio, pervive eternamente oculto en su interior el rumor de aquel mar natal primitivo donde reposaron un día. Igualmente se había extinguido en un tiempo lejano aquella vida en cuyo fondo habitaron una vez estos antiguos objetos y ahora aquí, en el escaparate de esta Casa de Subastas, dejaban escapar un leve murmullo como si el pasado nos estuviera susurrando algo... Candelabros de formas caprichosas, lámparas antiguas, tinteros, gastados binoculares y catalejos; incluso un enorme caparazón de cangrejo en su estuche de cristal, realmente insólito, aunque ya pálido por el paso del tiempo y olvidado en un rincón... No era la primera vez que me paraba a mirar todas estas cosas pegado a los cristales, pero entonces me fijé en una que no había visto antes: una pequeña caja de madera pulida, con dos salientes en forma de prismas cuadrangulares. Clavé mis ojos en ella. Era un estereoscopio, en cuyos tubos prismáticos la luz se reflejaba de forma singular, gracias a unas lentes convexas de gran tamaño. Al instante pensé en el tiempo que hacía que deseaba tener uno.

Ver fotografías a través de un estereoscopio es uno de los pasatiempos favoritos de la infancia. Pero no es solo eso: encierra algún tipo de encantamiento, al que el alma se entrega sin oponer resistencia. Ahí está la fotografía, y en ella todo un mundo de estáticas figuras fantasmales; la introduces en la caja, miras, y es como si todo ese mundo se acercara a ti de repente. La imagen plana cobra profundidad y se crea una suerte de perspectiva; ya no es como si la observaras desde fuera, sino que parece acceder a lo más profundo de ese hábitat de fantasmas; aún no has entrado, pero ya hay algo que te incita a hacerlo, ya está dado el primer paso. Sientes cómo crecen y se intensifican esa tristeza y pavor misteriosos que emanan de la imagen, como si se estuvieran aproximando a ti... La impresión que recibí al mirar por primera vez a través de un estereoscopio se me quedó grabada para toda la vida. Fue hace mucho, en mi infancia, cuando un conocido de mi padre nos trajo uno a casa. «Sujétalo con la mano —me dijo— y mira por aquí». Así lo hice, y al momento se abrió ante mis ojos una ventana a una de esas regiones desconocidas y ajenas a nuestro mundo. Era — como supe después— una imagen de los denominados Colosos del templo de Abu

Simbel. Las gigantescas figuras de Ramsés, esculpidas en la roca, se erguían ante mí como fantasmas de color ocre, con sus entrantes y salientes cortando el aire, un aire tan inanimado y fotográfico como los mismos colosos. El doble cadavérico de un árabe que en tiempos vivió en esa tierra aparecía sentado en la enorme mano del coloso. La perspectiva tridimensional de esa región inaccesible hizo mella en mi imaginación de forma inmediata e inconsciente. Daban ganas de encaramarse al gigante, caminar por sus irreales rodillas de piedra, meterse por los huecos que ocultaban sus prominentes manos, pasar por detrás del árabe que estaba sentado. Y ¡qué silencioso estaba todo, tan fantásticamente inmóvil! La figura de aquel árabe se había quedado igualmente inerte para siempre, como las caras pétreas de los faraones con su puntiaguda barba sobresaliendo al frente. ¡Y qué triste y sobrecogedora parecía la escena! Después le seguían una tras otra distintas imágenes: una estatua de Memnón, diversas tomas de Roma, la tumba de Napoleón, una plaza de París... Y cada vez se hacía más y más grande ante nuestros ojos infantiles el mundo encantado del estereoscopio. Era algo nuevo para nosotros, pero a la vez familiar, pues recordaba extrañamente al mundo onírico de la infancia. Nos pasábamos todo el día pensando en ello, intercambiando impresiones, y lo hacíamos en voz baja, como si la angustia y el terror de esos exóticos mundos se hubieran aferrado imborrablemente a nuestra memoria.

Miré con la misma emoción de antaño el objeto, que no era muy grande, perdido entre un mar de cacharrería de la Casa de Subastas. Era antiguo y se me antojó similar al que tenía de pequeño. Pensé que podría hacerme con él, si no era muy caro; las piernas se me estaban congelando y eso me empujó a tomar una decisión. Abrí la puerta y entré. Era un establecimiento enorme; por todas partes había percheros repletos de abrigos y otras prendas; en las esquinas se hallaban expuestos objetos antiguos de todo tipo, al igual que en el escaparate. En las paredes colgaban numerosos cuadros, muchos de ellos retratos. Detrás del mostrador había dos personas, una de las cuales se levantó con actitud interrogativa al acercarme. «Tienen ustedes ahí un estereoscopio —me expliqué—. ¿Está a la venta?». El hombre se acercó al escaparate y cogió el objeto de la repisa. Miró el papelito que tenía pegado en una de sus caras: «Dos rublos», dijo tendiéndomelo.

El artilugio me pareció sorprendentemente pesado; tenía la impresión de que en su interior había algo que no debía estar ahí. Sus lentes también llamaban la atención por su gran tamaño y por ser más convexas de lo normal, por lo que el reflejo de la luz resultaba algo extraño. Le di la vuelta por todos lados; era evidente que era antiguo y estaba desgastado por el uso. La madera pulida tenía bastantes arañazos y en algunas partes había perdido totalmente el lustre. Una particularidad saltaba de inmediato a la vista: el cajón estaba condenado y no había ranuras por las que meter las fotografías; la parte posterior era de cristal velado, pero sin rastro de abertura alguna; por toda la caja la madera se hallaba perfectamente ensamblada. Le comenté esta circunstancia al dependiente. Lo cogió y lo giró en su mano mientras daba

golpecitos con los nudillos en las paredes, pero no supo dar una explicación. Después se lo acercó a los ojos y comprobó que ya tenía una filmación en su interior. Miré a mi vez y vi una imagen de una de las salas del Ermitage, que reconocí de inmediato: la de Zeus Olímpico. El mismo hechizo que me era conocido desde hacía tanto tiempo estremeció mi alma, y lo hizo con especial intensidad. Era increíble la completa y profunda perspectiva que singularizaba a ese estereoscopio. Por lo visto las lentes debían ser enormemente perfeccionadas y estaban dispuestas con gran maestría. Comprendí que la imagen transparente estaba herméticamente fijada al cajón y pegada literalmente a la pared posterior, aunque desde fuera la opacidad del cristal no permitía verla. Me pareció raro y absurdo el capricho del óptico que había consagrado este aparato a una sola fotografía. Esto me obligó a pensármelo bien. Se lo comenté de nuevo al vendedor, pero no era muy amable y me vino a decir que le traía sin cuidado y que si lo iba a comprar o no. Finalmente pensé que en caso necesario podría quitar la cara posterior y rehacer el aparato a mi gusto; saqué el dinero y se cerró la venta.

Volví a casa ya anochecido. En el reloj de pared del vecino, que ocupaba la habitación de al lado en la casa en que vivía de pensión, dieron las diez cuando encendí la lámpara de mi escritorio. Durante un rato estuve descansando en el sillón, escuchando distraídamente los ruidos varios que llegaban desde la otra punta del corredor, en la cocina, donde la anciana Maria estaba lavando los platos antes de acostarse. Después me levanté y desenvolví mi compra, que aún conservaba el frío de la calle. De nuevo me recordó vagamente al estereoscopio que tuve en mi lejana infancia. Lo acerqué a la luz y miré a través de sus lentes, para ver la sala del antiguo Ermitage. La toma debía tener mucho tiempo, como deduje por algunos indicios que me es difícil explicar; indicaba una particular técnica fotográfica que ya no se usaba. Además, me pareció ver algo parecido a una fecha en la esquina superior derecha de la imagen. El artilugio era bastante pesado y las manos vacilaban al sostenerlo; decidí entonces apilar tres gruesos diccionarios y colocarlo encima. Dirigí hacia él la luz de la lámpara y me senté con la postura más cómoda para pegar mis ojos a las lentes. Entonces se vieron mejor las cifras de la fecha, aunque sin poder precisarlas; forzando la vista, me pareció que ponía: «21 de abril de 1877» o «1879». Es curioso que se anotara el día en que se hizo la fotografía y, visto su aspecto tan antiguo, quizá sea también la fecha del propio estereoscopio. «Pero ¿hace tanto?», me pregunté emocionado.

Fue poco después cuando se produjo ese increíble tránsito a la zona oscura del estereoscopio. Sentado con los codos apoyados en la mesa, acerqué mis ojos a los cristales. Allí estaba una de las salas del Ermitage; yo la conocía muy bien, aunque esta vez me resultaba en cierto modo ajena y extraña, como los espacios y lugares familiares cuando los vemos en sueños. La réplica de esta sala parecía de menor tamaño que el real y estaba bañada en esa tonalidad fotográfica. La misma emoción de otro tiempo fue creciendo en mi interior y el viejo hechizo se fue adueñando por

completo de mí; quería caminar por esa sala, deambular entre estatuas y sarcófagos; quería pasar a la sala contigua que podía verse a través de una enorme puerta...

Y de repente sucedió. Como si el ligero olor a queroseno que desprendía mi lámpara desapareciera y fuera sustituido por otro que ya antes había percibido en algún sitio... Pronto recordé el inconfundible olor que impregnaba las salas inferiores del Ermitage. Lo contemplaba todo sin pestañear. Las vagas siluetas de la propia sala y de los objetos que en ella había empezaron a cobrar forma. Todo el espacio parecía estar moviéndose hacia mí, absorbiéndome, rodeándome con sus paredes por detrás, a derecha e izquierda, de forma que podía verlas con solo volver la cabeza. Y, de tal modo, la sala del Ermitage del pasado fue adoptando el tamaño de la que existía en el presente. De pronto me di cuenta de que ya no estaba sentado, sino de pie en el suelo; mis codos no se apoyaban en ninguna mesa y dejé caer los brazos por su propio peso. Finalmente no me quedó duda de que se había completado el encantamiento: estaba en medio de una sala ilusoria, que apenas hacía un momento estaba viendo de lejos a través de unas lentes. Mi habitación, la mesa, la lámpara... habían desaparecido. También lo había hecho el estereoscopio... y yo estaba ahora en su interior.

Reinaba un silencio sepulcral. Solo se oían los agitados latidos de mi corazón y el tic tac del reloj en el bolsillo de mi chaleco. Di algunos pasos al frente y una extraña sonoridad surgió bajo mis pies, repercutió en un rincón de la sala a la altura del techo y finalmente desapareció; me era conocida: así sonaban los pasos en las baldosas que cubrían el suelo de las salas inferiores del Ermitage, solo que aquí eran más apagados, como las paredes y todo lo que pertenecía a este mundo de pálidos fantasmas. Miré a la derecha: desde las ventanas, que se encontraban a gran altura cerca del techo, se filtraba una mortecina luz por toda la sala; por ellas se entreveían el patio, los tejados y un cielo fotográfico de color indefinido, que había sido claro y soleado hasta el momento en que se congeló aquí. Miré a la izquierda: la conocida estatua de Zeus con un águila a sus pies. Había estado recientemente en la sala Olímpica, en la auténtica, y recordé de pronto que detrás de aquel saliente de la pared debía encontrarse un busto con un tocado frigio. Avancé un poco, creando el mismo eco susurrante, y eché un vistazo a ese punto: ahí estaba el busto, su doble del pasado. Lo toqué con la mano: estaba duro y frío, era algo material. Me estremecí interiormente. Con un sentimiento indescriptible, me moví entre las urnas, estatuas y sarcófagos... Todo me resultaba familiar y al mismo tiempo extraño.

De pronto sentí un escalofrío al darme cuenta de que no estaba solo. Con el rabillo del ojo acerté a ver una oscura figura humana que estaba justo detrás de mí... y no era una estatua. Me volví bruscamente. Un tipo con una levita negra se erguía ante mí inmóvil, con la mirada dirigida a la pared y la mano echada hacia atrás de forma singular. A su lado había un artilugio elevado: una cámara fotográfica colocada sobre un trípode. Me quedé mudo de terror. Pasaron unos segundos y él no movió ni un músculo, ni se balanceó, ni hizo un solo gesto. Estaba ahí, silencioso y estático, sin variar su extraña pose ni la expresión de su rostro. Entonces pude examinarlo con

más detenimiento y comprobé que era solo una pálida figura, tan petrificada como todo cuanto la rodeaba. Una vez superado el miedo, me acerqué más y le miré a la cara; sus rasgos faciales estaban congelados en ese pasado, daba igual que pasaran los segundos y los minutos: tanto los ojos como los labios conservaban la misma expresión cadavérica. Mi mirada se posó en el aparato del trípode y entonces vi que tenía dos objetivos. «Una cámara estereoscópica», pensé. Y al instante me vino un pensamiento a la cabeza: ¡debe ser el mismo individuo que hizo la instantánea de la sala Olímpica, su desafortunado doble fantasmal! Ahí está, callado y mustio, pero perfectamente corpóreo; un fantasma que inmortaliza con su aparato una estancia del pasado. ¡Veintiocho años fotografiándola sin inmutarse y lo seguiría haciendo eternamente! Todo lo que en aquel lejano instante rodeaba al fotógrafo, y él mismo, se repetía mágicamente en la fina lámina de cristal y formaba un mundo propio oculto en las profundidades del estereoscopio.

Me entraron ganas de tocar esa figura, pero por alguna razón no me decidí a hacerlo. La rodeé y me dirigí a la sala contigua. Estaba casi sin luz; con dificultad distinguí las estatuas que se exponían en ella y que también había visto antes. La gran ventana del fondo apenas servía para que se filtrara la parduzca luz del exterior, pero a través de ella sí podía verse de forma borrosa, como en los sueños, la fachada del Palacio de Invierno. Una nueva figura se perfiló imprecisamente delante de la ventana; mientras pasaba por su lado, vi fugazmente que era una copia del bedel, que se veía rígido, inmóvil y de espaldas a mí. La luz difuminada que entraba por la ventana se reflejaba en su calvicie con un efecto curioso.

Así comenzó mi itinerario por las desoladas regiones del mundo estereoscópico, por las salas perdidas y sumergidas en el pasado del Ermitage, como si se tratara de un instante congelado en el tiempo. Mientras pasaba de una sala a otra, el eco amortiguado de mis pasos resonaba por los rincones y techados, se apagaba a mis espaldas cada vez que estaba a las puertas de una nueva sala y renacía cuando traspasaba ese umbral. En todas partes se respiraba el olor característico de la zona inferior del museo. Por el camino, me salían al paso aquí y allá enmudecidas y rígidas figuras humanas, semejantes a descoloridos muñecos de cera: eran los visitantes y encargados de estas salas irrecuperables. Cada uno mantenía invariablemente su pose, con la vidriosa mirada perdida en el infinito. En ocasiones me parecía ser el blanco de esas miradas o me topaba con sus ojos pegados a mi cara, lo cual me sobresaltaba. Estaban ahí, con esa luz difusa cayéndoles encima. De ellos fluía hasta mi alma una extraña corriente de angustia y terror...

Sin embargo, al poco tiempo me había acostumbrado a esa sensación y había aprendido a dominar el miedo. Me habitué a la compañía de esos duplicados sin vida y, cuando pasaba por su lado, me obligaba a no desviarme hacia un lado y a mirarles a la cara con tranquilidad. Hasta llegué a tocar a uno de ellos: era un hombre alto de avanzada edad, con una ropa anticuada. Estaba delante de una vitrina con armas y otros utensilios y sostenía un pequeño libro que estaba mirando. Mis dedos se

deslizaron por el áspero paño hasta que rozaron la piel de su cuello: no estaba fría como la de los muertos, sino que conservaba una calidez extraña, como el calor que desprende un cuerpo vivo... Le giré la mano. El librito era un catálogo de *Antigüedades del Bósforo*, una edición antigua. Con cuidado pasé una de las páginas y escuché el débil crujido de ese papel del pasado. Ante otra de las figuras me estremecí, al notar en ella algo familiar. En esta misma sala del Bósforo, estrecha y con su ruidoso suelo de madera, veía y hablaba a veces con uno de los bedeles, ya anciano; hace algunos años dejé de verlo, seguramente porque habría fallecido. Y justo ahora, en medio de la lúgubre penumbra de esta sala del pasado, había reconocido la pálida imagen de mi viejo conocido. Solo que su doble, sentado delante de mí, era bastante más joven y aún estaba lejos de convertirse en un canoso anciano. Así es como lo había visto la primera vez que mi padre me llevó al museo, cuando era pequeño, y nos condujo a la angosta sala donde se conservaban las antigüedades de los frigios. Me aparté de su lado profundamente impresionado.

Así deambulaba por esta región inaccesible. De vez en cuando me detenía, el ruido de mis pasos dejaba de oírse y, entonces, el silencio en estas misteriosas estancias se hacía increíblemente denso, como de ultratumba; no se podía comparar con ningún otro silencio. Y qué lúgubres, enigmáticos, tristes y terroríficos eran estos espacios perdidos para siempre... En las salas inferiores del Ermitage nunca había demasiada luz, ni siquiera en días claros y soleados; el brumoso resplandor del cielo estereoscópico solo servía para extender por las ocres salas del museo una inquietante penumbra, que se espesaba más aún en los rincones y recovecos más alejados. A veces, movido por la atracción innata que nos impele a buscar lo extraño y desconocido, me acercaba adrede a esos oscuros lugares para inspeccionarlos y traerlos a mi memoria. Así, entre sombras, pude distinguir un jarrón que ya conocía en su pedestal y un anaquel con sus estatuillas tanagrinas^[2]; pero también me encontraba en esas zonas con algunas figuras humanas, quietas y mudas, que resultaban de lo más terrorífico en esos apartados recodos. Aunque ya me sentía capaz de dominar mi pánico, éste seguía anidando en mi corazón. Un hechizo inexplicable se estaba adueñando de toda mi persona cada vez con más intensidad, mientras lo único que me venía a la cabeza era la increíble e insaciable extrañeza que me producía todo aquello.

Finalmente llegué al vestíbulo. Una enorme escalinata llevaba a las plantas superiores. Esa parte estaba más iluminada. El mismo tipo de personas desaparecidas en el pasado y con aspecto de muñecos se veía en torno a los percheros. Fugazmente me fijé en la cara acartonada del guardarropa, que sostenía un abrigo, y en la mirada fija de aquel que iba a ponérselo; ambos, sin moverse, parecieron reparar en mí cuando pasé por su lado. Empecé a subir lentamente los peldaños de suave pendiente. Recordé el día en que hace mucho, mucho tiempo, subí por primera vez con mi padre esa misma escalera de mármol. Reviví de nuevo el desconcierto que me produjo aquella interminable serie de escalones y la torpeza de mis piernas, fruto de la

emoción. Y ahora, en las entrañas de ese instante producido treinta años antes, y viendo la descolorida y fantasmagórica escalera, pensé: «Quizá fue ayer mismo cuando pisé esta escalera por primera vez acompañado de mi padre, siendo pequeño. O a lo mejor estaré a punto de pasar por ella hoy mismo, dentro de media hora»... Después me preguntaba si no estaría durmiendo, si no estaría viendo en sueños esta increíble región del estereoscopio. Pasé la mano por la brillante pared y sentí claramente su dureza y suavidad; me pellizqué varias veces en las mejillas y me tiré de los pelos, pensando que con eso conseguiría despertarme, pero no sucedió.

En la parte superior del museo había más claridad pero, aun así, la luz que penetraba por las ventanas y claraboyas del techo era lúgubre e irreal. El suelo entarimado amplificaba y prolongaba el ruido de los pasos, por lo que la resonancia era mayor que sobre las baldosas de las salas inferiores. Como imágenes espectrales se abrían ante mí, una tras otra, las salas que ya conocía; una serie de cuadros vistos anteriormente, pero privados de sus vivos colores, me observaban desde las paredes. En esta parte se hacían notar más los visitantes que en la zona de abajo; aquí eran una multitud. Era como si estuviera asistiendo a un funeral de figuras de cera de tamaño natural. Estaban frente a los cuadros, acercando sus vacíos ojos a las pinturas o, algunos, echando la cabeza ligeramente hacia atrás. Otros consultaban los catálogos o hablaban entre sí con la boca eternamente entreabierta, pero sin emitir sonido alguno; por ello sus gestos eran tan extraños e incluso aberrantes. Los había sentados en los sillones y sofás. Un anciano parecía estar explicando algo a dos damas (de un ser ya desaparecido a otros de igual condición) y su pose petrificada era de lo más curiosa: estaba sentado en el borde, inclinado ligeramente hacia un lado y con las manos extendidas; su rostro inmutable era tan horrible como ridículo. Yo era el único ser vivo en medio de aquellas figuras lívidas como apariciones... ¡Únicamente yo había llegado hasta su morada sin retorno! Pero ya parecía haberme abandonado definitivamente el miedo, y su lugar lo ocupaba la misma fascinación de antaño. Se habían cumplido los viejos presagios de aquel extraño encantamiento.

Sin querer, me vino el deseo de romper el silencio de esas estancias que pertenecían al pasado. Lancé un grito prolongado: «¡Aaaaaaah!». ¿Cómo describir la impresión que produjo en mí ese grito? Me sacó bruscamente del estado de embrujo en que me hallaba y de nuevo despertó el espanto en mi corazón. El grito rebotó contra las paredes y se fue apagando por las cornisas de forma aterradora. «¡Aaah!», respondió en la sala vecina. «¡Aah! ¡Aah!», siguió por las amplias y fantasmales estancias. Y lo asombroso es que recorrió las desangeladas salas superiores, descendió a la oscuridad de la planta inferior y aún se quedó allí un tiempo resonando vagamente. Se oía tanto arriba como abajo, sin que uno solo de los duplicados se inmutara ni reaccionara. Y, cuando se extinguió el último eco, regresó a las fantasmales salas del museo el mismo silencio indescriptible, profundo y perpetuo... No se me ocurrió volver a gritar más.

Una vez aplacado el miedo, continué mi deambular por las diversas estancias del

museo, perturbando su quietud con el mero eco de mis pasos. Me encontré de nuevo delante de la escalera, cuyos infinitos escalones descendían hasta el vestíbulo bañado por la tonalidad parduzca del crepúsculo. Junto a los percheros volví a ver al individuo paralizado inclinándose hacia delante y echando los brazos hacia atrás, para acertar con las mangas del abrigo que le seguía ofreciendo invariablemente el encargado del guardarropa. Y de nuevo por un instante me crucé con sus miradas clavadas en mí. El frío y la semioscuridad de la parte inferior del Ermitage me atraparon por segunda vez.

Me salió al paso la sala dedicada a Egipto, que conocía perfectamente y parecía aún más sobrecogedora en esa ambientación espectral. Se la veía decididamente deteriorada, tanto en sus vivos colores como en la iluminación; me encontré bañado de pies a cabeza por ese tono pardo y ajado, diluido en una atmósfera brumosa y mortecina. El silencio era insondable y el lugar tan espeluznante como cautivador. En medio de esa inquietante penumbra se entreveían los bajorrelieves asirios, adosados a las paredes. Desde las grandes urnas de cristal me observaban los titanes con sus ropajes típicos y sus rostros enigmáticos, entre amenazantes y risueños. Formando una tétrica fila se alineaban los sarcófagos y al fondo se erguía la oscura silueta de Seth, con su cabeza de chacal. En ningún lugar del mundo estereoscópico era tan densa y desoladora la oscuridad como aquí; las sombras se cernían con predilección sobre los huecos que había entre los salientes de la pared, en cuya parte superior unas ventanas estaban adornadas con esculturas aladas. Me intrigaban los rincones más oscuros en los que mis ojos, aún no acostumbrados después de la claridad del piso superior, apenas distinguían nada. Me quedé quieto algunos minutos, escuchando el silencio sepulcral grabado en el pasado. Me seguía rondando la cabeza una idea no aclarada: ¿era posible que media hora antes un chico acompañado de su padre hubiera visitado por primera vez esta sala, y desde entonces su alma hubiera quedado prendada de la fascinación por el Antiguo Egipto, con sus oscuros sarcófagos de piedra y sus ataúdes de madera cubiertos de inscripciones?

A continuación me acerqué a una de las vitrinas circulares y eché un vistazo: vi ahí amuletos, escarabajos sagrados de diversos tamaños y luminosidad, con todas las tonalidades posibles de marrón. Me quedé mirándolos y de pronto se me ocurrió coger alguno. Era algo temerario, pero también tentador. Involuntariamente me apoyé en el cristal y éste crujió de pronto, de modo que un pequeño trozo cayó dentro de la vitrina. El cortante ruido recorrió en un instante toda la sala. El agujero aún era pequeño, así que quité otro fragmento. Mientras me inclinaba, me pareció ver de reojo una cavidad oscura a mi izquierda, que se extendía entre dos abultamientos de la pared. Introduje la mano rápidamente por el cristal y saqué uno de los escarabajos; para mi sorpresa, pude sentir la frialdad y dureza de la fantástica piedra.

De pronto, un miedo repentino recorrió mi cuerpo: sentí sobre mí una mirada fija y opresiva. Salía de esa oscura cavidad que había notado cerca de mi lado izquierdo. Rápidamente me volví. En un rincón, detrás de una estatua pequeña y blanquecina,

había un bulto oscuro no muy alto que apenas se destacaba en la negrura. Debía tener su mirada puesta en mí, desde el momento en que me había acercado a la vitrina. Y justo cuando no hice más que girar la cabeza, sin levantarla siquiera, mis ojos se encontraron con los suyos brillando levemente por el reflejo de la escasa luz... Me enderecé y me eché hacia atrás bruscamente para evitar esa mirada envenenada. No era la primera vez que había sorprendido los gélidos ojos de los habitantes de ese mundo puestos en mí, pero éstos eran especialmente terroríficos. En ellos parecía percibirse el rechazo y hasta la amenaza, como si me hubieran sorprendido in fraganti. Entonces comprendí que había cometido una especie de sacrilegio, al saquear la vitrina con los oscuros duplicados de los escarabajos. Con el amuleto en la mano y reprimiendo el miedo que iba creciendo, me acerqué al fantasma. Comprobé que se trataba de una decrepita anciana, de baja estatura y encorvada; llevaba un abrigo raído y un sombrero extraño. Inclined hacia delante, se apoyaba en un paraguas mientras su grave mirada se fijaba en algún punto del infinito. Las lúgubres ideas e impresiones que acudían a mí luchaban por transformar en palabras mi pensamiento: hace casi treinta años que una vieja extravagante, Dios sabe por qué, se metió en el Ermitage y estuvo vagando por las salas de la planta baja. Entró en la sala de Egipto, se paró en un rincón y se quedó mirando con sus ancianos ojos de forma enigmática e inexplicable un punto situado ligeramente por encima de la vitrina de los escarabajos. Y desde entonces su doble atrapado en las insondables regiones estereoscópicas protege eternamente con sus ojos vidriosos los oscuros amuletos y, con ellos, el profundo secreto de su mundo. Y entonces llegué yo, como un vil ladrón, para profanar ese misterio...

Me acerqué a ella por un lado, evitando la fijeza mortífera de su mirada, y la rodeé por detrás. No pude resistirme a tocarle el abrigo: levanté el borde, lo solté y observé cómo se balanceaba suavemente con el susurro del paño, hasta que de nuevo quedó inmóvil. Parecía una repulsiva y horripilante aparición. Ahora podía verla bastante mejor: su mano reseca y huesuda se agarraba febrilmente al mango de su paraguas; se veía la palidez fantasmal de su mejilla, surcada de arrugas; su fina pelambrea nacía por encima de las orejas y quedaba oculta bajo el anticuado sombrero; y ¡ese apergaminado tono de su rostro! Ya tenía intención de marcharme cuando un extraño impulso me obligó a fijarme de nuevo en sus ojos. Me incliné sobre ella y miré con decisión. Y lo que antes ya me asustaba de lejos ¡ahora lo tenía a menos de medio metro de la cara! Por un segundo percibí hasta el más mínimo detalle de esos ojos glaciales e instintivamente retrocedí temblando de miedo. Entonces sucedió algo que me pareció de lo más extraño. La figura empezó a balancearse, primero muy despacio, después más y más deprisa; se fue inclinando hacia un lado, hasta que al final cayó al suelo con un golpe amortiguado, casi silencioso. El paraguas se soltó de su mano e hizo un leve ruido al chocar contra las baldosas. Se me escapó un grito al tiempo que retrocedía rápidamente unos pasos y después me quedé petrificado sin dejar de mirar al fantasma, convertido en un bulto

negro tendido en el suelo, mientras el eco de mi voz rebotaba en el techo y se diluía en el silencio que impregnaba todo el edificio. Aún estuve paralizado unos segundos, pero después me volví y salí corriendo hacia el vestíbulo.

Seguí corriendo un buen trecho, hasta que me detuve; un sudor frío bañaba mi frente y el corazón latía con violencia. Procuré tranquilizarme y buscar una explicación para el hecho que acababa de presenciar. ¿Por qué se había venido abajo? ¿Acaso le había dado yo sin querer? ¿O es que alguna baldosa suelta se había movido con mis pasos y eso la había hecho caer? Al principio solo era una impresión, pero luego llegué a convencerme de que la anciana era la guardiana de la deslucida sala egipcia y de que su caída había venido a remover no solo el terrible secreto de esa estancia sino los cimientos del propio mundo sin retorno en que se asentaba. El angustioso temor que hasta ahora ocupaba mi corazón se extendió a mi voluntad, adueñándose de ella. Fue la primera vez que pensé: «¿Cómo puedo volver atrás, cómo salir de aquí?».

Solo entonces comprendí mi situación desesperada. Estaba solo y perdido en esta zona muerta, separada del mundo vivo y real por una barrera insuperable. No tenía ni idea de cómo había llegado hasta allí, ni de cómo encontrar el camino de vuelta. Y, aun suponiendo que hubiera una salida, ¿cuánto tiempo tardaría en descubrirla? ¿Y si durante ese tiempo le pasaba algo al estereoscopio que seguía sobre mi mesa? ¿Estaría destinado a quedarme de por vida en este lúgubre mundo, habitado por figuras inmutables procedentes del pasado y en uno de cuyos espacios yacía inerte y silencioso ese fantasma de espeluznante mirada? Un gélido sudor empapó todo mi cuerpo, al tiempo que sentía una fuerte opresión en el corazón, fruto del miedo y de la angustia. Pero decidí no dejarme dominar, procuré considerarlo todo con la mayor sangre fría posible y reflexionar sobre lo que debía hacer. Vi que tenía cerca varios anaqueles con libros; a unos diez pasos se distinguía vagamente una enorme cabeza sobre un elevado pedestal que ya conocía; y hacia delante, detrás y a la izquierda se extendían los desvaídos espacios que formaban las amplias salas del museo. Me apoyé contra la pared, en un oscuro rincón entre ésta y uno de los armarios, para que ninguno de los callados habitantes de la sala quedara a mis espaldas. Inmóvil, como si fuera uno de ellos, esperé que se me ocurriera algo. Pero en mucho tiempo no fui capaz de pensar nada; mis ojos, inútil e inconscientemente, recorrían las vetas del mármol enmarañadas en esa pared del pasado; en mi cabeza se repetían sin sentido e inoportunamente unos versos conocidos, Dios sabe por qué traídos a mi memoria: «Como un gemido resonaba en el oscuro abismo y después se extinguía, resonaba y se extinguía»... Después mi corazón empezó a latir más acompasadamente y mis ideas se fueron aclarando. Entonces, de repente y como por sí misma, surgió la respuesta a la terrible pregunta. Comprendí que solo tenía un camino para probar fortuna: debía encontrar el punto exacto del suelo sobre el que había dado el primer paso en mi peregrinaje por las entrañas del estereoscopio. Me pondré ahí y esperaré. ¿Qué otra cosa podía hacer? Quizá el mismo milagro que me arrojó aquí me lleve de

nuevo al mundo real. Salí de mi escondite y me dirigí a la sala de Zeus. Andaba con cuidado, procurando que mis pasos no hicieran eco, sin detenerme ni fijarme en las figuras que vigilaban en la oscuridad. Una sala, luego otra: ahí estaba el bedel, viejo conocido; y allí el tipo alto con el catálogo en la mano. La galería torcía a la izquierda y dejaba ver a lo lejos la sala Olímpica, en medio de la cual se vislumbraba la figura estática del fotógrafo. Antes pasé por la pequeña estancia en penumbra, donde seguía estando aquel hombre vuelto hacia la ventana, cuya calvicie brillaba con el reflejo de la luz. Finalmente mis pasos me llevaron hasta la sala de Zeus.

Me acerqué al fotógrafo y me pegué literalmente a su cámara; los objetivos estaban a medio palmo de mi cara, justo a la altura de mis ojos. Después, sin moverme del sitio, me di la vuelta y con cuidado coloqué mi nuca de forma que casi rozara el aparato; así me quedé, quieto, moviendo ligeramente la cabeza a derecha e izquierda para adoptar la postura justa. Por fin, me pareció que había encontrado el punto y ángulo exactos desde los cuales, treinta años antes, el fantasma que se erguía silencioso a mis espaldas había inmortalizado esta sala. Estaba justo donde mis pies habían tocado por primera vez este espacio del pasado. Esperé, pero no ocurría nada y de nuevo me dejé llevar por la desesperación. Pero de pronto me dio un vuelco el corazón, empecé a sentir algo, como si me estuviera liberando de la profundidad de la sala: las paredes se empequeñecían y parecían alejarse de mí. El olor del queroseno impregnó de nuevo mis fosas nasales y volví a oír el lánguido sonar de las campanadas en el carillón de mi vecino.

Poco después fui consciente de que estaba en mi habitación, sentado como antes con la lámpara encendida, los codos apoyados sobre la mesa y las cejas rozando los tubos prismáticos del estereoscopio; la misma sala fabulosa que se veía a través de las lentes parecía de nuevo distante y ajena a mí. Me invadió una inmensa alegría. Suspiré con alivio, me levanté y di unos pasos por mi cuarto, creyendo a duras penas lo que sentía. Intentaba pensar algo sensato, pero la cabeza me daba vueltas y estaba del todo confuso. Apagué la lámpara y me acerqué tambaleante a la cama. Me acosté tal y como iba vestido y me quedé dormido sin darme cuenta. Dormí profundamente, pero sin tener sueño alguno. Cuando desperté, ya había amanecido un nuevo día invernal y por la abertura de las cortinas se filtraban los rayos azulados de la mañana. Estuve un rato tumbado y después me acordé de todo. Toda la noche pasada me parecía como un sueño. «Qué sueño tan extraño —pensé—. ¡Igualito que en mi infancia! Debe ser que ayer me dormí mientras miraba por el estereoscopio». En ese momento sentí un dolor agudo en el costado o, mejor dicho, fue entonces cuando me percaté de él, porque ya antes notaba medio dormido que algo me molestaba. En mi bolsillo derecho había un objeto duro y como estaba acostado sobre ese lado, lo estaba presionando con el peso de mi cuerpo. Me incorporé y saqué del bolsillo un disco de unos cinco centímetros de diámetro que parecía de piedra al tacto. Corrí a la ventana, levanté bruscamente la cortina y lo miré a la luz: ¡lo de la noche anterior no había sido un sueño! Puse el escarabajo en la mesa, lo estudié a fondo sin creer lo que

estaba viendo y me dije: «¡Es un objeto del pasado!». Estaba exactamente igual que allí, cuando lo saqué de la vitrina: de color marrón oscuro, áspero al tacto y bastante macizo. Todavía caliente después de estar en el bolsillo, se iba enfriando lentamente, como cualquier piedra auténtica. Seguramente me lo metí en el bolsillo sin darme cuenta en mi loca carrera.

Entonces reparé en el estereoscopio. Estaba encima de la torre de libros, tal y como lo había dejado por la noche. Me senté y miré por las lentes convexas, que conservaban su extraño brillo. Como en un sueño recurrente, de nuevo me observaban desde allí las oscuras paredes, el blanquecino sarcófago del fondo, el saliente que ocultaba el busto con el tocado frigio... El suelo brillaba igual que antes, cuando había andado por él; se adivinaban detrás de la puerta las salas adyacentes, por las que había deambulado y donde quedó tendida la figura de la vieja... Me estremecí y aparté los ojos del aparato, temiendo que ese espacio muerto me atrapara y me llevara de nuevo hasta sus entrañas.

La puerta se entreabrió y asomó Maria.

—¿Ya se ha levantado? —dijo—. No he limpiado su ropa, ni las botas... —observó la mesa y añadió—: Y ¿para qué gasta el queroseno inútilmente? Ayer salió y se dejó la lámpara encendida. Cuando me iba a acostar, vi que había luz; la puerta no estaba cerrada con llave, así que entré a ver y usted no estaba, solo la lámpara encendida. Quería apagarla, pero vi que tenía algo en la mesa y pensé que podría molestarle si lo hacía, por eso no la toqué...

—No se preocupe, Maria —le dije—. Salí por poco tiempo, hizo bien en no tocar nada. En cuanto a la ropa, seguramente no será necesario que la limpie hoy...

—Bueno, si no hace falta... Porque ya pasan de las nueve —dijo más tranquila, antes de irse.

Intenté figurarme lo que habría pensado ella si hubiera mirado por el estereoscopio en mi ausencia y me hubiera visto ahí dentro, saliendo por la puerta de la sala y desapareciendo ante sus ojos. O si hubiera decidido apagar la lámpara, ¿qué habría pasado conmigo? ¡Las tinieblas se habrían extendido rápidamente por todo el espacio en que me movía y me habría quedado solo, muerto de miedo y angustiado, chocando en la oscuridad con esos dobles petrificados y derribándolos por todas partes! Pensando en tales cosas, se me helaba el corazón.

Pasé mucho tiempo en mi escritorio, recordando lo que había sucedido esa noche. Todas las ideas, sensaciones y tenebrosas imágenes parecían revivir en mi interior. Pensaba en ese mundo del pasado, capaz de repetir únicamente el débil rumor de los pasos y de la voz del visitante, pero sometido a la ley de un silencio eterno; ese mundo, que es como una pálida copia fantasmagórica de nuestro mundo real, pero por otra parte material y tangible. Pensaba en sus habitantes e imaginaba la posibilidad de que no estuvieran del todo muertos; estáticos y de rostros invariables, pero quizá anidara en ellos algo parecido a los sentimientos, solo que tan dormidos y apagados como ellos mismos. ¿Acaso no fluye de ellos esa inmensa y muda tristeza

que impregna todo el mundo estereoscópico, desde las paredes a los techos, pasando por cualquiera de sus objetos o hasta el propio cielo plomizo, que transmite ese mismo estado de ánimo a quien lo contempla a través de las lentes? ¿No estarán abocados a penar eternamente en silencio, porque el carácter irreversible de todo ese mundo les incluye también a ellos? Puede que en algunos se alimente una especie de envenenado resentimiento, cuando son observados por otros seres que pertenecen a un mundo ajeno, vivo y real. Y es que las terroríficas y amenazantes regiones estereoscópicas lo son más aún en aquellas zonas donde la oscuridad es más impenetrable. Es muy posible que les enfurezca el hecho de que los estemos mirando, que irrumpamos en su universo; eso hace que su malestar se vaya extendiendo por techos, paredes y galerías, hasta llenar todo ese espacio fantasmal; una opresión y un rencor que calan en el corazón de quien esté mirando.

La imagen terrorífica de la anciana se me vino a la memoria en ese momento. Y de repente, entre esos pensamientos se abrió paso un lejano y olvidado recuerdo referido a ella, algo que me sobrecogió hacía mucho, mucho tiempo, y que se había ocultado en algún lugar de mi corazón; quizá fuera el retazo de un sueño que tuve en mi lejana infancia... Pero el caso es que ahora tenía la sensación de que en un pasado remoto ya había tenido un encuentro o un sueño con ese mismo vejestorio extravagante; y, de forma más borrosa aún, recordaba vagamente haberla visto en alguna especie de enorme y oscuro recinto. Mi imaginación empezó a tirar de esa hebra, intentando recuperar la parte borrada de esa visión fragmentada, para entramarla con otros hilos no menos intrigantes. Y lo que resultó fue lo siguiente: hacía casi treinta años, un muchacho se encontraba con su padre en el Ermitage, entonces tan real como el actual, embelesado por primera vez con la grandiosidad y misterio del Antiguo Egipto. Justo entonces, sus ojos proféticos se cruzaron por un segundo con los de una decrepita anciana. Al instante se desviaron y nunca más volvió a verla, pero la impresión aterradora que le causó no se disipó en mucho tiempo. Después de aquel encuentro, la anciana se pasó el resto del día vagando por el museo y volvió a entrar en la sala de Egipto en el preciso instante en que era captada por la cámara estereoscópica. Y así fue como su doble quedó sujeto para siempre a aquella mortecina estancia, convertido en guardián eterno de los recónditos secretos de esos pueblos...

Finalmente salí de ese estado de ensoñación. El estereoscopio seguía a mi lado, sobre la mesa; lo miré con un extraño sentimiento en el que se mezclaban el miedo y la fascinación. Decidí guardarlo. Lo envolví en un periódico y lo escondí en el armario. Ya era hora de ir al Ayuntamiento, de modo que guardé bajo llave el escarabajo en mi escritorio, me vestí y salí de casa.

Todo el día estuve confuso y ausente, absorbido por las impresiones de mi viaje nocturno. En el trabajo no fui capaz de prestar un mínimo de atención a mis papeles, sumido en esos recuerdos tan increíbles. Durante buena parte del día no se me pasó por la cabeza la idea de hacer una segunda excursión, pues en mi alma aún estaba

reciente la huella que había dejado el miedo la noche pasada. Pero pasaron las horas y aquel viejo encanto que despertaba en mí ese mundo fantástico no me abandonó hasta hacerme concebir ese plan. Yo me decía que era una vergüenza dejarse dominar por el pánico y que, pasada la primera vez, podría pasar a través de las lentes con mucha mayor tranquilidad y dominio de mí mismo. Además, recordé que ahora sabía el camino de vuelta, lo cual me dio ánimos, porque no existía ya la amenaza de quedarse atrapado para siempre en los sombríos dominios del pasado. La única barrera que impedía sucumbir ante el poder de sugestión del estereoscopio había sido eliminada. También podía pensar en la anciana con más tranquilidad. Recuperé desde el fondo de mi memoria aquella confusa visión o sueño, sobre un lejano y primerizo encuentro con ella. Volví a quedar perplejo ante los múltiples e invisibles hilos que se entrelazan en el destino del hombre.

El tiempo, que solía transcurrir tan despacio, se me pasó volando con estas audaces reflexiones. Trataba de imaginar qué pasaría si decidía ir por segunda vez... No me limitaría a las salas del museo, iría hasta la puerta principal, la abriría y saldría a explorar las calles del pasado... Se me ocurrió también que fuera del Ermitage haría bastante más frío, pues recordé la fecha de la fotografía: 21 de abril, finales de abril... Decidí que debía coger al menos un abrigo y un sombrero. De pronto desperté a la realidad presente. Por las ventanas se veía morir el azulado día invernal; en la oficina, las lámparas eléctricas iluminaban mesas y paredes, proyectando sombras en el techo con sus pantallas; entre el humo del tabaco, las cabezas brillantemente iluminadas se inclinaban sobre las mesas y de fondo se oía el suave murmullo del trajín de papeles. El mundo vivo y real me traspasó y entonces me pregunté si no me habría vuelto loco y estaría fabulando. Pero enseguida me acordé del escarabajo, me golpeé el costado derecho con el puño y el leve dolor que sentí me convenció de que realmente lo había encontrado en mi bolsillo al amanecer.

Y así pasé el día, sin dejar de pensar en todo esto, ni al salir del trabajo, ni mientras comía en el restaurante, ni en casa de un amigo a la que me acerqué por unos asuntos. Cuando finalmente llegué a la mía a eso de las nueve, ya había tomado una terrible decisión. Encendí la lámpara, saqué el estereoscopio y lo coloqué encima del montón de libros, como en la víspera. Después corrí las cortinas y cerré la puerta con llave, para que Maria, con su celo habitual, no precipitara alguna desgracia. Al sentarme al escritorio, comprobé si había suficiente queroseno en la lámpara; después recordé, me levanté y saqué el abrigo, una bufanda ligera y el sombrero; me lo puse todo y me acomodé resueltamente. Tenía el corazón paralizado, con una vaga sensación de opresión fruto del miedo, pero aproximé con decisión mis ojos a las lentes y me dispuse a observar.

Pasó alrededor de un minuto y entonces se repitió el mismo fenómeno del día anterior: se consumó el encantamiento que permitía cruzar la fatídica línea. De nuevo me encontré en medio de la sala sin vida. Me volví y miré fijamente a la cara del inmutable fotógrafo: sus rasgos aparecían desfigurados, pero revelaban cierta

inspiración y expresividad, y en sus ojos inanimados se captaba una profunda melancolía. Aparentaba unos cincuenta años y tenía abundantes canas en las sienes. Quizá fuera este mismo hombre, cuyo duplicado quedó convertido en mudo fotógrafo, quien creó el estereoscopio. A lo mejor estaba delante del fantasma de la persona que encontró la ruta prohibida al país del pasado, y que desde entonces recordaba nostálgicamente su anterior mundo. Así me lo imaginaba yo...

Después me dirigí al vestíbulo. Llegué hasta allí por el mismo camino, rodeando toda la planta baja, porque me daba miedo pasar por la sala de Egipto. De nuevo el amortiguado eco de mis pasos resonaba y después moría entre las cornisas; de nuevo la tenebrosa oscuridad y sus habitantes se veían en una u otra parte como figuras de cera: unos vigilando desde oscuros rincones, otros furiosos contra mí en secreto, algunos tristes añorando el pasado. Y, como la otra vez, cuando me paraba reinaba un silencio de muerte, que no podía compararse con nada parecido. Por fin alcancé el vestíbulo. Ya estaba casi en la puerta principal cuando, obedeciendo a un extraño impulso, me detuve un momento. A continuación dirigí mis pasos cautelosos hasta la entrada de la sala egipcia. Traspasé el umbral y di unos tres pasos con el corazón en un puño, me paré y eché un vistazo. Todo estaba como ayer, aunque ahora, fijándome mejor, noté en la penumbra dos visitantes fantasmales que antes me habían pasado desapercibidos. Me volví hacia la vitrina, cuyo cristal roto seguía mostrando la misma abertura, me puse de puntillas para ver, por encima de ella, lo que había al fondo, debajo de las ventanas: allí, en esa oscuridad de ultratumba, se entreveía un bulto oscuro, semejante a un montón de trapos. Una vez saciada mi morbosa curiosidad, rehíce veloz el camino hasta la entrada, me acerqué a la puerta y la empujé. Cedió suave y silenciosamente. Y ahí estaba yo, en un pórtico de otro tiempo bajo las colosales cariátides.

Me fijé en la calle que se perdía por la izquierda: familiar, aunque al mismo tiempo extraña y siniestra, tal y como se nos aparecen en sueños los lugares conocidos. A la derecha se extendía la enorme plaza con su columna en el centro^[3], que había visto mil veces, pero parecía igualmente sacada de un sueño. Todo era de un ajado color parduzco, con algunos matices: la calzada, las aceras, la hilera de casas y la neblinosa catedral al fondo, hasta el propio cielo. Bajé de la columnata. El pavimento estaba seco, aunque había algunos charcos dispersos, uno de ellos con una onda congelada, otros lisos como espejos; en estos últimos se reflejaban perfectamente las lúgubres casas. El aire estaba totalmente quieto, pero hacía bastante más frío que en el museo, por lo que me alegré de ir con abrigo y sombrero. Al paso me salían los transeúntes, paralizados en extrañas poses sobre la marcha: con una pierna hacia delante, dejando ver el calcetín, y la otra hacia detrás. Mirándolos más de cerca, comprendí que el fuerte viento se había inmovilizado de forma increíble en esa atmósfera, pues sus abrigos se veían inflados y ondulantes y algunos personajes estaban inclinados hacia delante mientras se sujetaban el sombrero. Era un viento de otro tiempo...

Caminaba lento y silencioso por aquel melancólico y extenso espacio. Así veía la gente esta plaza hacía treinta años; era algo muy diferente, había cambiado desde entonces. Lo curioso es que ya nadie pudiera verla ahora tal y como era, que se hubiera ido sin posibilidad de retorno. La fachada del Palacio, oscura y sin vida, se extendía frente a mí y acababa a la izquierda, dejando a la vista multitud de edificios del pasado, que se alzaban en la otra orilla del río. Así era como se veía todo entonces... Sin salir de mi asombro, pensaba que ahora en el mundo real nadie podría ver esas construcciones desde aquí, porque la altura de la verja que rodea el nuevo jardín del Palacio impediría la visión. El silencio era imponente, no se oía ni un solo ruido, salvo el leve roce de mis pasos, que se perdían sin dejar huella en ese vasto panorama. Alcé la vista y, por primera vez, pude ver en el descolorido cielo la réplica fantasmal del sol que alumbraba este mundo extraordinario. Aún estaba bastante alto, pero era incomparablemente más apagado que el del presente: lo podía uno mirar sin guiñar los ojos. Su triste luz se difuminaba al caer sobre esta muerta e insólita ciudad. Las tenebrosas sombras de los edificios y de la Columna de Alejandro morían en el suelo; igualmente estáticas se perfilaban las siluetas de los solitarios paseantes y de los pocos carruajes que se veían con sus caballos detenidos a media carrera y sus pasajeros como si hubieran perdido el habla. Con un brillo lánguido y nebuloso destacaba la enorme aguja de la Torre Blanca, con su oro empañado que no podía brillar más allá de su aureola. Los rayos de aquel sol desaparecido, aun siendo débiles, producían cierta calidez.

Después salí a una amplia avenida, que reconocí como la Nevski de otros tiempos, muy concurrida por los habitantes de la desvaída ciudad. Unos venían de frente, a otros los alcanzaba por detrás: hombres, niños, solos o en parejas... un auténtico gentío. Parecían marchar por la amplia acera, pero no se movían del sitio ni un ápice. Algunos estaban en posturas inverosímiles y hasta absurdas. Unos, al parecer, estaban paseando tranquilamente; otros iban con prisas a alguna parte con un gesto preocupado. En la otra acera serpenteaban igualmente como una oscura e interminable línea. Las calesas y otros carruajes circulaban estáticamente por la calzada en los dos sentidos. El tráfico estaba en su apogeo, como si esa gente del pasado se dejara contagiar por el alegre resplandor que vertía sobre ellos el sol fantasmal; se esparcían por su avenida Nevski y, a pesar de la angustia y la pena, intentaban jugar su papel en la vida; y yo tenía la sensación de que todos ellos conspiraban contra mí y en secreto sufrían por lo que de forma irreversible les había sucedido.

Las hileras de casas se perdían en la lejanía... Las había visto mil veces antes, pero ahora tenían un aspecto casi diabólico, como sacadas de una pesadilla. Seguí adelante. A veces me paraba a observar el inmenso y marchito panorama que tenía delante; hasta donde me alcanzaba la vista, todo se volvía más y más negro, a medida que con la distancia la multitud de figuras fantasmales era visualmente más densa. De lejos se parecían bastante a los vivos, a gente que se estuviera moviendo; pero al

acercarme comprobaba que no eran sino copias petrificadas de aquellos que en un tiempo estuvieron vivos y en movimiento. Bastante lejos aún, se veía un grupo que parecía ir a mi encuentro con el rostro dirigido hacia mí. Estaba más y más cerca de ellos; podía ver claramente sus caras, su mirada al frente, y hasta notar sus funestos ojos clavados en mí. Otros parecían hablar entre sí, con la sonrisa irremediabilmente congelada. Llego por fin a su altura y observo con detalle sus rasgos cadavéricos, tan insólitos como espeluznantes.

Luego los dejo atrás, para tener nuevos encuentros con otras personas, pero todas igual de petrificadas y sin color. La impresión que dejan en mi corazón es de una profunda tristeza... Todas callan como muertas, guardan silencio en el templo, con su sombría columnata, aquí frente a la mole del Teatro o saliendo de los portales, o cruzando la calle. Ni una voz, ni un susurro, ni una risa, ni el ruido de los carruajes, ni el bullicio de la gran ciudad; solo un inquietante e infinito silencio, apenas perturbado por mis fugaces pisadas. En mi interior late con fuerza un incipiente y secreto terror, pero consigo dominarlo... Pienso que todo lo que se guarda aquí es único y diferente, que nadie podrá verlo jamás en la actual Nevski. Observo con curiosidad esos vestidos pasados de moda sobre las figuras pétreas, esas tiendas de entonces, esos letreros caídos en el olvido...

Así iba yo, solitario, con la única compañía de mi silenciosa sombra sobre las desteñidas baldosas. Y seguí adelante, una calle tras otra, el único hombre vivo, hundido en las profundidades de esta enorme ciudad muerta. Perdido entre los cientos de casas encerradas íntegramente en su mudo pasado. Y en muchos kilómetros a mi alrededor, se entrecruzaban sus calles y se extendían sus plazas con las gélidas y mudas figuras, otrora llenas de vida. Todo era extraño en sí mismo y en todas partes se respiraba un ambiente tan deprimente como desolador. Me recordaba a la Ciudad de Bronce de aquel cuento árabe, en la que entraron una vez el emir Muza y el jeque Abdossamad^[4].

No sé cómo, fui a parar a una oscura y estrecha calle. Andaba por la acera y de repente me detuve con un estremecimiento. Me dio un vuelco el corazón al recordar. ¡Reconocí ese lugar y la imagen fantasmal de esa vieja y lúgubre casa al otro lado de la calle! En el mundo del que venía, yo conocía de sobra ese sitio; hacía muchos, muchísimos años que pasaba por su adoquinado. La vida y el tiempo lo habían ido transformando de año en año, cambiando su aspecto. Habían derribado la casa y habían construido otra en su lugar: la antigua había caído en el olvido, hundida, tenebrosa y oculta en las entrañas del estereoscopio, adentrándose cada vez más en las aguas del pasado. Y ahora aparezco yo, asomándome a ese mundo; otra vez aquí, mirando hacia esa ventana del cuarto piso tan familiar para mí, ¡donde yo viví un día siendo niño! Temblando, me acerqué al porche. ¡Sí! ¡Ahí están esos dos peldaños oscuros y torcidos! ¡Los mismos peldaños! Lo recuerdo hasta el más mínimo detalle. La vieja puerta acristalada de entrada, la reconozco, ¡por supuesto que la reconozco! No puedo dejar de mirarla. Y ¡aquí estoy, en la desierta y olvidada escalera, tan bien

conocida! Reina una incómoda oscuridad, igual que entonces, y se nota un ligero olor a gas, ¡también como entonces! Más adelante hay una segunda puerta acristalada, que se cierra a mis espaldas con el mismo golpe melancólico que oía en tiempos y que va rebotando por toda la escalera hasta llegar arriba. Como en un turbio torrente, afloran encadenados en mi alma los recuerdos de mi infancia... A la derecha, debajo de la escalera, se ve entre sombras un pequeño rellano embaldosado; me sorprendió no haberme acordado de ese detalle en tanto tiempo, pues precisamente en aquellos años mi imaginación solía revolotear por esos rincones.

Doy un primer paso en la escalera. Mientras subo, voy contando los escalones: trece. Nada ha cambiado. Mi vista se detiene en el tercero por arriba: en su parte izquierda, hay una gran grieta; algo bulle en mi memoria, sale finalmente a la luz, y entonces recuerdo esa olvidada fisura en la piedra y todas y cada una de sus ramificaciones. Me detengo en el descansillo y veo por el amplio ventanal un triste patio, y la división interna de la casa. Todo se me presenta como en un sueño que hubiera tenido hace mucho tiempo y se me repitiera. La sucesión de ventanas, los tejados con sus chimeneas y pequeñas veletas, y al fondo el paisaje borroso de la ciudad fantasmal... Todo es como antes, solo que desde el pasado y de un color marchito. Sigo subiendo por la escalera y, el silencio, que solo altera el ruido de mis pisadas, vuelve a ser infinitamente denso cuando me detengo. Subo piso tras piso y en cada descansillo aparece alguna puerta vagamente conocida. Los recuerdos se avivan como después de un largo sueño. En medio de la penumbra distingo la silueta de las puertas, las ventanillas que hay encima de ellas, los clavos en los revestimientos^[5], las vistosas tablillas de madera que nos susurran los nombres de los inquilinos... ¡Todo está exactamente igual! Me fijo en los letreros: ahí estaban los nombres que yo oía de pequeño en boca de los mayores, los nombres de nuestros vecinos. Aquí, en este mismo instante, detrás de esas oscuras puertas viven en secreto los silenciosos dobles de esas personas. Las tablillas brillaban con opacidad, habían perdido la viveza del cobre, pero no habían cambiado de forma: rectangulares y con las esquinas recortadas.

Llegué por fin al último tramo de la escalera y miré hacia arriba. ¡Dios mío... allí estaba nuestra puerta! El miedo y la emoción se apoderaron de mí. Subí despacio, peldaño a peldaño, hasta el rellano. Y ahí vi la tablilla con el nombre de mi padre... y ¡esas letras que un día memoricé como una imagen en mi cerebro y después cayeron en el olvido! Y la estrecha ventanilla por encima de la puerta, que dejaba ver parte del techo de la entrada sumido en sombras y el borde superior del espejo de la pared; también se veía la campanilla, con su tirador manual, que tenía delante de los ojos. Lo acaricié con mis manos y, sin saber por qué, tiré de él suavemente. En ese momento se oyó dentro un ruido tan entrañable como olvidado desde entonces, solo que más lejano... La imagen fantasmal de la campanilla que se veía tras el cristal se balanceó como yo recordaba. Entonces me di cuenta de que la puerta no estaba del todo cerrada, sino entreabierta, con una pequeña rendija. La empujé y cedió, pero se

detuvo; algo la frenaba desde dentro. ¡Claro!, tenía la cadena puesta. Se habían olvidado de cerrarla bien, pero la cadena impedía el paso. Metí el brazo por la rendija y busqué con la mano, hasta que conseguí tocar el frío metal. Cuando la solté, se oyó el golpe amortiguado que dio contra la puerta. Ésta se abre lentamente y se me aparece como en sueños... ¡el vestíbulo de tiempos pasados! Ahí está, en la oscuridad, el perchero con los abrigo y las pieles, entre los que me gustaba esconderme y jugar de pequeño. Mi nariz capta un peculiar olor que lo llena todo y rescato con alegría desde las profundidades de mi memoria. En la penumbra, mis ojos acostumbrados repasan como antes los dibujos del papel pintado y de las molduras de escayola, confirmando en secreto lo que guardo en mis recuerdos: ¡todo está igual que entonces! Ahí estaba el espejo de la pared. ¿Quién me observa desde él en la quieta oscuridad? Soy yo mismo, con mi abrigo y mi sombrero entre las manos, reflejado en su irreal profundidad: yo, vivo, en un espejo del pasado. Todo había perdido su color de antaño y traslucía la nostalgia de otro tiempo.

A la derecha hay una puerta. Ya lo sabía. Es el despacho de mi padre. Un escalofrío me recorre todo el cuerpo cuando reconozco sus oscuras paredes, la estufa cilíndrica y el techo. Me decido a entrar: ¡la sala resucita ante mis ojos con mucha mayor claridad y temor que en mis sueños! ¡Dios...! ¿Quién está sentado en el sillón tras el escritorio? El hierático fantasma de un hombre... ¡Es él!... Me acerco angustiado y veo de nuevo horrorizado aquellos rasgos tan queridos por mí; rodeo el sillón, me fijo en su cabeza, su nuca, sus manos en las rodillas... y las trémulas voces del recuerdo me confirman todo, hasta el más ínfimo detalle. Le recordaba tal y como era cuando nos dejó para siempre hacía ya quince años. Ahora tenía ante mis ojos su silenciosa copia... Su rostro no se movía lo más mínimo y carecía de los colores propios de la vida, pero aun así se notaba que su cara era más joven que la que recuerdo en el mundo real, su expresión era más fresca, tenía menos arrugas y los pliegues de la frente eran menos pronunciados. Parecía sumido en sus pensamientos. No me cansaba de mirarlo. ¡Habían pasado treinta años! Me acomodé en el sofá frente a él y así estuvimos los dos por un momento, en la misma posición que solíamos adoptar en aquellos dorados años. Sentí de nuevo la comodidad, tan lejana en el recuerdo, de aquel sofá, y el suave aroma de tabaco que flotaba en la habitación. La mesa, los cuadros de las paredes, las estanterías... me rodeaban tan naturales como lo eran entonces. La ventana daba a ese patio que tan bien conocían mis ojos. Todo estaba exactamente igual que en aquella lejana época, cuando pasaba el rato en el despacho de mi padre.

Pero nada de aquello volvería, yo ya no era un niño y a mi lado solo había una triste imagen de otro tiempo; la mesa, las estanterías, los cuadros y hasta el viejo patio que se veía desde la ventana eran otros tantos fantasmas de aquella época. Una abrumadora nostalgia del pasado lo inundaba todo. Él mismo parecía afligido en su silencio, pensando en ese tiempo perdido que no volvería jamás. Y yo me entristecía a su lado, mientras mis lágrimas corrían ocultas hasta la garganta. Después me

levanté y seguí adelante. Me recibió el salón, tan muerto como el resto de la casa; todo en él, tan habitual entonces como olvidado ahora, tenía un aspecto fantasmagórico: el oscuro papel, las tres ventanas con sus flores, la fachada de la casa de enfrente, los dos grandes espejos... Los rayos de ese sol del ayer caían sobre el suelo y se reflejaban en el entarimado con un brillo deslucido. Entonces vi el fantasma de una niña, cuyas ateridas manos trataban de deslizarse por el teclado de un piano. Me incliné sobre su inmóvil y pálido rostro y ya no tuve que preguntarme quién era... Como al salir de un sueño profundo, los recuerdos hablaban por sí solos: ¡así era ella cuando de niños jugábamos en esta misma habitación! Todo lo que mi memoria había conservado en un remoto rincón ahora revivía y se materializaba. Me puse al lado del piano y los dos, uno vivo y el otro como réplica, quedamos reflejados en el quimérico espejo de la pared. Las otras lúgubres estancias me estaban esperando. Pasaba por ellas dejando en el aire el rumor amortiguado de mis pasos. Al final, envuelta en el misterio, me recibió una triste habitación, que fue en otra época el lugar donde más tiempo pasaba: el cuarto de los niños, nuestro dormitorio de cuando éramos pequeños. Allí estaba la mesa de siempre y alguien sentado a ella; su sombra se dibuja en el suelo, pero a él no llego a verlo, pues queda oculto por la puerta. Entro y me asomo: esta vez es el fantasma de un niño. Debe tener siete u ocho años. Sin moverse ni pestañear siquiera, está atento a un libro que tiene sobre la mesa. Y ¡se me hiela la sangre cuando reconozco a mi propio doble! Esa chaquetilla oscura era la que yo llevaba entonces. Y ese libro lo había leído una y mil veces, era en realidad una revista ya medio destrozada. Me fijo con más detenimiento: está abierta por una página con un magnífico grabado que representa la cabeza de un gigante con los párpados cerrados y anillos en las orejas; además hay dos caballeros y tres damas, todos ellos con un siniestro paisaje de fondo. Lo asocio con una imagen vaga e inconexa encerrada en mi memoria desde la remota infancia, de la que ahora se revela su procedencia: era el recuerdo de aquel libro que no había vuelto a ver. Mi doble está ahí sentado, silencioso y triste, con la mirada puesta en el dibujo, mientras yo estudio con avidez sus rasgos lívidos y encuentro latente en ellos el germen del que llegaría a ser mi actual rostro. Me aparto de él para acercarme a la ventana y, treinta años después, vuelvo a ver nuestra antigua y moribunda calle, tan estrecha y desapacible como la veía de pequeño desde ahí mismo; peatones y cocheros están ahí abajo congelados entre las pardas sombras que arrojan las casas. Seguí curioseando por la habitación; pasé la mano por sus paredes, para mí familiares; toqué y retuve entre mis manos algunos de mis antiguos juguetes, de los que ya ni me acordaba. En un sombrío rincón descubro mi caballito, del que siempre me había quedado un recuerdo borroso. ¡Qué pequeño me parecía ahora! En un costado tenía un agujero y me agaché para sentir de nuevo el conocido olor de papel maché. La cama estaba al fondo de la habitación. Llegué hasta ella y se me ocurrió una tontería: me tumbé. Crujió y tembló bajo mi peso; las piernas no me cabían. Acostado, me olvidé de todo, me imaginé que yo también formaba parte de ese pasado... Desde mi almohada veía

la portezuela de la estufa, con sus dos tiradores redondos, que en otro tiempo se me antojaban un par de ojos diabólicos que me miraban... Y arriba, en el techo, estaba la moldura circular, con esas volutas que había estudiado en todos sus detalles con mis ojos infantiles. ¡Cómo habían caído hasta el fondo de mi memoria todos esos objetos, sin dejar la menor huella! Y nunca hasta ahora habían vuelto a salir a la superficie. Pero en ese momento me parecía como si yo mismo hubiera descendido hasta allí, donde todo se descomponía, como si fuera uno más de esos elementos del pasado; podía verlos ahí, descoloridos, pero reproduciendo con intensidad la voz de mis recuerdos: «¡Son esos que habías borrado de tu memoria durante tantos años!», resonaba en mi cabeza. Volví en mí, después de ese momentáneo trance, porque, pese a todo, yo estaba realmente vivo. Volví la cabeza hacia las ventanas: ahí, de espaldas a mí, estaba sentado a su mesa el que yo fui, el melancólico fantasma de un niño... Decidí salir y recorrer otras habitaciones. Pasaba de una a otra sin dejar de sorprenderme. Recorrí el largo y oscuro pasillo con sus antiguos instrumentos de medición en las paredes; al final se vislumbraba el cuarto de baño, entreabierto, en el que recalaban todos mis temores infantiles. En el sombrío comedor estaban los viejos relojes de pared que reconocí al momento; todos se habían parado pasadas las tres. También identifiqué la lámpara de mesa, desaparecida hacía tanto. La rocé y se balanceó con un leve chirrido. Después volví a las habitaciones en que estaban mis silenciosos y queridos familiares. Yo era el único vivo entre unos seres cuya imagen ya se había perdido en el correr de los años; había venido a visitarlos, a su mundo sin retorno... Me hallaba sumido en la insondable quietud del pasado y me entristecía saber que ya no volvería; lloraba por dentro al pensar lo horrible que sería pasar por un mismo instante una y otra vez, una y mil veces. Al mismo tiempo mi corazón era preso de un inexplicable hechizo: ¡se habían cumplido los viejos presagios sobre el poder mágico del estereoscopio! Y yo di gracias a Dios por ofrecerme sus milagros y secretos. Me puse de rodillas, lleno de admiración ante esas almas en pena, y me detuve unos minutos ante cada uno, en señal de respeto a los sagrados guardianes de ese pasado... Pero ellos guardaban silencio, no podían responder de ninguna forma y padecían en secreto por aquello que se había ido con ellos para siempre.

Sin yo quererlo, en mi interior se habían ido tejiendo los hilos, aún finos, del miedo que me acechaba. Miré a un lado y a otro y me dio la impresión de que algo en este mundo inmutable, de forma apenas perceptible y a la vez misteriosa, estaba cambiando. Y de pronto me di cuenta de que en las habitaciones había oscurecido algo desde que llegué. Miré por la ventana: parecía que la sombra que cortaba la casa de enfrente era más pronunciada. Pensé que quizá me engañaba la vista, pero mi angustia no desaparecía: el encantamiento parecía estar perdiendo su efecto y una manifiesta hostilidad parecía estar surgiendo entre los entes duplicados que me rodeaban. Eché un último vistazo a las habitaciones, despidiéndome de todo lo que allí había; salí a la escalera y entorné la puerta enganchando la cadena desde fuera, para dejarlo todo exactamente igual que estaba. Después bajé corriendo hasta la

entrada. La puerta acristalada se cerró como antes a mis espaldas, con un ruido que recorrió piso por piso la siniestra escalera. Y, con alivio, me vi de nuevo en la calle.

Caminaba aún bajo los efectos de lo que acababa de presenciar, la fascinación que me había producido tardaba en disiparse. Pero, al fijarme de nuevo en la sombra de las casas y en las desangeladas calles que se veían a lo lejos, comprendí enseguida que mis ojos no se equivocaban: en el mundo estereoscópico se estaba produciendo realmente un extraño oscurecimiento. Era como si estuviera anocheciendo. Mis miedos cobraron fuerza hasta adueñarse de mí y el hechizo al que había estado sometido se deshizo hasta fundirse en secreto con el incipiente crepúsculo... Después de aquel lapso de tiempo encantado, me acordé de repente de la vieja que yacía boca arriba en aquella oscura sala y los pelos se me pusieron de punta. En ese momento un terrorífico presentimiento me susurró al oído: seguro que sus malas artes son las que han desatado este oscurecimiento... Entonces una sola idea ocupó mi pensamiento: ¡debía llegar cuanto antes al Ermitage! Avancé deprisa entre la multitud de callados fantasmas y mis pasos resonaron veloces por las calles sin vida. La imagen confusa de la anciana no se me iba de la cabeza y recordé de nuevo aquel primer encuentro con ella, cuando estaba viva; era algo que se había guardado en mi memoria como una visión aislada y remota. También se me ocurría pensar en la cantidad de vínculos que entrelazaban el destino del hombre. Quizá fuera justo ese día cuando se produjo nuestra fatídica coincidencia. Y de ese modo, pensando en mí y en mi doble sentado en su triste habitación, me decía que quizá en ese fantasma dormían aún ciertos pensamientos desdibujados; que, a lo mejor, ese niño ensimismado con su libro sobre la mesa estaba allí petrificado pensando en el Ermitage, que había visitado por primera vez ese día y del que acababa de volver, en la impresionante y misteriosa atmósfera de la sala egipcia y en los enfermizos ojos de la singular anciana, que por un momento se cruzaron con los suyos...

Aceleré el paso, casi corría. Había recorrido medio camino cuando vi con horror que estaba oscureciendo cada vez más sobre la ciudad. Ahora predominaba claramente el color marrón a lo largo de las calles y se formaban inquietantes sombras al amparo de las casas; sombras en las que se sumergían progresivamente los transeúntes y carruajes. El crepúsculo con este matiz pardo oscuro ofrecía un aspecto malévolo y oprimente, mientras se cernía sobre el mundo estereoscópico. El sol no avanzaba hacia el ocaso, sino que seguía en el mismo sitio y poco a poco se ensombrecía con el resto del paisaje; cada vez costaba menos mirarlo sin entornar los ojos. Por todo el cielo se extendió la misma tonalidad entre marrón y rojiza. La ciudad se estaba volviendo hostil por momentos y las hordas de criaturas fantasmales producían una impresión aún más amenazante. Me di toda la prisa que pude y alcancé por fin el pequeño puente que ya conocía; a través de su arco, tendido sobre el brumoso cauce que se perdía en la distancia, vi fugazmente el grueso caudal ya oscurecido del río. Agotado, llegué por fin al porche de las cariátides. La lúgubre entrada al vestíbulo me infundió cierto temor y, por unos momentos, me quedé

parado sin decidirme a entrar; a pesar de todo, finalmente me dominé y agarré el tirador de la puerta; ésta cedió sin oposición y, cuando entré, se quedó entornada sin llegar a cerrarse. De nuevo me encontraba en el Ermitage. Noté que la oscuridad era más densa que cuando lo abandoné. La entrada a la sala de Egipto se adivinaba entre las sombras y tuve el impulso de echar un vistazo, pero me reprimí y torcí hacia la sala etrusca. Iba deprisa y mis pasos resonaban en el aire; el parduzco anochecer seguía su curso y las consabidas figuras petrificadas se tornaban aún más siniestras entre las sombras.

Ahí seguían los grandes armarios y el enorme busto sobre su elevado pedestal. Las sombrías paredes de los amplios salones del museo me rodeaban a cierta distancia por todos lados; y allí estaba el rincón donde me había ocultado el día anterior, muerto de miedo. Más adelante, en el siguiente recodo, el maléfico crepúsculo se había adueñado completamente de todo con su creciente oscuridad. De repente me paré en seco: ¿qué era eso? Se oían claramente unos pasos no muy lejos. ¡Alguien venía directo hacia mí! No quería creer lo que estaba oyendo y agucé al máximo mis sentidos. No podía ser el eco de mis pasos, porque yo estaba totalmente quieto. Los golpes eran extrañamente entrecortados, apenas audibles, pero en el silencio abismal de la sala llegaban pese a todo a mis oídos. Eran unos pasos desacompasados, como si alguien anduviera de algún modo arrastrando los pies. Algo en ese sonido me dejó helado al instante y con el corazón en un puño, mientras en mi cabeza cobraba forma un terrible presentimiento. Al poco tiempo los pasos cesaron. El caminante se había detenido. El silencio que siguió se me hizo insoportable, corrí a un lado a esconderme y esperé. Después, los pasos se reanudaron; surgían detrás de una oscura esquina que estaba algo más adelante; se acercaban y se oían de forma cada vez más precisa y contundente. Apliqué el oído y de repente comprendí lo que me había extrañado tanto en ellos: no se parecían a los pasos de alguien vivo, eran monocordes y exentos de vida, como si pertenecieran a un autómeta... Sin mover un músculo, concentré mis ojos en la oscuridad y... ¡justo ahí surgió algo, hizo su aparición eso! ¡Una extraña y menuda figura con un extravagante sombrero! Inmediatamente supe que era ella. «Así que, se levantó del suelo... y ¡anda por ahí en mi busca como una muñeca mecánica!», pensé. Sus movimientos eran confusos y carentes de vitalidad, como los de un autómeta. Se aproximaba más y más... El horripilante fantasma iba derecho hacia mí, dispuesto a clavarme su vidriosa mirada, renqueando y arrastrando los pies...

Con un grito tan salvaje que retumbó por las salas como un eco estremecedor, me di la vuelta sin pensarlo y salí corriendo. A toda carrera no tardé en alcanzar la oscura entrada de la sala egipcia, pero no quise entrar en ella, sino que torcí a un lado y subí corriendo la escalinata de mármol saltando de cuatro en cuatro los escalones. Cuando llegué al final y ya había rebasado la mitad de la balaustrada que rodeaba el hueco de la escalera, me detuve y tomé aliento apoyado en la sólida barandilla que daba al vacío. Mi corazón latía desenfrenado y por mi cabeza cruzaban ideas absurdas sobre

enigmáticos equilibrios alterados por la irrupción de un ser humano en las entrañas del mundo estereoscópico; sobre extraños cambios que tendrían lugar en ese reino eternamente inmutable; sobre el acuciante anochecer y sobre la mortífera maldad de la anciana. Todo indicaba que los duplicados... ¡podían moverse si se alarmaban por algo! Esos seres del pasado, fijados para siempre en su sitio, salían de su estado y hasta podían vagar por ahí, aunque sin llegar a tener la capacidad de movimiento de los vivos; la congelación de sus miembros no desaparecía del todo y se convertían en una especie de terroríficos autómatas...

Miré a un lado y a otro: aquí también se extendía la misma tonalidad del crepúsculo a través de las amplias cristaleras. Mientras avanzaba pegado a la barandilla, vi que, por debajo de mí, el vestíbulo se estaba sumergiendo en una profunda oscuridad de un tono casi rojizo. Y entonces volví a oír los pasos; venían de algún punto situado en el profundo y negro vano de la escalera, y eran más nítidos. Entre las sombras cobrizas ya se perfilaba un oscuro y extraño objeto, que iniciaba su ascenso por las escaleras. El fantasma estaba subiendo con increíble velocidad, a pesar de sus movimientos mecánicos; pronto se definió claramente su figura al salir de la oscuridad. Después se detuvo a falta de diez peldaños y de pronto su cabeza se volvió hacia mí y nuestros ojos volvieron a encontrarse... Luego, como si hubiera dado por confirmada mi presencia, el mudo autómatas reanudó su marcha ascendente con mayor rapidez e inquietud; apareció tras la balaustrada y fue directo a mí. Yo corrí a lo largo del pretil, dando un rodeo, para alcanzar la escalera desde el otro lado, pero la maldita vieja se dio la vuelta en el acto y casi nos chocamos al borde del primer escalón. Salté a un lado y subí con todas mis fuerzas hasta las salas superiores. Los deslucidos cuadros que ya conocía se asomaban fugazmente por las paredes, mi carrera hacía retumbar el suelo de madera; la agobiante y diabólica oscuridad se iba extendiendo por todas partes y las figuras estáticas que tragaba observaban calladas mi desesperada huida. Pero por detrás me estaba dando alcance el engendro fantasmal y ya se oía el rápido y monocorde golpeteo de sus pies. Cuando pasé por una pequeña sala con sus desvaídos frescos, me vi por un momento reflejado en un espejo de ese mundo: estaba lívido, descompuesto, rodeado de tinieblas... y era consciente de que medio minuto después se reflejaría en él, rodeado de misterio, el abominable espectro que me perseguía...

A veces la carrera daba una pequeña tregua, seguramente al desviarse la anciana de su camino. Aprovechando uno de esos momentos, me dirigí sigiloso a la escalera para llegar a la planta baja, pero al pasar por una de las salas vi que el fantasma venía renqueando desde otra para cortarme el paso. Tuve que retroceder rápidamente. En otra ocasión estuve un rato escuchando agazapado sin que se oyera paso alguno; durante un minuto hubo un silencio sepulcral. Entonces corrí de puntillas hacia la escalera, pero en una de las salas menores me di de bruces con ella. En un gesto de pánico la sujeté por los hombros y me quedé paralizado, sin poder apartar la vista de sus escalofriantes ojos vacíos; después saqué fuerzas para apartarla de un empujón, la

vieja se balanceó y cayó de espaldas al suelo con un golpe sordo. Eché a correr hasta alcanzar la escalinata, pero me detuve entre dudas: el crepúsculo había avanzado de tal forma que el amplio hueco de la escalera se cernía ante mí con la negrura del abismo, pero no había otra salida y me abalancé a ciegas escaleras abajo hasta la oscura sima del vestíbulo. En los últimos peldaños me volví para mirar hacia arriba, y entonces lo vi: ¡en el rellano superior apareció la silueta del autómatas que ya se disponía a bajar! Sin pensarlo dos veces, me fui hacia la derecha y me escondí tras un perchero. Los pasos de moribundo se oían cada vez más cerca por los escalones... ¿Qué pasaría si llega a descubrirme detrás del perchero? Pero, gracias a Dios, suspiro aliviado: el fantasma pasa renqueando cerca de mí, sin percatarse de mi presencia, se dirige a la sala de los vasos etruscos y se pierde en su oscuridad.

Enseguida comprendí que podía llegar a la sala de Zeus antes de que ella recorriera las múltiples estancias de la planta baja. Podría atajar por la sala egipcia. Salí de mi escondite con cuidado y enfilé hacia la entrada de la sala, confiando en superar el miedo que me infundía. Pero nada más entrar, me detuve en el acto, confuso ante la escena que presencié. Todo estaba ya envuelto en esa oscuridad parduzca, pero en medio de ella distinguí con dificultad una nueva figura, sentada en el sarcófago del fondo: estaba inmóvil, a excepción de la cabeza, que empezó a volverse lentamente hacia donde estaba yo. Debía ser algún visitante pasado del museo, que por efecto de la anciana se había convertido también en autómatas y se había encaramado al sarcófago. Recordé los dos fantasmas de piedra que antes había visto de refilón en esta misma sala; en un oscuro rincón bajo las ventanas seguía el que estaba hojeando un catálogo y el otro debía ser el que estaba viendo en ese momento. Asustados por la invasión de su mundo, abandonaban su sitio y, de una forma tan milagrosa como aterradora, andaban descontrolados por las oscuras salas. Pero, dejando a un lado mis reparos, continué mi carrera sin mirar atrás. Y así llegué hasta la sala de Zeus, también dominada por la densa oscuridad; las estatuas que antes eran blancas ahora se veían de color marrón oscuro, lo que les daba un aspecto bastante siniestro. Ahí estaba el fotógrafo. Su rostro acartonado tenía ahora un tono pardo rojizo que lo volvía horripilante. Coloqué mi nuca pegada a su aparato hasta sentir la dureza de los dos objetivos de la cámara. Desde ahí veía la entrada que daba a la sala de al lado, invadida por tinieblas de ultratumba y con una débil claridad más allá. Pero de pronto surge de nuevo el débil ruido de unos pasos; el fantasma ya había rodeado todas las salas y su terrible silueta se perfilaba en medio de la escasa luz del fondo; iba decididamente a por mí, todo lo rápido que podía... cada vez más cerca... Pero ¡gracias, Dios mío!, empiezo a sentir como si la sala se alejara... y ¡ya estoy fuera de su alcance! De nuevo funcionó el mágico mecanismo de retorno a la vida real. Estoy otra vez ante la mesa de mi habitación, con la lámpara encendida a mi lado y el estereoscopio encima de los libros...

Aparté los ojos de las lentes y me recosté en el respaldo de la silla por unos momentos. El corazón aún me golpeaba el pecho de forma amortiguada pero

acelerada. Sentía un terrible cansancio en las piernas y los dedos de mis manos guardaban todavía la repugnante impresión que me había producido el contacto con los hombros del vejstorio fantasmal. Después tuve valor para mirar con cuidado por el visor del estereoscopio; al principio a cierta distancia, sin llegar a acercarse del todo los ojos. Se llegaba a ver la sala ya en plena noche, solo que lejana y reducida; yo ya estaba fuera de ella y la frontera que nos separaba se había restaurado. Me atreví entonces a pegar los ojos a las lentes y de pronto lo vi: allí, junto al sarcófago que había al fondo de la sala, se veía difusamente en medio de la oscuridad el bulto de la vieja, sentada en el suelo... y ¡con su mirada clavada en mí! Di un salto hacia atrás como un loco, tirando de un manotazo el montón de libros. El estereoscopio cayó de golpe sobre la mesa con sus lentes boca arriba. Una inquietante idea se abrió camino en mi cabeza: si yo había podido penetrar en su región del pasado, desde el mundo de los vivos, ¿no podría ella traspasar esa barrera y colarse en mi habitación de repente?! En pleno ataque de pánico y sin pararme a pensar, agarré un martillo que tenía encima de la mesa y, ¡zas, zas!, hice añicos los cristales y sus minúsculos trozos fueron a parar ruidosamente dentro del aparato.

Estuve dando vueltas por la habitación hasta que conseguí tranquilizarme. Solo entonces me di cuenta de que aún llevaba puesto el abrigo y la bufanda, no así el sombrero, que busqué por el suelo sin encontrarlo; casi seguro que lo perdí corriendo por alguna de las salas del museo. Después cogí el estereoscopio y tras varios intentos conseguí romper su pared posterior y extraer la fotografía que guardaba. Conteniendo la respiración, la acerqué a la lámpara: en ella se veía la imagen en color sepia de una sala que yo conocía. Era como una fotografía velada; la sala aparecía bañada en un tono pardo rojizo crepuscular, pero ya no se apreciaban figuras, ni siquiera la que antes estaba sentada en el suelo. Examinando a fondo la imagen, no encontré en ella ni rastro de la vieja, que seguramente tuvo tiempo de salir del campo visual. Daba la sensación de que el oscurecimiento se había detenido, como si el extraño anochecer en aquel mundo no hubiera llegado a culminar. Se me ocurrió que quizá los duplicados que se habían salido de su lugar, se habrían visto de nuevo paralizados. Observé con detenimiento la lámina de cristal sobre la que estaba la fotografía, sin ver nada anormal en ella: una imagen doble de la sala, de quince centímetros de largo. En su parte superior derecha se podía leer escrito a mano: «21 de abril de 1877».

Así fue como acabé con el estereoscopio. ¿Cómo y cuándo fue a parar a la Casa de Subastas de la calle Mayor? ¿Quién lo creó? ¿Quién abrió el camino para pasar a ese descolorido país? ¿Sería ese alto fotógrafo, cuya efigie se yergue eternamente en aquella sala fantasmal? O ¿podría ser cualquier otro? Y, de ser él, ¿qué sentiría cuando pasó al otro lado y después de regresar se vio a sí mismo convertido en una estatua en medio de aquella sala muerta? ¿Cómo consiguió introducirse en ese mundo sin perturbar la calma de sus silenciosos habitantes, sin despertar su latente horror, sin

atraer ese maléfico crepúsculo? Quizá su destino era no volver nunca más atrás, a su mundo real, y por algún oscuro motivo quedó para siempre enterrado en vida en el corazón del estereoscopio; pudo sufrir una crisis cardíaca en las mortecinas calles de la ciudad, caerse por una escalera, o ahogarse en algún río o canal del pasado. Pero ¿quién sabe?, a lo mejor el propio creador del estereoscopio no fue capaz de traspasar el umbral de las lentes y yo he sido el primer y último hombre que ha pisado las entrañas de aquel mundo fantástico.

Ya ha pasado mucho tiempo desde aquella noche. Cuando cae en mis manos algún estereoscopio, lo cojo, lo miro por todas partes y, como siempre, renace en mí la fascinación de antaño. Sé que esto es lo que precede a una especie de trance, pero también sé que ya no me llevará a vivir aquello por segunda vez; porque yo, que ya estuve allí, ahora solo pretendo asomarme a ese mundo desde fuera. Por los cristales circulares veo un pinar con una estrecha vereda que se interna en él. Algunos charcos que quedan de la lluvia reciente brillan sin vida y ya me parece estar allí mismo; camino por el húmedo sendero, me pierdo en el lúgubre bosque de pinos y veo cómo éstos se reflejan en los charcos muertos que sirven de espejo; me dirijo a un claro ilusorio que surge a lo lejos entre un mar de troncos y en medio del imponente silencio del bosque, donde solo oigo el débil crujido de las ramas que piso. Las gotas de lluvia salpican al caer de las hojas ocres de los arbustos y por todas partes se extiende el suave olor del pinar mojado por el aguacero... Pero todo esto no son más que imaginaciones: estoy separado de ese mundo por un muro infranqueable. En otra ocasión veo por los oculares de estereoscopio una playa desierta y me parece estar paseando por su húmeda y crepitante arena; no hay ni un alma en toda la misteriosa orilla y ante mí se extiende un mar del pasado, con blanquecinas olas encrespadas, y congeladas para siempre en todo el horizonte que abarca la vista; el paisaje carece de colorido y rezuma tristeza; escucho el silencio del mar y de la costa sin vida, huelo el frescor salado y el suave aroma de las algas. Pero nada de eso es real, solo me lo parece, y en un segundo recuerdo que estoy mirando por el estereoscopio, que el mar del pasado es un lugar vetado para mí y que una barrera insalvable nos separa.

No he vuelto a encontrar otro aparato que realmente permitiera abrir las puertas del pasado, como aquel cuyos restos quedaron esparcidos por mi mesa. Decidí reunir los trozos de cristal y guardarlos en una caja. A veces contemplo la fotografía doble que extraje del estereoscopio, con su oscura imagen de aquella sala. La examino de nuevo con detalle: las paredes, el suelo, las estatuas y el denso crepúsculo parduzco que podía verse a través de la galería del fondo, crepúsculo que desde entonces no había avanzado. Nada había cambiado en la fotografía, pero el extraño mundo encerrado en ella cada día se adentraba más y más en el pasado... Allí se ocultaban las salas del Ermitage, envueltas en esa maléfica oscuridad, habitadas por el mudo fotógrafo, los otros silenciosos visitantes, la condenada bruja petrificada y las dos figuras que moraban en la sala de Egipto; allí, en ese espacio tenebroso, estaba la vitrina con el cristal roto, saqueada por mí, y por alguna parte estaría mi sombrero

tirado en el suelo; allí, en suma, se escondía la enorme ciudad moribunda, envuelta en diabólicas tinieblas... y también mi antigua casa, mi habitación, donde habitaban mis queridos familiares congelados para siempre, sentados entre las sombras y cada día más y más hundidos en el pasado. Nunca volveré a ese lugar... La entrada a ese otro mundo había quedado clausurada para siempre...

Aquí, en nuestro mundo, suelo ir a menudo al Ermitage. Mientras vago por sus salas, intento verlas con otros ojos, con los colores de la vida real. Pero hace poco estuve en el museo bajo un oscuro día invernal, de esos que iluminan escasamente incluso las salas superiores. Del cielo plomizo caía una tenue luz que se colaba por los ventanales. Los colores se difuminaban y se volvían apagados y marchitos; era como si aflorara de nuevo el descolorido pasado ante mis ojos. El efecto ambiental era especialmente vívido cuando me encontraba solo, sin nadie más a la vista. A veces tenía la impresión de que las paredes, el suelo, los cuadros y los adornos del techo perderían definitivamente su color, hasta quedar muertos y congelados, y yo me reflejaría de nuevo en algún espejo del pasado, solitario y superviviente en medio de ese mundo perdido. Sentía escalofríos cuando al torcer alguna esquina me sorprendía un grupo de estatuas en penumbra, o al ver los reflejos que surgían en el suelo... y entonces recordaba con nitidez lo que me había pasado en este mismo lugar, mientras corría en la oscuridad por salas y escaleras que ya no volverían. Pero aún con mayor realismo se revelaba el pasado en los espacios del piso inferior, que el día invernal, unido a las escasas y sombrías ventanas, mantenía en una constante penumbra. En el punto en que se unían tres enormes salas, al amparo de las librerías, reconocí con cierta desazón el lugar desde el que oí por primera vez aquellos pasos aterradores y el mismo rincón en que me escondí muerto de miedo la primera noche. Me entretuve un tiempo en la sala egipcia. Con la cabeza llena de extraños pensamientos, estuve un rato en el hueco de la pared donde vi por primera vez a la anciana vigilante. Después me acerqué a la vitrina de los escarabajos y vi que seguían expuestos los antiguos talismanes, protegidos por su cristal intacto. Entonces saqué del bolsillo aquel objeto que me traje de allí y lo comparé, como había hecho ya otras tantas veces, con los que estaban en la vitrina, de color verde. Y de nuevo llegué a la conclusión de que se parecían como dos gotas de agua: igual tamaño, igual forma, el mismo pequeño trozo que faltaba bajo el ala derecha... excepto que mi escarabajo era de color marrón oscuro. Y ahí me quedé al lado de la vitrina, mirándolos, sorprendido una vez más y sin saber qué pensar...

A menudo, mis reflexiones me llevaban a preguntarme quién sería aquella extravagante anciana, que vagaba treinta años antes por las salas inferiores del Ermitage; qué estaría observando desde su rincón, justo en el instante en que pasó a formar parte de esa antigua fotografía. Y yo me digo: quizá le gustó ese niño nada más verlo en aquella sombría sala, antes de que su padre se lo llevara de allí; atraído poderosamente su atención y, al no verlo después, regresó a la sala y se puso a mirar, intrigada, la misma vitrina en la que acababa de estar el muchacho. Después, esa

figura espectral se convirtió en guardián de aquel submundo, paralizando eternamente su funesta mirada en la vitrina de los amuletos egipcios, pues allí fue donde ella quedó prendada de esa imagen infantil; pero esa mirada encerraba un vago pensamiento centrado en el niño, intentaba salvaguardar su descanso eterno en aquella lejana casa, celosa de que alguien pudiera sustraerlo de esas regiones malditas; y así era como guardaba su secreto y, con él, todos los demás misterios de ese mundo pretérito... No sé, ni quiero saber quién fue en nuestro mundo real, cuando me crucé con ella en mi remota infancia; lo que sí sé es que el fantasma de ese niño no escapará jamás a su influjo, mientras siga eternamente sentado en aquella perdida habitación...

Ahora pienso en ello, con los restos del estereoscopio encima de la mesa, bajo la luz de la lámpara. Y tengo delante el oscuro escarabajo, como enigma superviviente de esos mundos tenebrosos donde mi doble quedó atrapado para siempre en la infancia, preso de la voluntad de esa anciana...

Ignati Nikoláievich Potápenko

En la sombra de los tiempos

Una historia ocurrida en el año 2912

(1912)



Ignati Nikoláievich Potápenko nació en Bielozorka (Ucrania) en 1856. Su madre era campesina y su padre, de origen judío, sirvió en el ejército y llegó a obtener un título nobiliario, antes de ordenarse sacerdote; esto último influyó en el paso de Ignati por el seminario, aunque luego estudiaría en la Universidad de Odessa y en la de San Petersburgo, si bien no llegaría a licenciarse. Tras cumplir el servicio militar, en la década de 1880 se instaló en San Petersburgo, donde daría comienzo su carrera literaria.

En 1889 conoció a Chéjov, con quien llegaría a trabar una sólida amistad. Se visitaban frecuentemente y viajaban juntos por toda Rusia, hasta que un incidente ensombrecería esa relación: en 1894 Potápenko conoció a Lidia Mizinova (Lika), que estaba enamorada de Chéjov sin ser correspondida, se convirtió en su amante (pese a estar ya casado) y se fugó con ella a París, donde tuvieron una hija que murió a edad temprana. Potápenko volvió con su mujer, que amenazaba con suicidarse, y Chéjov aprovechó la historia para dar vida a los personajes de Nina y Trigorin en su famosa obra *La gaviota*, sin escatimar en aspectos personales de la vida de su amigo, al que ahora veía con otros ojos. Potápenko, sin embargo, lejos de ofenderse, no renunciaría nunca a su amistad con el dramaturgo.

Su obra arranca del realismo social tradicional en Rusia, aunque incorpora elementos modernizadores que le acercan a la sociedad contemporánea, como el papel de los médicos rurales, los problemas de la mujer o las estrategias de los campesinos para competir en una economía de mercado. Fue tremendamente prolífico y en la última década del siglo XIX su fama se extendería por toda Rusia, especialmente en provincias, superando incluso al mismísimo Tolstói. Es valorado por sus retratos de la vida cotidiana en las provincias sureñas del imperio ruso, sus piezas satíricas no exentas de humor, sus finales felices inesperados... Le dio fama la obra *El auténtico servicio* (1890) y desde entonces publicó infinidad de relatos y novelas por entregas en numerosas revistas de la época: *No es un héroe* (1891), *La hija del general* (1891), *El horror de la felicidad* (1908), *Las excusas de la vida* (1916), etc.

Con el cambio de siglo se vio desplazado poco a poco por la nueva generación de escritores rusos, con Gorki a la cabeza, aunque seguiría escribiendo y reeditando sus obras después de los convulsos años revolucionarios. Murió en Leningrado (San Petersburgo) en 1929.

El relato «En la sombra de los tiempos», publicado en 1912 en los números 1-4 de *Sini Zhurnal* [Revista Azul], es la única incursión del autor (junto con *El misterio del profesor Redkó*, 1915) en el terreno de lo fantástico. A pesar del trasfondo crítico y moralizante, resulta enormemente cercano a los problemas de nuestro siglo XXI y anticipa una preocupante visión de los derroteros que puede tomar la humanidad en el futuro, sin pasar por alto su demoledora crítica de la clase política. Sorprende la certera descripción de un teléfono móvil (hecha hace cien años), de un centro comercial y de algunos elementos tecnológicos y científicos que quizá se materialicen

antes de concluir nuestro siglo, como la clonación industrial de órganos.



PREÁMBULO

Era una deliciosa noche de invierno en San Petersburgo. Desde la torre, a más de un kilómetro de altura, relucía con fuerza el sol eléctrico, cuyos rayos no tenían nada que envidiar en potencia al astro auténtico que cada mañana salía por el este y avanzaba hacia el oeste.

Unos seiscientos metros más arriba de esa misma torre, un colosal termómetro colgaba de una fina barra de acero. Marcaba veinte grados bajo cero. Pero aquí abajo entre las calles de la ciudad, gracias al sistema público de calefacción, se caldeaba no solo el interior de las casas sino también el aire en varias decenas de kilómetros a su alrededor; esto daba una sensación de calor como si fuera julio y los habitantes de la ciudad, tras dormir media hora a lo sumo —ya que, estando tan ocupados, no podían permitirse perder más tiempo en una actividad improductiva como el sueño—, se afanaban en sus quehaceres con renovadas fuerzas.

Al amanecer, es decir, en el momento de aparecer el sol celeste y apagarse el artificial, todos los trabajos debían estar concluidos, pues iba a dar comienzo la festividad del mes. En otros tiempos, como atestigua la historia, la gente tenía días festivos todas las semanas y además otras fechas determinadas en las que tampoco se trabajaba. Pero con el correr de los siglos se intensificó de forma desmesurada la lucha por la supervivencia y esto obligó a prescindir de ese privilegio. Ahora tenían solo un día de fiesta al mes; eso sí, en esa jornada se consideraba un delito desempeñar cualquier tipo de trabajo, por pequeño que fuera, y todos debían descansar y divertirse: estar tumbados sin hacer nada, bailar, cantar, entretenerse con juegos... en una palabra, procurarse solo placer, lo cual en su justa medida constituye el mejor descanso para el agotado organismo.

Pues bien, en una noche así, el archiconocido millonario americano Chernchaille se acercaba al puerto aéreo de uno de los más distinguidos hoteles del momento. La víspera había estado comiendo con unos amigos y durante el relativamente largo viaje había dado algunas cabezadas en su sillón. Había partido de Nueva York y como ya pasaban de las dos de la madrugada, podemos decir que su viaje había durado apenas cuatro horas. Sin duda habría podido ser más rápido y tardar la mitad de tiempo, ya que el aparato del tamaño de un dedal que colgaba de la cadena de oro de su reloj era la última palabra de la técnica en navegación aérea, pero mientras sobrevolaba el océano Atlántico a medianoche se cruzó en el aire con un nutrido grupo de compatriotas americanos que regresaban de Europa a su continente. Era

simplemente gente alegre que venía de comer y pasarlo bien en compañía de bellas damas, allá en la vieja capital europea de sobra conocida por sus normas relajadas, y que regresaba a tiempo para pasar la noche en Nueva York.

Al reconocer a su célebre paisano, le recibieron con una ovación y éste se vio obligado a estacionar en el aire y pasar con ellos más tiempo del previsto.

El espacioso y lujosamente diseñado aeródromo del hotel, situado en su azotea sobre el piso 172, era el lugar más animado de la capital. Aquí llegaban vuelos de todos los rincones del planeta y se podía encontrar cualquier objeto de placer ideado por el hombre.

En el enorme bloque del hotel todo estaba dispuesto para cubrir las necesidades de los hombres de negocios, así como las de mero entretenimiento. Para hacer las compras no era necesario ir al mercado o a las tiendas, al igual que tampoco había que salir a ningún banco u oficina: aquí había todo tipo de tiendas y además cualquier banco o empresa tenía su propia sucursal en el recinto del hotel. Teatros que ofrecían espectáculos de todos los géneros, salas de exposiciones, gimnasios... todo se ofrecía a cualquier hora a los huéspedes y ocupaba buena parte del edificio.

Apenas hubo ocupado su habitación, formada por numerosas y cómodas dependencias en las que se había tenido en cuenta hasta el más mínimo capricho que pudiera exigir el buen gusto, Chernchaille quiso informarse sin perder un minuto:

—¿Se encuentra lejos de aquí el mundialmente conocido Órgano-Reparatorium?

—Si se trata de órganos secundarios, como por ejemplo los dedos o incluso las manos o pies, entonces puede ser perfectamente atendido en nuestro Departamento General de Reparación de Órganos sin salir del hotel.

—¡No, no! —objetó Chernchaille—, es algo bastante más grave. Quiero reparar mi corazón.

—¡Ah!, entonces sí que es realmente grave. En ese caso deberá volar usted mismo hasta el taller principal... Allí trabajan excelentes especialistas en corazón. ¿Ahora mismo? Bien, nuestro guía le conducirá hasta allí...

Al cabo de diez minutos, Chernchaille ya se encontraba en el aire en pos del guía, que volaba por delante de él; pasó cerca de las azoteas de los rascacielos, potentemente iluminadas por los soles eléctricos, por encima de teatros y cúpulas de diversas iglesias, hasta descender sobre un edificio en cuya parte superior se hallaban suspendidas unas enormes letras fluorescentes:

ÓRGANO-REPARATORIUM CENTRAL

Un minuto más tarde, Chernchaille estaba en la recepción.

EL CORAZÓN DE CHERNCHAILLE

El Órgano-Reparatorium Central de San Petersburgo tenía fama universal. Tanto la ciudad como el propio país habían alcanzado en los últimos dos siglos la primacía en técnicas de intervención sobre el organismo humano. Biólogos rusos habían descubierto el modo de descomponer el cuerpo humano en sus diferentes partes, para después volver a recomponerlo. Como es natural, para la gente normal, acuciada por mil preocupaciones y con escasísimo tiempo disponible, esto suponía un avance colosal. Ante la necesidad de curación o rehabilitación de una pierna, o la limpieza de sus vasos sanguíneos obstruidos, el cliente no tenía que perder inútilmente su valioso tiempo mientras quedaba ingresado en el hospital. Simplemente dejaba su pierna en el Órgano-Reparatorium y continuaba haciendo su vida tranquilamente, hasta que le devolvían su miembro en perfecto estado y lo ponían de nuevo en su lugar. Y de igual forma se podía proceder con brazos, riñones, bazo o cualquier otro órgano auxiliar. Si el cliente consideraba que le causaría inconvenientes pasarse sin ellos, solo debía ponerlo en conocimiento de la oficina correspondiente del Órgano-Reparatorium y se le enviaría un órgano artificial hecho perfectamente a su medida para sustituir temporalmente al original. El cerebro y el corazón eran la única excepción, ya que no podían trasplantarse fácilmente sin sufrir daños; debían ser extraídos manualmente por personal especializado del centro.

Chernchaille tuvo que esperar su turno al menos media hora, toda una eternidad para un hombre de negocios. Ante él, desde la puerta de la recepción, se extendía toda una fila de personas de todas las partes del globo, de todo tipo y color, que habían venido de Asia, África, Australia, América, el continente Antártico...

Aprovechemos esta pausa para conocer más detenidamente a nuestro Chernchaille. Era un hombre de talla enorme: sobrepasaba el metro de estatura, lo que le convertía casi en un gigante^[6]. Su desproporcionada cabeza no tenía un solo pelo, lo cual era un signo inequívoco de pertenencia a la raza más avanzada, y relucía como una bola de marfil. Por la parte del rostro sobresalía una elevada y abultada frente, bajo cuya sombra parecían ocultarse unos ojos penetrantes e inteligentes, atravesados de parte a parte por un fulgor peculiar y asentados profundamente en sus órbitas. La nariz, recta y delgada, pasaba totalmente desapercibida bajo la prominente verticalidad de la frente. Los finos labios de su boca minúscula, con delicados pliegues en estado sereno, se concentraban formando un pequeño punto; cuando sonreía, se extendían ampliamente dejando ver un par de hermosas y sonrosadas encías, con total ausencia de los primitivos e inútiles apéndices denominados antiguamente «dientes» y que aún conservaban las razas inferiores y los animales. Ni un solo pelo, ni el más mínimo vello estropeaban la delicadeza de un rostro que enmarcaba sus labios, mejillas y mentón diminutos. Como puro descendiente de anglosajones, que durante siglos se habían afeitado concienzudamente pero que finalmente habían superado con tenacidad la inclinación de la naturaleza, no necesitaba ningún servicio de barbería. La formidable cabeza equivalía a la mitad de su volumen corporal y se apoyaba en un finísimo cuello tan elástico como el acero,

que tenía continuación en unos estrechos hombros, de los cuales partían delgados brazos acabados en alargadas manos con dedos extraordinariamente desarrollados. El hermoso torso, curvado hacia dentro, terminaba en una estrecha cintura. Sus piernas, delgadas como las de un ave, estaban embutidas en unas medias negras ajustadas y sus pies calzaban unas pequeñas y elegantes sandalias vistosamente anudadas con finísimos cordones. Su ropa estaba elaborada con tejidos muy ligeros, casi inapreciables pero al mismo tiempo, resistentes, que tenían la peculiaridad de servir tanto para el frío como para el calor más sofocante; envolvía su cuerpo con hermosos pliegues que no le impedían tener una libertad total de movimiento^[7].

Era descendiente directo, aunque muy alejado en el tiempo, de esa primera pareja de sanos y fuertes pobladores que llegaron a América con las manos vacías, pero que con su increíble energía y talento, alimentados por su sed de vida y felicidad, fueron el origen de la riqueza que las generaciones posteriores acumularían con encomiable tesón y firme paciencia, hasta conseguir la enorme fortuna de que disfrutaban hoy día. Él había recibido en herencia de todos sus antepasados un legado tal que podría comprar el planeta entero si estuviera en venta.

Pero el destino le eligió para dar un giro radical en el devenir de su especie. Al verse en posesión de esa incalculable fortuna, sintió vergüenza por sus antepasados, que no fueron capaces de emprender ni una sola acción bondadosa y se dedicaron únicamente a acumular riquezas, y decidió entregar toda su vida a causas benéficas. Ya había ahorrado lo suficiente. Casi de forma febril se lanzó a construir enormes residencias para pobres, levantar escuelas, fundar montepíos y hospitales, o simplemente donar dinero a aquellos que lo necesitaban. Toda América había crecido con esas obras nacidas de su infinitamente bondadoso corazón.

Cuando finalmente llegó su turno y accedió a la recepción, solo le dio tiempo a pronunciar dos palabras:

—Mi corazón...

Los especialistas del centro estaban acostumbrados a no perder un segundo y al momento se le acercó una camilla baja de inmaculada blancura, silenciosa y de elegante diseño. Una fuerza invisible lo levantó con precisión y sumo cuidado en el aire y lo tendió suavemente boca arriba en la camilla. El técnico reparador apartó ligeramente sus vestiduras y con un rápido y hábil movimiento de sus dedos, sin ayuda de bisturí o instrumental alguno, abrió su pecho y extrajo el corazón sin que se vertiera ni una gota de sangre. Colocó el órgano de Chernchaille en un recipiente de cristal marcado con el número 102489, que indicaba la cifra de corazones sometidos a reparación ese día. Pegó el mismo número en la camilla, presionó un botón y ésta, junto con el cuerpo inmóvil del paciente tendido en ella, desapareció. En ese mismo instante ya estaba entrando el siguiente paciente.

EL CORAZÓN DEL MINISTRO

El primer ministro de la nación, después de despachar los incesantes asuntos que surgieron ese día, volvió a su casa a eso de las dos de la madrugada con la intención de ocuparse de otros casos urgentísimos que no podían esperar ni un minuto, cuando empezó a sentirse mal.

—¡Que el diablo me lleve! —dijo enojado y utilizando la vieja expresión rusa, cuyo sentido original se había perdido hacía tiempo—. No es la primera vez que noto que mi corazón está agotado y necesita una revisión general. Habrá que interrumpir el curso de los asuntos públicos al menos un par de horas.

Eso ocasionaría al Estado una pérdida de cientos de millones, pero el corazón del primer ministro superaba con mucho ese valor.

Dicho y hecho. Al punto se dirigió al Órgano-Reparatorium Central. El gran administrador de la cosa pública entró en recepción como otra persona cualquiera y nadie se dignó fijarse en él. Si bien era de baja estatura —no llegaba a los noventa centímetros—, con un cuerpo enjuto y un rostro cadavérico, al menos debería haber llamado la atención por su cabeza, no tanto por el tamaño como por la forma: su cráneo, liso y achatado por los lados, se prolongaba unos treinta centímetros hacia arriba y atrás, disminuyendo hasta formar un cono. Como ese volumen craneal representaba un peso significativo, se veía obligado a compensarlo con una ostensible inclinación de su cuerpo hacia delante. Sin embargo esta peculiaridad no lograba despertar entre los presentes ni la más mínima curiosidad. Solo le miraban de soslayo y comentaban: «Debe ser un hombre del gobierno». Y eso era evidente porque en él, como en cada uno de los representantes del género humano, el cráneo presentaba la forma correspondiente a la actividad desempeñada durante generaciones. En los que se dedicaban al comercio, la cabeza era aplanada, como si la hubieran cortado por arriba, y extendida a lo ancho; otros, entregados a la filosofía o a trabajos de gran esfuerzo intelectual, tenían la frente tremendamente abultada, con lo que sus rostros quedaban casi ocultos debajo de ella; y también los había que tenían oficios manuales con escasa actividad mental, por lo que desarrollaban sobre todo la parte occipital, que destacaba sobre la espalda como una joroba. Había una infinita variedad de formas, tantas como profesiones existían en la humanidad.

El ministro ocupó modestamente su sitio en la cola. Nadie le preguntó quién era, pues todos estaban concentrados en sus problemas. Y fue por pura casualidad que le tocó esperar detrás de Chernchaille. De este modo, el paciente que entró en la consulta en el momento en que la nivea camilla con el cuerpo del millonario era accionada por el técnico y se perdía de vista fue precisamente el primer ministro. Extrajeron su corazón del pecho con igual maestría que el de Chernchaille y lo colocaron en otro recipiente con el número 102490, para después adherirlo a la camilla. Y de igual manera, después de la operación, el reluciente transporte con el cuerpo aparentemente sin vida del ministro desapareció en un abrir y cerrar de ojos, mientras en ese justo instante entraba el siguiente enfermo.

Ambas camillas, la de Chernchaille y la del primer ministro, volaron con

asombrosa velocidad a ras de suelo gracias a su alimentación eléctrica y entraron en una sala de colosales proporciones, en la que se alineaban cientos de blanquísimas camillas con otros tantos cuerpos adormecidos e identificados con el mismo número que figuraba en su corazón. De vez en cuando alguna de las camillas desaparecía para regresar vacía al poco tiempo, lo cual significaba que el paciente ya había recibido su corazón y con renovadas energías se había incorporado a su trabajo cotidiano.

Chernchaille y el primer ministro estaban uno al lado del otro, en idénticas condiciones, con la única salvedad de los números de identificación, que diferían en una unidad. Sin embargo, ¡qué diferentes eran esas dos personas!

Ya hemos conocido a Chernchaille. Su corazón estaba extenuado por puro amor a la humanidad, a la que había servido abnegadamente toda su vida. En cambio, el corazón del ministro no sabía lo que era el afecto; si alguna vez el amor hubiera conseguido incomprensiblemente penetrar en él, aunque solo hubiera sido por un instante, en ese justo momento se habría visto alterada la mecánica de su trabajo y habría empezado a cometer un error tras otro. Su país, que había florecido bajo su liderazgo y el de otros individuos similares, habría caído irremediabilmente en la ruina y la desgracia. Este corazón había tomado sus cualidades de toda una serie de generaciones precedentes, cuyo oficio había estado ligado al gobierno del país; además, había sido educado en una severa escuela especializada en la preparación de futuros políticos. En política no existen los sentimientos y en este corazón estaban también cercenados; había sido entrenado para no dejarse impresionar, por duros que fueran los hechos. Frío, pero con un profundo conocimiento de su país y un sentido de la justicia implacable: eso era lo que hacía latir su corazón. Sabía cómo recompensar a cada uno por sus servicios, pero jamás había sentido compasión por nadie.

Totalmente desapasionado, ajeno tanto a amigos como a enemigos, se regía por una observancia estricta de las leyes, que determinaban hasta los actos más triviales de cada persona; su cruel profesión era capaz de endurecer el corazón de cualquiera. Era el terror del país; sin ser querido por sus conciudadanos, debido a su inflexibilidad, sí era capaz de ganarse la confianza y el respeto de la gente a costa de esa misma dureza de principios. Se encontraba aislado en medio de una población de miles de millones, pero era una soledad que respondía a su sentimiento del deber. Así eran estos dos sujetos, cuyos cuerpos aparentemente sin vida yacían casi pegados uno a otro, cada uno con su número.

LO QUE SUCEDIÓ EN CHERNCHAILLE

Esa misma noche, a la luz del sol artificial, Chernchaille, con su corazón recompuesto y lleno de energía, se dirigió al aeródromo acompañado por el personal del hotel,

apretó con fuerza un pequeño botón con forma de aparato volador que colgaba de la cadena de su reloj, accionó la máxima potencia y su nave se elevó; acto seguido surcaba los cielos a gran velocidad rumbo a América. Por su parte, el primer ministro, con su corazón recuperado de las fatigas ocasionadas por el duro trabajo de Estado, volvió a su puesto también repleto de energía.

Podría parecer que no había ocurrido nada fuera de lo común y que todo seguía su curso habitual. Pero, en realidad, iban a suceder cosas extraordinarias tanto al otro lado del océano como en el inmenso territorio ruso; hechos que desconcertarían a más de uno. Cuando llegó a América, Chernchaille prosiguió con sus actos benéficos con el mismo ardor de siempre. Por culpa de su deficiencia cardíaca, en los últimos años tenía algo descuidada esta labor. Cada año tenía por costumbre visitar todas sus fundaciones. Y había cientos de miles repartidas por todo el continente americano, todas ellas con diferentes objetivos encaminados a la mejora de las condiciones de vida de los más desfavorecidos; todas unidas bajo un mismo nombre, el de su humanitario fundador.

Y, ahora que se sentía como nuevo, retomó su costumbre de recorrer las instituciones de beneficencia. Había que volar por toda América, desde el lejano norte hasta el punto más alejado del sur. Y eso fue lo que hizo. Pero, así como antes cada visita suya se convertía en una fiesta para celebrar nuevos actos caritativos, ahora dejaba tras de sí una sensación de confusión y temor allá por donde pasaba. Ya no era tan joven; que aún se conservara bien y a nadie se le ocurriera calificarlo de anciano era lo de menos. Eso se debía a que siempre había llevado un modo de vida saludable y honrado. Pero el caso era que ya contaba ciento veinticinco años, de los que al menos cien los había dedicado por entero y desinteresadamente a los más necesitados.

Quizá nunca hubiera habido en la historia de la humanidad una época con una división tan brutal entre ricos y pobres como la que se vivía en ese momento. Una parte relativamente pequeña de la población acaparaba en sus manos toda la riqueza del planeta y, gracias a la incalculable cantidad de oro, platino, radio y otros metales nobles de que disponía en exclusiva, tenía un dominio absoluto en todo el globo y se pasaba la vida sin hacer otra cosa que lo que le procuraba placer.

Otra parte de la humanidad, la más significativa, se había hecho con todas las esferas de actividad laboral. La descontrolada expansión demográfica en toda la Tierra había conducido a una competencia atroz entre los seres humanos, y los miembros de esta clase se vieron obligados a cultivar las ciencias, inventar o perfeccionar sus técnicas y, lo más importante, a trabajar sin tregua, sin descansar apenas, dedicando al sueño no más de media hora diaria. Y todo únicamente para garantizarse el alimento para sí y para los suyos. Esta gente defendía su exclusivo derecho al trabajo, de igual forma que los otros luchaban por conservar su derecho incuestionable sobre la riqueza.

Pero aún había un tercer grupo poblacional: aquellos que no podían participar en

esa lucha por la supervivencia, ya que sus fuerzas y capacidades eran insuficientes para la batalla. Llevaban una vida de penurias, condenada desde el principio a la muerte, ya fuera la propia o cuando no la de sus descendientes, que no podían recibir de ellos ni ahorros, ni dotes excepcionales, ni el vigor necesario para el trabajo. A éstos, precisamente, era a los que Chernchaille se dedicaba a ayudar y prácticamente sobrevivían gracias a él; con su apoyo, muchos habían salido ya de esa calamitosa situación de parias para incorporarse a las filas de la clase trabajadora.

LO QUE OCURRIÓ CON EL GRAN FILÁNTRORO CHERNCHAILLE

Cuando se presentó en una de las ciudades que había fundado, próxima a la actualmente ruinoso Boston, que ya solo frecuentaban los amantes de la arqueología, los habitantes de la urbe que llevaba su nombre y a cuyo bienestar había contribuido abarrotaron la plaza central y le recibieron con entusiasmo. Él se subió a un lugar elevado y, por su actitud, podía intuirse que no traía lo que la gente esperaba.

Adoptó una pose arrogante y su rostro traslucía un frío y venenoso desprecio.

—¡Ciudadanos —dijo, dirigiéndose a los congregados—, sé que esperáis oír el habitual discurso empalagoso sobre el deber sagrado de cada uno, inculcado hasta la saciedad, de acudir en ayuda del débil y del más desfavorecido por el destino! Y lo esperáis de mí, porque siempre he defendido esa verdad. Pero ha sido en vano. Si alguna vez he pronunciado tales palabras, me arrepiento de haberlo hecho. ¿Por qué os debo entregar mi riqueza a vosotros y a otros como vosotros? Es cierto que soy inmensamente rico, pero eso solo demuestra que mis honorables antepasados fueron personas fuertes, de refinado intelecto y de férrea voluntad, capaces de amasar una ingente fortuna. Supieron someter a otros no tan fuertes, pero sí más estúpidos, que se dejaron exprimir hasta la última gota. Pero yo os pregunto: ¿cómo habéis llegado a esto? Cada uno de vosotros tiene sus antepasados... Entonces ¿por qué no se ocuparon de su descendencia? ¿Por qué no os dejaron, si no su riqueza, sí al menos algún capital? Y yo os respondo: porque eran débiles, tanto física como moralmente, y esa debilidad os la transmitieron a vosotros. Y ahí estáis ahora, dejados de la mano de Dios, sin ser capaces de tomar las riendas de vuestra vida y abocados a una existencia calamitosa. Pero ¿qué le vamos a hacer? Seguid así. Vosotros mismos lo merecéis. No valéis para nada. Los débiles deberían desaparecer de la faz de la tierra. Son un lastre para el planeta. Lo único que hacen es consumir inútilmente con sus pulmones oxígeno, algo tanpreciado en estos tiempos por culpa del exceso de cuerpos que lo respiran. Os anuncio que desde hoy quedan paralizados todos mis proyectos. No destinaré ni un penique más a los llamados «actos benéficos», que considero perjudiciales y aberrantes. Sé que es algo cruel por mi parte, pero también justo. ¡Viva la inmisericorde justicia! —y, con esas palabras, se apresuró a activar el

mecanismo de su llavero y salió disparado como una flecha hasta perderse entre las nubes.

Tuvo tiempo de oír el estruendo de miles de gritos de desesperación que llegaban desde el suelo a sus oídos. Y vio cómo se levantaban hacia él los puños amenazantes, pero sabía perfectamente el alcance de estas amenazas: esos pobres desgraciados eran tan pusilánimes que nunca podrían hacerlas efectivas.

Lo mismo sucedió en las demás ciudades y pueblos que Chernchaille había erigido. Despiadado, les estaba negando toda ayuda futura y, mientras tanto, en muchos de los lugares por los que ya había pasado se desataban el hambre y la pobreza.

Al vivir de las ayudas sin límite garantizadas por Chernchaille, esa gente se había permitido incluso tener varios hijos y no habían tardado en multiplicarse sin medida. Ahora no tenía con qué alimentar a su prole. Por toda América corrió la noticia sobre este extraño e inconcebible cambio en la conducta del millonario y toda la prensa lo pregonaba; salían nuevas ediciones cada cuarto de hora y los periódicos volaban de forma autónoma sin intervención humana, hasta introducirse por las ventanas u otras aberturas de las casas y posarse directamente en las manos de los lectores.

Chernchaille había decidido terminantemente dejar de ayudar a la gente. Ya no la quería. Cuando esas personas con la vida destrozada acudían a él en busca de ayuda o consejo, simplemente se burlaba de ellos.

—Vuestra vida está acabada —les decía él—, eso ya lo veo. Pero el motivo es que habéis nacido frágiles y no aptos para esta vida. Ya no parecéis personas, sino despojos que habría que arrojar a la cuneta. Y, en lugar de dar sustento a vuestra inútil existencia, yo os invito a hacer lo siguiente: corred hasta los acantilados de la costa y arrojaos desde allí a las profundidades del océano. No os queda otra salida. La justicia no sabe de compasión. Cada uno es dueño de su destino y recibirá lo que merece.

Así hablaba Chernchaille, y sus palabras fueron de boca en boca por el continente a la velocidad del rayo. Pero la extraña jugarreta del destino no se detuvo ahí. Al poco tiempo, sus compatriotas se enteraron de otras cosas no menos increíbles: Chernchaille, que antes era un ejemplo de sabiduría y moderación, ahora se rodeaba de holgazanes y zalameros que se aprovechaban de él y le daban coba.

Su nueva mansión, que ya antes de volar a San Petersburgo había convertido en el mayor depósito de libros del mundo, estaba ocupada ahora por gorriones que se daban continuos banquetes. Se pasaban todo el día, con el propio Chernchaille a la cabeza, atiborrándose con una glotonería desmedida y bebiendo sin parar. Entre ellos había multitud de seductoras mujeres, que antes no podían por menos que escandalizarle. Pero ahora revoloteaban a su alrededor y con sus desvergonzadas caricias le engatusaban hasta despertar en él la pasión. Chernchaille no conocía otra cosa que el placer, no quería oír hablar de nada y se burlaba de todo lo que sonara a caridad...

LO QUE OCURRIÓ CON EL PRIMER MINISTRO

No menos sorprendidos que los paisanos del multimillonario, lo estaban los habitantes no solo de San Petersburgo, sino de toda Rusia, con su población de cientos de millones de habitantes. En ese país, como en muchos otros civilizados, la estructura del Estado se había establecido de una vez y para siempre. A lo largo de muchos milenios, los hombres se habían desplazado de un lugar a otro en una búsqueda desesperada del mejor modo de vida posible, habían probado uno u otro régimen, habían tomado parte en guerras interminables, se habían enfrentado unos a otros derramando la sangre de sus propios hermanos... Esa experiencia no había sido en vano. Ahora, si a alguien se le ocurría no ya promover una insurrección, sino plantearse alguna forma diferente de Estado, simplemente quedaría en ridículo. No quedaba nada por inventar, y la gente estaba demasiado ocupada con sus asuntos para dedicarse a esas tonterías.

Había técnicos especializados en el funcionamiento del Estado, exactamente de la misma forma que existían las demás profesiones. Su misión era hacer un seguimiento escrupuloso para la observancia de las leyes que se aprobaban; con eso bastaba para que el país siguiera su curso pacíficamente.

Y, de pronto, todo se puso patas arriba. El primer ministro, considerado una persona dura e inflexible y de quien se creía que antes se dejaría cortar las dos manos que permitir que se infringiera una sola palabra de la ley, de repente parecía haberse transformado. Los funcionarios que salían de su despacho, cubiertos de papeles con su firma estampada, se miraban unos a otros con el rostro desencajado, sin comprender nada y hasta con cierto miedo.

¿Qué le ocurre al ministro? ¿Se ha vuelto loco?

Estaba el caso de un ciudadano que había caído en la pobreza abocado por las circunstancias y que había luchado tenazmente por sobrevivir, hasta que finalmente decidió asaltar un local comercial. Pertenecía a una empresa de dudosa trayectoria y condenada a desaparecer de antemano. La policía, sobre la que recaía el deber de preservar la integridad de los ciudadanos ante cualquier ataque sufrido por ellos o sus propiedades, estaba organizada a la perfección. Ni un solo movimiento malintencionado se les escapaba. Y claro, al pobre desgraciado lo pillaron con las manos en la masa y lo detuvieron en el acto. No le interrumpieron, aunque ya sabían de sobra sus intenciones. Le dejaron llevar a término su acción para que las pruebas fueran concluyentes y no se prestaran a diversas interpretaciones. El juez, con la ley en la mano, dictaminó el castigo correspondiente. Pero toda sentencia debía pasar por las manos del primer ministro antes de ejecutarse. Él respondía personalmente por todo y debía estar siempre informado. Entonces se le presentó el caso de este pobre hombre. En otros tiempos, se habría tomado la molestia de anotar en el documento el signo que convalidaba la sentencia y equivalía a un «se cumpla». Pero esta vez se

interesó de tal modo en el caso que se lo pensó casi un minuto, lo cual era mucho, muchísimo para el primer ministro. Y, solo después de haberlo sopesado, adoptó una resolución. Y ¿cuál fue? No se lo pueden imaginar. Escribió lo siguiente:

Este sujeto, que se vio impelido a delinquir por acuciante necesidad, no puede ser condenado. Al contrario, el Estado está obligado a ayudarlo a levantarse y hacer de él un hombre honrado.

Todos los que leyeron esa nota fueron incapaces de comprender cómo el ministro había podido escribir tal cosa, y mucho menos cómo podía cumplirse. Y es que todo lo que hacían estos servidores de la ley estaba supeditado al orden establecido desde hacía siglos y cada detalle de su cometido se consideraba inmutable.

Era una enorme maquinaria, cuyos engranajes y tornillos eran los individuos. Cada uno sabía al dedillo su papel y nunca se inmiscuía en un campo perteneciente a otro órgano. Pero, por más que intentaban recordar una resolución como aquélla —y eso que algunos eran ancianos de más de doscientos cincuenta años—, no existían precedentes en los que el delincuente hubiera sido indultado. ¿Cómo se explicaba eso? ¿Qué había que hacer?

Evidentemente debían procurarle medios al reo, pero no había ninguna fórmula prescrita a tal efecto; todos los recursos se destinaban de antemano en los presupuestos gubernamentales para hacer cumplir las penas. En una palabra, el insólito dictamen del ministro produjo tal confusión que todos se quedaron aturridos y perdieron varios minutos de su valioso trabajo. La maquinaria burocrática se quedó bloqueada, lo cual repercutió, como era de suponer, en el bienestar de cada rincón del país, por muy remoto que fuera.

Pero ¡la cosa no terminaba ahí! Las resoluciones posteriores no fueron mejores que la primera. El ministro se contradecía en ellas, traicionando su intachable trayectoria de inflexibilidad y los principios fundamentales de su educación. De la noche a la mañana dejó de ser un férreo partidario de esa justicia sin sentimientos y abiertamente se puso de parte de los más desfavorecidos.

—El primer ministro ha perdido el juicio —comenzaron a murmurar los que le rodeaban, pero sin atreverse a decirlo públicamente, por no quedar en mal lugar.

En cambio el ministro procuró que nada de eso se convirtiera en un secreto. Cuando sus decisiones causaban estupor entre las altas esferas que se encargaban de discutir los asuntos esenciales y llegaban incluso a paralizar su ejecución, él mismo se presentaba y todos comprendían que tenía la cabeza trastornada.

Un día subió a la palestra y pronunció un discurso tan profundo como brillante sobre cómo el Estado no podía mantenerse en pie si se apoyaba en la desigualdad establecida entre sus ciudadanos, y sobre cómo debían rebajarse los privilegios de las clases ricas sin más dilación y compartirlos con la masa de pobres. Pero eso no fue todo. Cuando habló de los parias que no tenían siquiera acceso al trabajo y se morían

literalmente de hambre, le tembló la voz y de repente los oyentes rompieron a llorar. El ministro también lloró a los ojos de todo el mundo por el destino de tantos desgraciados.

Fue algo increíble, inenarrable. «¡El primer ministro está llorando, está llorando!», exclamaban los oyentes con los ojos también desbordados de lágrimas, pues el discurso les había conmovido. Pero eso no significaba nada: podían conmovearse, pero el recuerdo de su legado no les abandonaba y, además, ellos no eran ministros. Era algo evidente para todos que el nuevo enfoque del ministro en el trato que debía dar el Estado a sus súbditos más débiles, suponía llevar al país al desastre. Pero lo más preocupante era que el Estado, por culpa de ese giro inesperado, había experimentado una conmoción tal que las pérdidas ocasionadas eran cuantiosas. Por orden del primer ministro se construyeron diversas instalaciones para los pobres y se abrieron comedores en varios puntos del país, donde los desdichados parias se alimentaban a costa del Estado.

Nunca se había emprendido nada parecido. Esto contradecía el espíritu esencial de la nación: nadie debe vivir a costa de otro, y cada uno tiene derecho únicamente a los beneficios y privilegios obtenidos con su propio trabajo o el de sus antepasados. Y fue entonces cuando surgieron voces discrepantes, que reclamaban poner fin al nuevo orden.

Se pidieron informes al Órgano-Reparatorium Central. Resultó que el cerebro del ministro ya había sido extraído de su cráneo para repararlo en siete ocasiones. Estaba clarísimo que ese órgano ya estaba demasiado gastado y había perdido todas sus magníficas cualidades.

EL GUARDIÁN DE LAS ALMAS

Con ese ánimo en las filas del gobierno, todo apuntaba a que se produciría la mayor de las injusticias: por doquier se hablaba de la inminente dimisión del primer ministro y su sustitución inmediata. Él no solo veía completamente innecesaria su dimisión, sino que ni siquiera se la planteaba. Sin embargo, se sobrentendía que, si el país entero había manifestado su parecer, debería someterse sin discusión. Y, aunque era una cuestión que aún no había llegado a la esfera oficial, ya estaba decidida en todos los círculos de opinión privados. Solo esperaban un motivo, algún suceso de tal dimensión que supusiera su descrédito definitivo ante la ciudadanía.

Pero entonces sucedió algo que cambió radicalmente el curso de los acontecimientos. En América, el nuevo rumbo emprendido por Chernchaille, tan antagónico respecto a su actividad pasada, atrajo la atención de multitud de psicólogos interesados vivamente por este fenómeno. Una mutación tan brusca en el carácter y en los rasgos espirituales de una persona era algo insólito hasta entonces.

La ciencia no disponía de un solo caso similar. Los psicólogos dedicaron a este asunto numerosos congresos, en los que se escucharon testimonios sobre la forma de actuar anterior y presente del millonario, si bien no llegaron a ninguna conclusión clara. En la última de las sesiones reconocieron abiertamente su falta de respuestas e hizo acto de presencia un alto cargo de uno de los organismos del Estado, cuya función era seguir los pasos de cualquier ciudadano sospechoso, para proteger a la sociedad de los actos delictivos. A su servicio tenía decenas de miles de colaboradores conocidos como «guardianes de almas» y él mismo se denominaba «guardián supremo».

No era éste un hombre corriente, sino un perspicaz estudioso de la mente humana. Había adquirido tal perfección en el campo de la psicología que le bastaba con echar un vistazo a la cabeza de alguien, para desvelar en el acto todos sus pensamientos.

—Puedo decir —declaró— que nuestro famoso Chernchaille hizo hace un año un vuelo transoceánico hasta San Petersburgo y estuvo varias horas en esa ciudad. No se me escapa tampoco que allí recurrió a los servicios del conocido Órgano-Reparatorium Central. Únicamente no alcanzo a determinar cuál fue el órgano concreto que precisaba reparación, ya que esa institución tiene por norma no revelar esos datos. Por lo tanto, lo que recomiendo es enviar allí, a San Petersburgo, a uno de mis mejores hombres que prestan servicio como «guardianes de almas». Estoy seguro de que en unos días se hará con la información.

Se aprobó la resolución correspondiente y ese mismo día uno de los guardianes voló a San Petersburgo. Allí se puso manos a la obra con métodos que solo él conocía y en poco tiempo averiguó que un año antes Chernchaille reparó su corazón en ese centro. Era una información muy valiosa, pero aún estaba lejos de resolver el caso, por lo que el agente decidió prolongar su estancia en la ciudad.

En su calidad de guardián de almas y por deformación profesional, empezó a indagar entre la gente, y le sorprendieron sobremanera los relatos de los lugareños sobre el cambio espectacular que había experimentado el primer ministro de su país.

—Pero ¡si es una repetición punto por punto de lo que pasa con nuestro gran Chernchaille! —exclamó, al tiempo que golpeaba su enorme frente con uno de sus largos y delgados dedos—. ¡Quizá aquí esté la clave de este misterio!

Y, así, orientó su pensamiento en esa dirección y decidió recabar otros testimonios similares. Su inteligencia era extremadamente sutil y no es extraño que lo primero que hizo fuera dirigirse al Órgano-Reparatorium, para precisar cuándo y por qué motivo había requerido sus servicios el primer ministro. Y ahí fue donde se encontró con una asombrosa coincidencia. El ministro había reparado su corazón no solo el mismo día y a la misma hora que Chernchaille, sino que justo lo hizo a continuación de este último. Averiguó sus números de referencia: 102489 y 102490. Cuando supo estos datos y los relacionó en su cabeza, no tardó ni un minuto en sacar de su bolsillo un minúsculo aparato telefónico inalámbrico, lo sacudió varias veces en el aire y, tras colocarse mirando al oeste, dijo:

—¿América? ¿Es Nueva York? Sí, soy yo. Transmítale al guardián supremo que he dado con el quid de la cuestión y pronto se aclarará todo. Y dígame también que mi hallazgo no solo nos devolverá a nuestro gran benefactor Chernchaille, sino que prestará un gran servicio a la propia Rusia, lo cual tiene una enorme importancia para las relaciones internacionales.

Después de esta conversación, se puso en contacto con el ministro que ocupaba el segundo puesto más importante del país. Le contó sin rodeos el resultado de sus pesquisas y la suposición de que tanto el primer ministro como Chernchaille, cuyos corazones habían sido registrados en el Órgano-Reparatorium con números consecutivos, habían sido víctimas de un fatal error.

—¡Confundieron sus corazones! —exclamó la autoridad—. Me apostaría la cabeza a que eso fue lo que pasó.

—¿Cómo es posible? —reaccionó sorprendido el agente americano—. ¿En una institución tan ejemplar como el Órgano-Reparatorium, de fama mundial?

—No puedo decir nada en contra del Órgano-Reparatorium; realmente es un centro del más alto nivel, motivo de orgullo entre nosotros, pero, con todo y con eso, se encuentra en Rusia... Y nosotros los rusos, sea cual sea el nivel de desarrollo que alcancemos, llevamos en la sangre desde épocas remotas un extraño gen, que en psicología se conoce con el nombre de «azar»... El fenómeno así denominado es una especie de fatalismo. La persona «se pone en manos del destino». En lugar de llevar a cabo exhaustivas investigaciones, se conforma con la casualidad, con la suerte. Me resulta difícil explicárselo, ya que no es usted ruso. Es algo más sentido que comprendido entre nosotros. Y gracias a ese «destino nacional», incluso en los lugares más prestigiosos, pueden producirse equivocaciones.

—Pero ¿cómo podría usted demostrar que eso es así?

—¿Qué cómo? —dijo el ministro—. Pues porque contamos con un sencillo recurso al que acudimos en estos casos, cuando no hay más remedio: ¡la revisión! Ahora mismo ordenaré que se efectúe la más escrupulosa revisión del Órgano-Reparatorium en los últimos dos años.

El guardián de almas americano no comprendía del todo a qué se refería su interlocutor con eso de la revisión, pero la cara del ministro inspiraba tal seguridad que no pudo por menos de creer en la efectividad de tal método. Dicho y hecho. No habían pasado ni diez minutos cuando todo un ejército de funcionarios se lanzó sobre el enorme edificio del Órgano-Reparatorium, se coló por todas sus fisuras y no dejó ni un solo rincón sin escudriñar. Hasta tal punto estaba perfeccionado el sistema de revisión que a la media hora el ministro tenía en sus manos la prueba, respaldada por datos irrefutables, de que realmente se habían confundido los corazones de Chernchaille y del primer ministro...

EL MISTERIO DEL ÓRGANO-REPARATORIUM CENTRAL

Dos pueblos aunaron esfuerzos para restablecer el equilibrio roto por aquel nefasto error que se produjo en el Órgano-Reparatorium de San Petersburgo. Era algo imprescindible, pues América necesitaba el corazón de Chernchaille tanto como Rusia el de su primer ministro.

Uno en Nueva York y el otro en San Petersburgo, ambos parecían totalmente satisfechos con su corazón, es decir, con el órgano que latía en su pecho en ese momento. Además, la intervención había demostrado la calidad del trabajo realizado, pues los órganos habían quedado tan sanos y fuertes que era inconcebible pensar en una nueva reparación.

Pero ¿de qué habría servido, por ejemplo, que Chernchaille hubiera sentido la necesidad de reparar de nuevo su corazón o le hubiera pasado otro tanto al primer ministro? Para aplacar las fervientes aspiraciones de las dos naciones, debían coincidir ambos hechos en el mismo día y a la misma hora. Los dos líderes estaban, cada uno en su país, permanentemente rodeados de gente que seguía sus movimientos a la espera de aprovechar el momento más oportuno. Apenas alguno de los dos sentía cansancio o cogía un simple constipado, surgían en todas partes los mismos comentarios:

—Debe ser algo del corazón, lo tiene agotado. Sería un crimen no repararlo... No es solo valioso para usted, sino para todo el pueblo.

Pero ninguno de los dos quería oír hablar de reparaciones. Se burlaban de esos augurios y decían estar en plena forma, ¡mejor que nunca! Finalmente, todos tuvieron claro que habría que recurrir a lo que reprobaban todas las leyes conocidas y que se consideraba en todo el mundo el delito más atroz posible: la violencia. Pero antes de llegar a eso, se reunieron filósofos, juristas y moralistas no solo de Rusia y América, sino en también de los demás países. Se dieron cita en París, considerado entonces el centro del mundo, y sobre ellos recayó la responsabilidad de discutir la cuestión.

¿Era admisible, desde el punto de vista legal y ético, semejante concesión? ¿No sería un peligroso precedente para las masas?

La sabiduría de los postulantes no les restaba un ápice de prudencia, y la conclusión que esperaban impacientes millones de personas de todos los rincones del globo, fue la siguiente: «En aras de una imperiosa necesidad, decidimos permitir la corrección del error haciendo uso de la violencia; pero habrá de encontrarse la forma más suave de emplearla, como corresponde a las exigencias humanitarias de nuestra sociedad contemporánea».

Después de esto, solo había que pensar un poco. Y, como siempre sucede, la casualidad echó una mano: concretamente, el hecho de que ese año se cumpliera el quinto centenario del descubrimiento de los científicos rusos que permitía prolongar la vida humana. La conmemoración se haría en San Petersburgo. Se invitó a celebridades de todo el mundo y, por supuesto, Chernchaille recibió la más calurosa de las invitaciones. En ese momento era muy aficionado a todo tipo de festejos en los que pasar su tiempo libre, de modo que aceptó sin dudarlo y, en compañía de toda su

cohorte de gorriones, emprendió su vuelo transoceánico. Y, así, la capital rusa se llenó de personalidades extranjeras. Había representantes de los más remotos países. Calles y plazas se veían abarrotadas con todo tipo de rostros de distintas razas y vestimentas de lo más pintoresco.

Llegó el día de la celebración. La enorme sala del Órgano-Reparatorium estaba repleta de invitados. Uno de los especialistas que trabajaban allí estaba leyendo un discurso sobre los quinientos años de actividad de la institución.

Sobra decir que Chernchaille estaba presente, y no otro sino el primer ministro estaba junto a él. Cuando el científico terminó su conferencia, todos se levantaron con la intención de acercarse y felicitarle; los primeros en llegar a él fueron Chernchaille y el ministro. Y todos vieron cómo de repente, en el momento de estrecharle la mano al doctor, ambos perdían el conocimiento y tenían que ser sostenidos por los que les rodeaban. Un murmullo de alegría corrió por toda la sala y al momento se transmitió a la calle, donde se concentraba la multitud foránea.

Había sido algo preparado por el hábil científico. Quizá le bastó con mirarles intensamente a los ojos mientras les daba la mano. Quedará envuelto en el misterio... En ese mismo instante surgieron de la nada dos immaculadas camillas flotantes, que, después de recibir los cuerpos del ministro y Chernchaille, desaparecieron por detrás de una de las paredes.

En la sala se hizo un gran silencio, que se prolongó unos minutos interminables. Detrás de aquella pared se estaba restaurando un justo y necesario equilibrio. Se extrajo el corazón del pecho de cada uno de los hombres y en un abrir y cerrar de ojos se colocó de nuevo en su verdadero lugar de origen. Chernchaille y el primer ministro por fin acogieron el corazón que les había dado la madre naturaleza.

Y después sucedió lo que era de suponer. Chernchaille no pudo esperar siquiera el fin de las fiestas. Recordó súbitamente que en América había millones de personas muriéndose de hambre; pobres desgraciados de los que él, por alguna razón que nunca llegaría a comprender, se había desentendido desde hacía más de un año. Y esa misma noche, sin despedirse de los anfitriones ni decir una sola palabra a nadie, voló a América totalmente solo. Y pronto toda la Tierra volvió a escuchar emotivas historias sobre sus actos benéficos.

En cuanto al primer ministro, acudió a su despacho al concluir la celebración y echó un rápido vistazo a las últimas resoluciones que él mismo había firmado. Le pusieron al día de multitud de asuntos de los que era responsable, y entonces cayó en tal estado de desesperación que solo su sentido del deber y la deuda contraída con su pueblo le impidieron suicidarse...

Aleksandr Aleksándrovich Bogdánov

La Fiesta de la Inmortalidad

(1914)



Aleksandr Aleksándrovich Bogdánov, cuyo verdadero apellido era Malinovski, nació en Sokolko en 1873. Fue un inteligente y polifacético personaje con una intensa vida: activista político, médico, filósofo, economista, científico experimental y escritor. Criado en una humilde familia de maestros con otros cinco hermanos, desde pequeño destacó en los estudios. Ingresó en la Universidad de Moscú, pero su compromiso con el movimiento bolchevique le obligó a continuar su formación en Járkov, donde obtuvo la licenciatura en Medicina.

Teórico economista y marxista, tuvo una estrecha relación con Lenin, que luego fue deteriorándose por divergencias político-filosóficas, hasta que fue excluido del Partido Bolchevique en 1909. Vivió exiliado de 1904 a 1913. Desengañado de la política, desde 1910 se volcó en la actividad científica y durante la Primera Guerra Mundial trabajó como médico en el frente. Paralelamente a este viraje intelectual, su obra literaria se alejó de la teoría política y económica con la que pretendía influir en las masas para adoptar el género de la ciencia ficción como medio de expresar sus ideales sobre el futuro de la humanidad. En 1908 publicó su utopía *La estrella roja*, trasladando su ideal de sociedad socialista a la civilización marciana, más avanzada y capaz de llegar a ese modelo que los beligerantes terrícolas. Al margen del contenido propagandístico revolucionario, la obra (continuada en *El ingeniero Menni* en 1912) anticipaba varios aspectos científicos del futuro y temas tratados recientemente en la ciencia ficción y la ufología, como el uso de combustible radiactivo para las naves espaciales, un sistema de navegación aérea antigraavitatorio, la aparición de Internet, el videoteléfono o videófono ideado en la década de 1960, o la infiltración de seres extraterrestres camuflados en nuestro planeta.

El relato que nos ocupa, «La Fiesta de la Inmortalidad», fue publicado en San Petersburgo en 1914, en el n.º xiv de la revista *Letuchie Almanaji* [Breve Almanaque] aunque solo vio la luz de nuevo en 1991 gracias a la revista *Uralski Sliedopit* [Explorador de los Urales] en su n.º 7. Desarrolla una de las mayores obsesiones de Bogdánov: la prolongación de la vida con el horizonte puesto en la inmortalidad, que él analizaba tanto desde el punto de vista científico y filosófico (pros y contras de una vida eterna) como desde la posibilidad de alargar la escasa esperanza de vida del ser humano, para darle tiempo a madurar intelectualmente y construir una sociedad socialista. En el texto que presentamos, inédito en castellano, se aleja del terreno social y político, más visible en su mencionada novela-utopía, para darnos una visión mucho más trascendente, universal y avanzada a su tiempo.

Bogdánov creía que por medio de sucesivas transfusiones de sangre el organismo podía rejuvenecerse gradualmente; esta idea ya aparecía en *La estrella roja* y tuvo ocasión de ponerla en práctica —con el visto bueno de Stalin— al frente de lo que se denominó Instituto de Supervivencia, fundado en Moscú en 1926, especializado en transfusiones de sangre y pionero en este tratamiento. Por desgracia, hacer de conejillo de indias tuvo un desenlace fatal para el autor: Bogdánov murió, víctima de sus propios experimentos, en 1928 en Moscú.



I

Habían transcurrido ya mil años desde que el genial físico Fride descubriera la inmunidad fisiológica, cuya activación permitía renovar los tejidos del organismo y mantener a la gente en un estado de eterna juventud. El sueño de filósofos, poetas, reyes y alquimistas medievales se había cumplido...

Ya no existían ciudades como antiguamente. Gracias a la facilidad y universalidad del transporte aéreo, la gente no temía las distancias y se instalaba por todo el planeta en lujosas villas rodeadas de flores y vegetación. Cada villa tenía un espectroteléfono, que las mantenía en contacto con teatros, periódicos e instituciones públicas. Cualquiera podía disfrutar en su propia casa con la actuación de sus cantantes favoritos, ver en su pantalla de cristal pulido una representación teatral, escuchar los discursos de distintos oradores, charlar con sus conocidos... En el lugar que antes ocupaban las ciudades, seguían funcionando los centros de la administración comunista, en cuyo perímetro se concentraban enormes rascacielos que albergaban tiendas, escuelas, museos y otras instituciones públicas. La Tierra se había convertido en un inmenso bosque de árboles frutales. Había también silvicultores dedicados a la cría de diversos animales salvajes en parques especializados. No se tenía nunca escasez de agua, pues se obtenía al unir oxígeno e hidrógeno por medio de la electricidad. Las zonas sombrías de los parques estaban iluminadas con fuentes que formaban cascadas. Abundaban los estanques, que despedían reflejos plateados a la luz del sol y en cuyas aguas vivían peces de todas las especies imaginables, creando un hermoso paisaje. En los polos se usaban sales radiactivas artificiales para derretir los hielos y por la noche surgían lunas eléctricas que proporcionaban una suave y acogedora iluminación.

Solo una amenaza pesaba sobre la Tierra: la superpoblación, ya que nadie moría. La asamblea legislativa popular había aprobado la propuesta de ley del gobierno por la que a cada mujer se le permitía, en su interminable vida, procrear no más de treinta vástagos. Los que sobrepasaran esa cifra deberían, al alcanzar su madurez de quinientos años, trasladarse a otros planetas en naves selladas herméticamente. La longevidad humana daba ocasión a realizar largos viajes y, aparte de la Tierra, se habían colonizado todos los planetas próximos del sistema solar.

II

Por la mañana, tras levantarse de su lujosa cama hecha de aluminio y fibra de platino,

Fride se dio una ducha fría, hizo sus ejercicios de gimnasia habituales, se enfundó su ligera vestimenta térmica —que refrescaba en verano y calentaba en invierno—, y desayunó las nutritivas tortitas químicas de siempre con extracto de madera refinada, que tanto recordaban por el gusto al vino de Besarabia. Todo eso le ocupó alrededor de una hora. Para no perder el tiempo mientras se aseaba, había instalado en el baño un micrófono que le conectaba con el servicio de prensa, para así poder escuchar las noticias. Todo su cuerpo rebosaba vitalidad e irradiaba energía positiva; era fuerte, atlético, como si estuviera hecho únicamente de músculos y huesos.

Fride recordó que, justo ese día a las doce de la noche, se celebraba el milenario de la inmortalidad... ¡Mil años! Y, sin querer, se puso a repasar mentalmente lo que había vivido hasta entonces... En la habitación de al lado estaba la biblioteca de sus propias obras: unos cuatro mil volúmenes escritos todos por él. Eso incluía su diario, interrumpido a sus ochocientos cincuenta años de vida y que constaba de sesenta enormes folios dobles en formato de libro, escritos con un sistema silábico que recordaba a la antigua estenografía. Detrás del despacho, se encontraba su taller de pintura y, junto a éste, el de escultura. A continuación había una sala al estilo de un decadente nocturno, en la que Fride componía sus poemas. Finalmente, la sala sinfónica, con sus instrumentos de cuerda para orquesta, que tocaba con artilugios mecánicos de todo tipo con los que obtenía una intensidad y potencia sin parangón.

En la parte de arriba, encima de la casa, estaba el laboratorio. Fride era un hombre de genialidad polifacética, al igual que uno de sus antepasados por parte de madre, Bacon, que fue no solo un gran científico sino también dramaturgo, cuyas obras durante mucho tiempo se atribuyeron a Shakespeare. A lo largo de todo el milenio, Fride había mostrado su talento en prácticamente todas las esferas de la ciencia y el arte. De la química, que había consumido buena parte de sus energías intelectuales, pasó a la escultura. Durante ochenta años fue un famosísimo escultor, que legó al mundo numerosas obras magníficas. De ahí pasó a la literatura: en cien años escribió cerca de doscientos dramas y unos quince mil poemas y sonetos. Después se dejó seducir por la pintura, campo en el que no destacó especialmente; en cualquier caso, dominaba a la perfección la técnica artística y, con una práctica de más de cincuenta años, los críticos coincidían en pronosticarle un brillante futuro. Cuando ya era una persona en la que van decayendo los ánimos, aún trabajó otros cincuenta años, para después dedicarse a la música. Compuso varias óperas que tuvieron cierto éxito. Y así, en diversos momentos de su vida, fue pasando por la astronomía, la mecánica, la historia y, finalmente, la filosofía. Después cayó en un estado en el que ya no sabía qué hacer... Su prodigiosa mente absorbía como una esponja todo lo que producía su cultura contemporánea y decidió volver entonces a la química. Se dedicó a experimentar en su laboratorio y resolvió el único problema que aún le quedaba por superar a la raza humana desde los tiempos de Helmholtz^[8]: la autorregeneración de los órganos y la reanimación de la materia muerta. No había más problemas aparte de éste. Fride trabajaba por las mañanas; desde su dormitorio se iba directamente arriba,

al laboratorio. Mientras ponía los matraces en el calentador eléctrico y repasaba mentalmente las fórmulas que tan bien conocía sin necesidad siquiera de apuntarlas, le invadía un extraño sentimiento, que en los últimos tiempos se había hecho recurrente. Los experimentos ya no le interesaban ni atraían. Hacía mucho que en sus estudios ya no sentía el entusiasmo de antaño, en el que se vaciaba su alma y que le inspiraba al tiempo que le llenaba de felicidad. Las ideas fluían por los mismos canales que ya se sabía de memoria; cientos de fórmulas llegaban y se iban con las aburridas combinaciones de siempre.

Ese día, con una penosa y abrumadora sensación de vacío en el alma, de pronto se detuvo a pensar: «El hombre material se ha convertido en un dios... Puede reinar sobre el mundo y el espacio. Pero ¿realmente aquella idea, que los hombres de la antigua era cristiana consideraban inabarcable, podía tener límites? ¿Era posible que el cerebro, formado nada más que por un conjunto de neuronas, fuera capaz de producir un número limitado de ideas, imágenes y sentimientos... y nada más? Si eso fuera así»... Y entonces el miedo al futuro se apoderó de él. Con gran alivio por su parte, en aquella ocasión —al contrario de lo que solía ocurrirle mientras estudiaba—, se le escapó un profundo suspiro al oír la melodía del reloj automático que indicaba el final de la jornada laboral...

III

A las dos de la tarde Fride se dirigió al comedor público, que frecuentaba a diario solo por el hecho de verse con su ingente descendencia, a la mayoría de la cual ni siquiera conocía. Tenía alrededor de cincuenta de sus hijos en edad madura, dos mil nietos y varias decenas de miles de bisnietos y tataranietos. Su descendencia andaba dispersa por distintos países e incluso distintos mundos, y perfectamente habría bastado para poblar alguna de las ciudades de la antigüedad. Fride no experimentaba por sus hijos o nietos sentimiento familiar alguno, como el que se daba entre los seres humanos del pasado. Su familia era demasiado grande para dar cabida en su corazón a todos y cada uno de sus miembros. Él los quería con ese mismo amor noble y abstracto que se tiene por la humanidad en general. En el comedor recibió las habituales muestras de respeto y luego se presentó un hombre aún muy joven, de unos doscientos cincuenta años: su bisnieto Margo, que había hecho importantes hallazgos en el campo de la astronomía. Acababa de regresar después de una ausencia de veinticinco años motivada por una expedición a Marte, y ahora estaba relatando con entusiasmo su viaje:

—Los habitantes de Marte —contaba— son superhombres^[9]: adoptaron con rapidez todas las grandes conquistas del ser humano. Tenían la intención de enviar instructores a la Tierra, pero su enorme estatura supone un obstáculo para llevarlo a

cabo y ahora están centrados en la construcción de grandes naves voladoras.

Fride escuchaba distraído lo que se contaba sobre la flora y fauna de Marte, sobre sus canales, sobre las ciclópeas construcciones marcianas... Y todo lo que decía Margo con tanto ardor realmente le traía sin cuidado. Trescientos años antes él fue uno de los primeros que voló a Marte y residió allí cerca de siete años... Después hizo dos o tres viajes menores al mismo destino. Conocía cada palmo de la superficie de Marte mejor que la de la propia Tierra. Sin embargo, para que su bisnieto no se ofendiera ante la falta de atención, preguntó:

—Dime, mi joven colega, ¿no te habrás encontrado allí por casualidad con mi amigo Levionah? ¿Qué ha sido de él?

—Pues claro que le he visto —respondió vivamente Margo—. Ahora anda ocupado en la construcción de una formidable torre tan grande como el Elbrus^[10].

—Ya lo suponía... —dijo Fride con una intrigante sonrisa—. Yo mismo predije que llegaría un día en que los marcianos serían auténticos apasionados de las grandes construcciones. Pero ahora, por favor, disculpadme, y hasta pronto... Tengo que atender cierto asunto urgente. Te deseo mucho éxito.

IV

Margarita Anch, una lozana mujer de unos setecientos cincuenta años, que era la última esposa de Fride y de cuya relación ya empezaba éste a cansarse, presidía el círculo de amantes de la filosofía. Varios kilómetros antes de llegar a la villa de Margarita, Fride avisaba de su presencia con un fonograma; aunque estaban casados, vivían separados, para tener cierto margen de autonomía mutuo. Margarita esperaba a su marido en la alcoba llamada «de los secretos y las maravillas», un increíble pabellón en el que todo aparecía cubierto de un suave color ultracromático, el octavo del espectro^[11], desconocido por la gente de la antigüedad con un sentido de la vista poco desarrollado, al igual que los salvajes desconocían lo que era el color verde. Una preciosa túnica de seda hasta las rodillas, para mayor libertad de movimiento, realizaba su esbelta figura. Su alborotada melena negra le caía por la espalda en largos mechones ondulados. Un delicado perfume flotaba a su alrededor.

—Me alegro mucho de verte, mi querido Fride —dijo, tras darle un beso en su prominente y marmórea frente—. Te necesito para un asunto muy importante...

—Lo intuí la última vez que hablamos por el telefonoscopio —respondió Fride—. Reconozco que entonces me sorprendió tu tono misterioso... Bueno, ¿de qué se trata? ¿A qué viene tanta urgencia?

—No podía evitarlo, mi amor —dijo ella con una coqueta sonrisa—. Dirás que es un capricho, pero... a veces surge un deseo al que es muy difícil negarse... Por cierto, ¿dónde celebraremos esta noche la Fiesta de la Inmortalidad? Además, justo

hoy, por si no te acordabas, se cumplen ochenta y tres años de la celebración de nuestra boda.

«¡Vaya...!», pensó para sí, y respondió con desgana:

—¡Qué sé yo!... Todavía no lo he pensado.

—Pero ¿lo celebraremos juntos, verdad? —preguntó Margarita con algo de inquietud.

—Sí, por descontado —respondió él con cierta desazón, mientras improvisaba un rápido cambio de tema—. ¿Cuál es ese asunto tan importante?

—Ahora mismo te lo diré, cariño mío... Quisiera preparar una sorpresa para el nuevo milenio. La idea que estás a punto de conocer me ronda la cabeza desde hace ya varias décadas... y, por fin, ha adquirido su forma definitiva.

—Mmm... ¿es algo salido de tu irracional pragmatismo? —bromeó su marido.

—¡No, qué va...! —respondió ella con una enorme sonrisa.

—Entonces... ¿algo relacionado con política? Las mujeres en eso siempre queréis ir por delante de nosotros...

Ella se echó a reír.

—Eres un estupendo adivino, querido. Sí, me dispongo a formar un grupo con el que podamos dar un golpe de Estado civil en todo el planeta. Y ahí es donde necesito tu ayuda... Tienes que unirse a nosotros para difundir mis ideas. Te será muy fácil, con la cantidad de relaciones e influencias que tienes.

—Bueno, depende del carácter de tus planes —respondió Fride después de pensárselo un momento—. De antemano no puedo prometerte nada...

Ella frunció ligeramente el ceño y continuó:

—Mi plan es derribar las últimas trabas legales que aún tienen a la gente atada de pies y manos, aquí en la Tierra. Que cada individuo por separado aspire a tener lo que en la Antigüedad se llamaba su propio gobierno, su autonomía... Que nadie se atreva a ponerle cadena alguna. Solo la economía debería obedecer a un poder centralizado...

—Pero ¿no es así como están organizadas ya las cosas? —objetó él—. Dime, ¿cuándo y cómo ve el ciudadano coartada su voluntad?

Su mujer explotó y se dirigió a él acaloradamente:

—Y ¿la ley que restringe a treinta el número de nacidos que puede considerar una mujer como hijos suyos?... ¿Es que eso no es una restricción? ¿Acaso no estamos ante una violenta represión de la personalidad de la mujer?... Claro que vosotros, como hombres, no os veis en absoluto reprimidos por esta medida.

—Pero se trata de una ley que responde a necesidades económicas...

—Entonces, deben ofrecerse soluciones basadas en la sabiduría del intelecto y no en los avatares de la naturaleza... ¿Por qué debo renunciar a mi trigésimo quinto hijo, al cuadragésimo y así sucesivamente, y en cambio puedo quedarme con el que haga el número treinta? Puede que este último resulte penosamente mediocre y el que desechamos llegue a ser un genio... Que se queden en la Tierra los más fuertes y

dotados, y se envíen a otros planetas a los más débiles. La Tierra debería ser una reserva de genios.

Fride refutó el argumento con frialdad.

—Todo esto no es más que una fantasía irrealizable y, por lo demás, nada original. Hace ciento cincuenta años el biólogo Madlen ya se expresaba con ideas similares... No se puede romper el orden de las cosas que parece más razonable... Además, puedo asegurarte que las mujeres de la Antigüedad no opinaban así; tenían lo que se llama compasión maternal: querían más a los hijos más débiles y desafortunados que a los fuertes y hermosos... No, me niego a colaborar contigo en esto... Es más, como miembro del gobierno y en nombre del Consejo de los Cien, ejerzo mi derecho de veto sobre tus actos...

—Pero tú, como genio que eres, ¿no debes temer un golpe!

—Sí, claro... pero, como genio que soy, presiento el caos que se adueñará de la Tierra tan pronto como la cuestión de la segregación por nacimiento quede sujeta al libre albedrío de los ciudadanos. Se desatará tal lucha por la dominación del planeta que la propia raza humana perecerá... Es verdad que de todas formas desaparecerá irremediabilmente al sufrir un colapso por estancamiento —concluyó Fride como si hablara consigo mismo—, pero eso no quiere decir que tengamos que acelerar ese momento fatal...

Margarita guardó silencio. No se esperaba una reacción así. Después se volvió con frialdad, adoptó una pose clásica de perfil, y dijo ofendida:

—¡Haz lo que quieras!... Ya me he dado cuenta de que últimamente algo no va bien en nuestras relaciones... No sé, a lo mejor es que te has cansado de mí...

—Es posible —respondió él secamente—. Hay que hacerse a la idea de que el amor en la Tierra no es algo eterno... En el transcurso de mi vida, tú eres la décimo octava mujer con la que he contraído matrimonio, y la nonagésimo segunda a la que he amado...

—¡Faltaría más!... —dijo ella con rabia, al tiempo que se mordía los labios y el rubor teñía su rostro ligeramente bronceado—. Vosotros exigís a la mujer que os rinda fidelidad eterna, mientras os reserváis el derecho a engañarlas los primeros...

Fride se encogió de hombros.

—La ley del más fuerte: en eso sustentas toda tu teoría...

La mujer temblaba de consternación, pero supo dominarse y, con tanto aplomo como orgullo, declaró:

—Muy bien, nos separaremos... No hay más que hablar... Le deseo mucha suerte de aquí en adelante.

—Y ¡yo le deseo lo mismo, de todo corazón! —respondió Fride, en un tono que no resultara incisivo.

El único sentimiento que él experimentaba en ese momento era el de una insufrible angustia... Treinta y una veces había tenido que escuchar esas mismas palabras en las discusiones con las mujeres, soportando esa misma expresión en su

rostro, el mismo tono, los mismos ojos...

«¡La misma historia de siempre...! Y ¡qué hartito estoy de todo esto...!», pensó, mientras se acomodaba en su elegante, como de juguete, aeronave...

V

Fride pasó la velada en la nave restaurante, a una altura de cinco mil metros, en compañía de la multitud de jóvenes reunidos con motivo de la llegada de Margo. Se sentaron a una gran mesa giratoria, cuya tabla superior rodaba sobre unos railes flotantes, gracias a lo cual traía y se llevaba flores, frutas y un tipo de bebida espirituosa con un aroma peculiar y muy agradable al paladar. Abajo, brillaba la Tierra con sus cegadores fuegos fatuos. Por la red de carreteras, perfectamente apisonadas, circulaban los vehículos de algunos deportistas, que de vez en cuando se permitían el lujo de desplazarse con este antiguo medio de transporte. Las lunas eléctricas, con su resplandor fosforescente, teñían de una suave luz azulada jardines, villas, canales y lagos; la Tierra, en ese juego de luces y sombras, parecía una redecilla bordada con hilos de plata transparentes. Los jóvenes presentes se deleitaban en la contemplación de esa hermosa panorámica, especialmente Margo, que llevaba veinticinco años sin pisar la Tierra... Hizo girar una palanca y el sillón en el que estaba se elevó sobre la altura de la mesa, de modo que todos podían ver al que se disponía a hablarles.

—¡Amigos míos!... ¡Propongo un brindis y cantar nuestro himno en honor del Cosmos!

—¡Magnífico!... —se sumaron con alegría los congregados—. ¡Un brindis, un himno!

En estas celebraciones solían cantarse los himnos nacionales, compuestos por los grandes patriarcas. De ahí que a la primera propuesta de Margo le siguiera una segunda:

—¡Amigos!... Ya que esta noche nos hace el honor de acompañarnos nuestro querido patriarca Fride, propongo que cantemos su himno *Inmortal*.

Todas las miradas se dirigieron a Fride. Él seguía sumido en sus pensamientos y, cuando oyó su nombre, hizo una inclinación con la cabeza en señal de asentimiento. Con el acompañamiento de la gran orquesta sinfónica, las preeminentes voces masculinas y femeninas entonaron el himno, escrito en un tono eufórico y valiente que producía un efecto grandilocuente: «Bendita alma unitaria del cosmos, en cada grano de arena, en cada estrella. Bendita tu omnisciencia, porque es la fuente de la vida eterna. ¡Bendita inmortalidad, que iguala a todas las personas ante los dioses!»... El sonido de estas palabras se esparcía en el aire con la solemnidad que le infundía la coral, como si se tratase de un cántico del propio cielo al acercarse a la

Tierra desde sus abismales y enigmáticas profundidades... Solo Fride seguía impasible, ajeno a todo lo que sucedía a su alrededor. Y, cuando concluyó el himno, de nuevo todas las miradas se centraron en él. Uno de los nietos con quien tenía más familiaridad, el químico Lynch, se atrevió a preguntar:

—¡Estimado patriarca! ¿Qué le ocurre? ¡No ha participado en el canto de su propio himno!

Fride alzó la cabeza. Por un momento pensó que no merecía la pena estropear la velada a la juventud reunida sembrando en ella la duda, pero enseguida otro pensamiento ocupó su lugar: tarde o temprano todos experimentarían inevitablemente lo mismo que él. Y entonces dijo:

—Este himno no es más que un desvarío de mi cabeza... La omnisciencia y la inmortalidad no merecen ser bendecidas, sino malditas. ¡Sí, malditas sean!...

Todos se volvieron sorprendidos hacia el patriarca. Él hizo una pausa, dirigió una atormentada e intensa mirada a todos los que le rodeaban, y continuó:

—La vida eterna es una tortura insufrible... Todo se repite en este mundo, así de cruel es la ley de la naturaleza... Infinidad de mundos se forman a partir del caos, se ponen en marcha, se extinguen, chocan unos con otros, se dispersan y de nuevo se forman otros. Y así hasta el infinito... Se repiten las ideas, los sentimientos, los deseos, los actos e incluso la propia reflexión de que todo se sucede de nuevo nos viene a la cabeza más de mil veces... ¡Es horrible!

Fride se sujetó la cabeza con ambas manos. Creía estar perdiendo el juicio. Todos estaban perplejos por sus palabras. Al cabo de un momento, Fride volvió a hablar, con firmeza y severidad, como quien hace un llamamiento al combate:

—¡Qué gran tragedia en el devenir del ser humano! ¡Dios le da la vida y él se convierte en un autómatas que, con la precisión de un reloj, se repite a sí mismo indefinidamente!... ¡Saber de antemano lo que hará el marciano Levionah o lo que dirá la mujer amada!... ¡Un cuerpo eternamente vivo, que encierra un alma para siempre muerta, fría e indiferente, como un sol moribundo!...

Ninguno de los que escuchaban sabía qué responder. El único que pudo reaccionar, al salir de su estupor, fue el químico Lynch, que se dirigió a Fride con las siguientes palabras:

—¡Querido maestro! En mi opinión, hay una salida a esta situación. ¿Y si pudiéramos regenerar las células del cerebro, volvernos a crear a nosotros mismos, transmutarnos?...

—Eso no es ninguna salida —replicó Fride con una sonrisa de amargura—. Incluso si ese renacimiento fuera posible, implicaría que mi actual yo, con todos mis pensamientos, sentimientos y deseos, desaparecería sin dejar rastro... Comenzaría a pensar y sentir otro ser, ajeno y desconocido para mí. En la Antigüedad, se tenía la creencia de que el alma entra en otro cuerpo después de la muerte y se olvida de su anterior existencia. ¿En qué se diferenciará mi regeneración y renacimiento, respecto a la muerte y reencarnación en que creían los hombres primitivos? En nada...

¿Merece la pena que el hombre, una vez alcanzada la inmortalidad, desperdicie su genio en intentar resolver el viejo problema de la muerte?

Fride interrumpió repentinamente su discurso, se desplazó con su sillón hasta el andén exterior y, con un saludo de despedida, dijo:

—Disculpadme, amigos, que me retire. Para vergüenza mía, veo que con mi discurso os he agitado la fiesta.

Y, cuando ya se había subido a su aeronave para regresar a la Tierra, les dijo alzando la voz:

—En cualquier caso, ¡solo la muerte puede poner el punto y final a los sufrimientos del alma!...

Esta intrigante exclamación desconcertó a todos los presentes y despertó en su corazón el turbio presentimiento de una desgracia inminente. Margo, Lynch y después todos los demás hicieron rodar sus sillones por el andén al que estaba anclada la estructura flotante y, un tanto alarmados, se quedaron mirando un buen rato la aeronave de Fride, que en medio de la oscura noche se alejaba balanceándose con sus brillantes luces de señalización de color azul...

VI

Fride ya había decidido suicidarse, pero le quedaba decidir el método. Su ciencia médica contemporánea era capaz de resucitar cadáveres y reponer diversos miembros del cuerpo humano. Todos los medios tradicionales para el suicidio —cianuro, morfina, carbono, ácido cianhídrico— eran inservibles. Podía volar su cuerpo en mil pedazos con un explosivo, o encerrarse en una cápsula proyectada al espacio y convertirse en satélite de algún lejano planeta... Pero finalmente se decidió por la incineración, además en su forma más bárbara y primitiva: la hoguera. Aunque la técnica de su tiempo permitía quemar con radiación una extensión enorme de materia en un instante, ¡la muerte en la hoguera!... Eso sería al menos algo bonito... Dejó escrito en su testamento:

En los mil años de mi existencia, he llegado a la conclusión de que la vida eterna en la Tierra supone un círculo de repeticiones especialmente insoportable para un científico, que está en permanente búsqueda de cosas nuevas. Ésta es una de las contradicciones de la naturaleza, que yo voy a resolver con el suicidio.

Fue a la habitación de los secretos y maravillas y encendió una hoguera. Se ató con cadenas a una columna de hierro que previamente había rodeado de sustancias inflamables. Echó un último vistazo, pleno de inteligencia, a todo aquello que dejaba

en la Tierra. ¡Ni un solo deseo, ni una sola ligadura! Una soledad tan terrible como no podían imaginar los habitantes de la Antigüedad se adueñó de él... Antes, en épocas lejanas, la gente se sentía sola porque no encontraba a su alrededor las respuestas que buscaba el alma. Ahora la soledad venía porque el alma ya no tenía qué buscar y, ante la falta de perspectiva, acababa por consumirse... Fride dejó la Tierra sin el menor sentimiento de dolor. En el último momento recordó el mito de Prometeo y pensó: «El divino Prometeo robó el fuego de los dioses y se lo entregó a los humanos, haciéndolos inmortales. Ahora, ¡que ese mismo fuego dé a los inmortales lo que la sabia naturaleza dispuso: la muerte y el renacer del alma en la eterna materia existente!».

A las doce en punto de la noche se lanzaron los cohetes que anunciaban el principio del segundo milenio de la era de la inmortalidad. Fride pulsó un botón, se prendió la mecha y la hoguera ardió. Un dolor terrorífico, del que solo conservaba vagos recuerdos de infancia, descompuso por completo su rostro. Se retorció entre convulsiones en un intento de escapar, mientras un grito desgarrador y casi inhumano retumbó en las paredes de la alcoba... Pero las cadenas de hierro le amarraban con fuerza... Las lenguas de fuego serpenteaban por su cuerpo y le susurraban: «¡Todo se repite!»...

Vivian Azárieovich Itin

El país de Gónguri

(1922)



Vivian Azárieovich Itin nació en Ufá en 1894, en el seno de una familia ortodoxa. En 1913 empezó sus estudios superiores en San Petersburgo, primero en el Instituto de Neuropsicología y después en la Facultad de Derecho. En esa época se inició literariamente con diversos poemas; en 1917 había empezado a escribir ya su primer relato en prosa, entonces titulado «El invento de Ryell», que presentamos en esta edición. Ese mismo año, los juzgados en los que entró a trabajar se trasladaron a Moscú, lo cual le obligó a separarse de la mujer que amaba, Larisa Reichner, hija de uno de sus profesores.

En 1918, mientras visitaba a su familia en Ufá, el frente de los «blancos» contrarrevolucionarios le impidió volver a Moscú. Encontró trabajo como traductor en la delegación estadounidense de la Cruz Roja, con la que se desplazaría a Siberia. Más adelante dejaría la misión norteamericana para unirse al frente bolchevique. En 1920 obtuvo un puesto en el Departamento de Justicia de Krasnoiarsk y colaboró en el periódico *Krasnoiarski Rabochi* [Krasnoiarsk obrero]. Poco después se casó con la actriz Arguipina Chirikova y se trasladó a Kansk, donde trabajó para el nuevo gobierno revolucionario en funciones jurídicas y de propaganda. En esa época consigue hacerse con el manuscrito original de «El invento de Ryell» y decide transformarlo en un relato utópico con el título de «El país de Gónguri» (nombre elegido en homenaje a la escuela de Góngora de nuestro Siglo de Oro), que entregaría para su edición al periódico *Kanski Krestianin* [El Campesino de Kansk] en 1922. Empezó a colaborar también en la revista *Sibirskie Ogñi* [Luces de Siberia], de la que años después sería redactor jefe.

Desde 1923 viviría en la actual Novosibirsk, donde publicaría ese mismo año una recopilación de sus poemas, *El sol del corazón* y el relato antibélico *Urambo*. Siguió atentamente los avances de la aviación y se dedicó a viajar; participó en diversas expediciones marítimas, que dejaron su impronta en la novela *La ballena blanca* (1933). En la década de 1930 continuó su actividad literaria y poética, pero lo publicado en la revista que dirigía despertó los recelos de la censura estalinista. Finalmente, fue detenido en 1938, acusado de espionaje a favor de Japón, y fusilado ese mismo año en Novorossisk.

El mejor fruto que dio la pluma de Itin es, sin duda, «El país de Gónguri (El invento de Ryell)», escrito en 1917 y publicado por primera vez en 1922. La atmósfera futurista y onírica con que el autor envuelve la narración lo convierte en un relato sugestivo, fascinante y al mismo tiempo romántico al retratar tanto la grandeza como las miserias del género humano. La apertura a otras realidades (futuras, en este caso) y el potencial psíquico del hombre están presentes en un texto que no solo se anticipa a la Gran Guerra por venir (intuye además el uso de armas químicas y nucleares), sino que presagia sucesos de la propia vida del autor, como si de un mal presentimiento se tratara...



I. LA MÁQUINA DEL TIEMPO

La cárcel estaba abarrotada, con algunos reclusos en régimen de aislamiento. En la celda más estrecha del tercer piso, donde hacían guardia los soldados, vivían dos de ellos. Uno era joven y el otro parecía mayor, pero el camino que les separaba de la muerte era más corto para el primero; le habían detenido en posesión de un arma. El viejo, que antes había sido un reputado médico, también se había declarado culpable de bolchevismo, pero, en esos tiempos que fingían ser legales y democráticos, se necesitaba alguna prueba criminal contra el Estado para que pudiera decretarse la horca. Por eso, la comisión de investigación se devanaba los sesos hurgando en su pasado.

El joven estaba de pie encima del camastro, con la cara pegada a los barrotes de la ventana. A la media luz del verano septentrional, se veían las montañas cubiertas de pinares. Abajo, discurría un caudaloso río. Él era de los que opinaban que un hombre, cuando moría, estaba muerto y nada más; pero en su optimismo juvenil no tenía cabida el concepto mismo de la muerte. Un fusilamiento no representaba más que una explosión de sonido; el cadalso, lo veía en sus ojos como una serie de caprichosos círculos. Era como si lo viera así de verdad.

Las olas encrespadas se levantaban silenciosas. Estaba tumbado en el heno, roto por el trabajo de toda la jornada, pero después de beber un poco de vino se sentía reconfortado. A su lado, dos chinos que hacían su mismo trabajo discutían por un pescado robado. Se fijó en el rastro que dejaba la luna sobre el océano, en los reflejos multicolores del espumoso oleaje, en los hoteles y tabernas...

El médico, que estaba leyendo a la luz de una vela, se incorporó.

—¿Es el país de Gónguri? He leído sobre esto en tu cuaderno, Guieli. Aquí hay más poesía que geografía —dijo, antes de volver al manuscrito.

Entre las armoniosas nieves de la adusta capital,
siempre vagaba solo sin rumbo,
como un ave de paso atrapada,
mientras otras se dirigían al sur.
Y el mundo era tan cruel como frío,
serpenteaban dragones humeantes en el firmamento,

y el hambre implacable me enseñaba los dientes...
Y yo pensaba en el país de Gónguri.
Y me parecía que por arte de hechicería,
todos estos edificios y arcos que se alzaban ante mí,
que todo esto, como por efecto de un huracán,
desaparecería súbitamente, convertido en un sueño.
Aquí no había palabras, todo eran misterios.
Y en los abismos del alma brillaba algo hermoso:
el amor inmortal de otro mundo,
que llegará a mover el sol y todas las demás estrellas.

—Así escribíamos cuando estaba en San Petersburgo —respondió Guieli—. No son más que aburridos versos.

Su sombra se desplazaba por los barrotes. Sonó un fuerte disparo. El eco de las balas al rebotar flotó unos instantes en el aire, hasta extinguirse en una esquina. Guieli se bajó del catre de un salto y se sentó en el borde, cerca de la luz.

—Ya te lo dije —le dijo su compañero de celda, respirando con cierta dificultad—. Ayer pusieron la guardia cosaca.

—Y ¿qué? Mejor aún... Y cambiando de tema... —dijo Guieli, alzando la cabeza en un rápido gesto—, querías preguntarme algo. Gónguri... Sí, quizá sea el momento de ocuparse de los más íntimos sufrimientos personales.

Después, guardó silencio. El médico, sorprendido pero sin fuerzas para hablar, hizo lo propio.

—En realidad —prosiguió Guieli para distraerle—, aquí no hay nada que contar. Poco tiene que ver conmigo. Ahora, como no tengo nada que hacer, de nuevo me fastidian esas ideas... Creo que todo empezó en mi infancia, un día que estaba tumbado a la sombra de un árbol, con un libro cubriéndome la cabeza, mientras las cigarras cantaban al sol. Después se repitió con mayor claridad en San Francisco, en la costa... Quizá porque entonces vivía con total libertinaje. Y no porque fuera de taberna en taberna; de día, estando sereno y hambriento, echaba alguna cabezada de puro cansancio... y, al principio, lo veía como una teoría abstracta, pero luego empezaba a recordar cada vez con más claridad... Creo que eran simples sueños que todos teníamos, sobre un mundo más perfecto y cosas así, pero el caso es que, cuando se pasaban, me parecía que no eran sueños, sino recuerdos de algo sumamente cercano, familiar y reciente. Una vez, cuando todavía estaba en el norte, experimenté una especie de trance, que me dejó casi sin fuerzas. Y entonces recordé el nombre de una mujer... Se llamaba Gónguri. En el mar se repitió más veces. El país de Gónguri... Tenía una serie de visiones inconexas. Sé lo que me vas a decir y tienes toda la razón... En cualquier caso, todo esto tendrá una explicación científica. Anda, dame fuego.

—Sí, a todo se le puede encontrar una explicación científica...

Guieli fumaba aspirando el humo profundamente. El médico le preguntó:

—Guieli, ¿quieres volver al país de Gónguri?

Guieli se levantó.

—¡Vaya broma! —dijo entre dientes—. Una cosa es sincerarse y otra...

Se oyó una nueva detonación y después un extraño y prolongado grito.

—¡Esta vez han dado en el blanco! —dijo Guieli, mientras se ponía otra vez de pie en la cama para mirar por la ventana—. Dicen que...

—¡Guieli! —le gritó su compañero, agarrándole del brazo—. ¡Estoy hablando totalmente en serio! ¡Siéntate!

Cuando relajó sus músculos, el médico prosiguió:

—A ti te parece como si hubieras estado allí, ¿verdad? Pues lo que había antes lo hay ahora. ¿Qué es el tiempo? Algo absurdo. ¿Por qué no podemos nosotros reinar sobre el absurdo?

—¿Es que has inventado una máquina del tiempo? —se burló Guieli, acostumbrado a neutralizar cualquier sobresalto.

—Sí —respondió el médico—. Ya lo creo que sí. La máquina de Wells, capaz de dominar la cuarta dimensión, no es posible; de lo contrario, hace tiempo que habríamos tenido visitantes del futuro. A pesar de ello, el triunfo sobre el tiempo no es ninguna utopía. Continuamente violamos sus leyes: mientras dormimos. La ciencia ha constatado numerosos casos, en los que complejas visiones oníricas transcurrían paralelamente a infinitesimales variaciones en las agujas de un reloj. Yo tuve ocasión de presenciar algo similar en mis experimentos con sustancias alucinógenas y ahora no pongo en duda el sueño que tuvo Mahoma con siete años, que empezaba con un jarro de agua que se caía al suelo y terminaba antes de que llegara a salir el líquido del recipiente... Pero los sueños ordinarios no sirven para nuestro objetivo. Son demasiado descabalados, el director confunde las escenas constantemente. Lo que mejor se amolda a lo que necesitamos es un sueño bajo hipnosis.

Guieli alzó la cabeza. Su compañero continuó con su razonamiento.

—Sí... Por otra parte, no se puede comparar la hipnosis con el sueño. En determinados estados hipnóticos, hasta la mente más opaca puede abrirse como una mágica flor. Uno de mis pacientes podía parecer un genio con sus versos improvisados en estado de trance, aunque en su vida corriente era un escritorzuelo mediocre.

—A lo mejor vivía de plagiar poemas de otros —se sonrió Guieli.

—En cualquier caso, en estado de vigilia nunca le oí recitar nada parecido. No era una memoria humana... Otro, un viejo profesor mutilado, apergaminado como Mommsen^[12], se transformaba en el heroico soldado Aníbal, hijo de Amílcar, que llevó sus tropas a través de los Alpes, con el viento quemándole la cara y cuyos ojos ardían como dos ciudades incendiadas, mientras sus elefantes morían de frío; descendió por los valles italianos con la furia de sus caballos númeridos y se abrió camino a golpe de espada... Así lo contaba exactamente, te doy mi palabra.

—Los mismos sueños pueden oírse en los fumaderos de opio chinos.

—Esto son más que sueños —objetó el médico, metido de lleno en su tema favorito—. Cuando hablan de la hipnosis, tienen la manía de afirmar que es la voluntad del hipnotizador la que induce el trance en el sujeto y demás tonterías. Pero aquí la voluntad no interviene para nada. Yo le digo al paciente que ya no tiene sangre en su cuerpo, y ésta deja de manar de su herida; le digo que sus músculos se han petrificado y puede sostenerse tumbado sobre dos puntales en la nuca y los talones, mientras soporta el peso añadido de todo su cuerpo. Esto es de dominio público. El hipnotizador no puede doblegar el alma de otro individuo, tan solo despierta en él una serie de capacidades desconocidas, procesos cerebrales asociativos, que se manifiestan sin dejar de ser un fascinante enigma en sí mismos...

—¡Está bien, doctor! —dijo Guieli, sorprendido por lo inusitado del tema—. Quieres hipnotizarme para inducirme una sola idea: volver al país de Gónguri. De acuerdo. Acepto experimentar cualquier cosa, aunque creo que es bastante difícil sugestionarme... Por lo demás, si consigues que me duerma, puedes intentar lo que quieras. Además, hoy no he dormido más de cinco horas.

El médico asintió.

El corredor se llenó de gritos y carcajadas. Se oía una estúpida coplilla sin sentido. Alguien corpulento se detuvo frente a la celda y una turbia mirada atravesó la mirilla por un momento.

—¿No duermes, cerdo? —bramó una voz—. Pronto te llegará tu san Martín.

El alboroto cesó y solo se oyó un rechinar de dientes metálico, que se perdía por la escalera de piedra. El viejo se llevó la mano por debajo de las costillas. Guieli se fijó en lo pálido que estaba y, haciendo memoria, dijo serenamente:

—¿Qué te pasa, Mitch? Todo va bien... Tengo ganas de escupirle a los ojos a la muerte. ¿Qué es lo que duerme en realidad en nosotros? Te conozco desde hace cuatro años y, ahora como entonces, sigues siendo el mismo amante de los inventos y experimentos... Piedra, hierro... son minucias. ¡Nosotros a lo nuestro! Estoy preparado. No tengo más ideas que ésta en la cabeza...

La vela se extinguió y una gris penumbra se filtró a través de la ventana. Guieli prosiguió:

—Y, ahora, a dormirse cuanto antes. Buenas noches... —y sonrió como un niño—. Bueno, pues... ¡nos vamos al país de Gónguri!

Se dio la vuelta y se tapó con un tabardo inglés que le había quitado a un combatiente muerto en el frente.

—Buenas noches —dijo el médico maquinalmente.

Pronto se pudo oír la respiración regular de Guieli, acostumbrado a dormirse rápido en los breves descansos entre la suciedad de los embarcaderos y estaciones, a mar abierto bajo las tormentas, haciendo guardia antes de partir hacia las inmensas llanuras nevadas y en las largas horas pasadas en el combate entre la vida y la muerte.

El médico observaba el rostro de su compañero, iluminado por una luz azulada,

que reflejaba un torbellino de ideas pasando por su cabeza. Era como si tuviera fiebre, balbuceaba cosas sin sentido: los electrones de la luz, una idea en su cerebro... mundo... cerebro... incomprendible... Se levantó con esfuerzo, se despabiló y cogió la mano de Guieli con cuidado.

—Ahora duermes —dijo—. Duerme... Olas de oscuridad te mecen como el mar...

Entonces se dispuso a empezar su sesión de hipnotismo.

El pecho de Guieli se relajó. Deliraba y gesticulaba. Después palideció repentinamente, como si una mano invisible le hubiera quitado su máscara.

—En general, cada estado hipnótico es diferente según el individuo... —dijo para sí el médico, mientras le tomaba el pulso, casi contagiado por la somnolencia.

La cárcel, la piedra, el hierro... En su subconsciente aparecían retazos sueltos de los días pasados, que había retenido su memoria. Ahora no se movía un músculo de su cara.

El Golden Gate. Sal azulada y fuerte viento. En Rusia, la revolución, octubre... Después de la dura jornada, se metió a descansar por la primera puerta que encontró abierta. Era un local para marineros. Tipos duros y sucios de todas las razas. Vocerío de mil lenguas diferentes. En el centro, al mismo tiempo que se refleja la presión en su rostro, se fija en una ventana del sótano y le asalta un cúmulo de ideas.

Bosques y pueblos enormes; un frío ante el que los grados bajo cero de los cuentos de London parecen más bien un deshielo; hogueras bajo las ramas de los colosales abetos; remolinos de nieve por la ventisca... Por eso, entonces, Guieli pronuncia claramente y sin vacilación: «Hay que irse de aquí». El océano Pacífico quedaba al este, pero la línea de fuego ya separaba Asia de Europa.

El nuevo orden es aún caótico. Combates. Tropas comunistas ocultas en la taiga. Un camión ambulancia con lona de piel de oso. La bandolera del fusil colgando de su hombro... En diciembre estaban rodeados. Unos pocos, entrenados en la guerra de guerrillas, sobrevivieron... Ahí están...

El médico encendió una cerilla para fumar. El fugaz resplandor cayó sobre los párpados de Guieli, que suspiró profundamente. Con un gesto rápido apagó la llama. Su única esperanza era una delegación de los Estados Unidos que había llegado a la ciudad. Decían que los americanos apoyaban al poder establecido con trenes cargados de ropa de abrigo y que a veces visitaban las cárceles y presenciaban los fusilamientos; entonces se avergonzaban de financiar tal barbarie y parece que conseguían salvar a algunos de la muerte. Había oído el apellido Meredith. ¿Sería aquel Meredith a quien había atendido él?

El médico había emigrado justo después de 1905. Tuvo mucha suerte, según decían. Pudo practicar su profesión tranquilamente en Clay Street y poco a poco perdió el contacto con sus antiguas amistades y dejó de pensar en la guerra. Le conocían como «el maestro Mitchell», Mitch para los amigos.

«¡Guieli!... Entró de manera extraña en mi vida», pensó, y sonrió al recordar su

primer encuentro. Su hambre de cambios y de un nuevo rumbo era en él más fuerte que el primer amor. Ahora su rostro parecía más sorprendido aún. Le tomó la mano. De su memoria surgían versos que él mismo le había enseñado. Balbuceaba en voz alta, sin ningún dominio de sí mismo:

Un hambre optimista que destruye el corazón,
pero mejor morir, antes que dejar de verlo...

Miró su rostro impasible y le invadió una sensación de angustia. Era como si estuviera en un vuelo cada vez más alto...

—¡El pulso!

Los latidos disminuían con una regularidad alarmante. El médico decidió despertarle, pero sorprendentemente no resultaba fácil. Guieli abrió los ojos, pero no respondía a las preguntas y tenía una mirada tan perdida que a su compañero le entró el pánico. Repetía en voz alta las frases y empezó a contar lo sucedido. La sesión había dado sus frutos. Pronto Guieli mostró más atención a cuanto lo rodeaba y frunció el ceño mientras afloraban sus recuerdos. El médico encendió una vela y le invitó a fumar. Las sensaciones habituales eran la mejor ayuda. Cogió un trozo de espejo con cierta inquietud para mirarse en él.

—¿No he cambiado? —preguntó.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó preocupado el médico, ante lo cual su compañero solo movió la cabeza.

Guieli se sentó en el catre y apoyó la cabeza en las palmas de las manos. A lo lejos se oyó una campana de la ciudad. Entonces se incorporó.

—¿Qué hora es? —dijo con prisa.

—La una.

—¡La una! Pronto amanecerá.

Respiró hondo y continuó ya más tranquilo, como si tratara de algún asunto.

—Ya es tarde... Sí, alguien debe saberlo. Siéntate, Mitch, escucha: esto es lo que pasó. Cerraré los ojos para verlo mejor. ¡Presta atención!

Su forma de hablar sonaba diferente.

—Yo soy Ryell. Así me llamaba antes. Como Guieli, hoy he visto el mundo desde una altura inimaginable. Y voy a contártelo. Era Guieli y me convertí en Ryell... Mejor dicho, fue al contrario. Ahora solo es un recuerdo de sueños consecutivos, pero antes era algo totalmente diferente. La visión de esa realidad no se distingue en absoluto del estado habitual de las cosas. Tenía unos veinticuatro años, igual que ahora. Esto no significa que mi vida fuera equivalente a veinticuatro rotaciones de la Tierra alrededor del sol; las medidas terrestres no se correspondían con las usadas en ese mundo en que me llamaba Ryell, aunque las mantendré como referencia de todos modos, para que resulte más cercano a nuestra mentalidad. Sí... Primero estaba dormido. Después, mi vida empezó a moverse hacia atrás, hasta mi ser primigenio.

Una tras otra surgían ante mí escenas cada vez más lejanas, como si en una película se hubieran montado las imágenes de tal forma que las primeras fueran las últimas y viceversa. Pasaban volando los años escolares, hasta llegar a la primera infancia. Leía aquellos libros olvidados hacía tanto tiempo, que me transportaban a las aguas del Amazonas o del Orinoco, a misteriosas islas y lejanos planetas... Me veía como un niño diminuto, fascinado por los cuentos que me leía mi niñera y que sonaban tan fantásticos en la oscura habitación, a la luz de las estrellas invernales; me metía en ellos y me olvidaba de mí mismo. Después me acerqué a un inmenso árbol, sin duda sacado del que aparece en el Antiguo Testamento y, entonces, como en un confuso sueño, surgieron en mí los recuerdos de esa otra vida, aunque delante de mí solo había estepa; al poco, un anciano que parecía un figurante de la ópera me entregó una perla del tamaño de un huevo de paloma y yo le sonreí, convencido de que solo estaba reviviendo el sueño que tuve durante el día. Me fijé en el brillo opaco de la perla y mi conciencia se sumergió poco a poco en ella, hasta que llegó el caos... Pero el resplandor nacarado no se extinguió. Un fino polvillo blanquecino se extendió por el aire. Primero, en forma de nebulosa, se concentró hasta formar una esfera fosforescente. Luego se posó en la mano de una estatua de piedra que representaba al pensador. La estatua y la extraña esfera semejaban en conjunto una artística lámpara. Me di la vuelta para intentar dormirme, pero no pude. La luz me molestaba y, además, no podía olvidar aquel desagradable rostro de piedra, que parecía tener la penetrante mirada de un espíritu invisible, inquietante y pálido bajo la luz azulada... De repente, se me ocurrió que debía estudiar con mi máquina la materia de la que estaba hecha esa lámpara azul. En ese momento sentí, en alguna parte de mi ser, una sacudida indescriptible, como suele pasar cuando estamos a punto de olvidar algo... Con esa sensación me introduje en el país de Gónguri y desde ese momento ya no recordé nada más sobre sí mismo. Me convertí en un hombre de otro mundo...

Guieli enmudeció y se frotó los ojos. Su voluntad luchaba con hordas de desoladas imágenes, en un intento de dar orden y armonía a sus ideas. La conciencia de sentir todo ese torbellino encerrado en la jaula de su cerebro era una experiencia monstruosa. Finalmente, abrió los ojos.

II. EL PAÍS DE GÓNGURI

—¡Este mundo...! Yo ya lo había visto... Todo el tiempo lo vemos, y por eso nos rebelamos contra nuestro régimen de vida. Por supuesto, no esperes que cuente las cosas por orden...

»Era el año 1920 después de la Revolución^[13]. Teníamos plátanos, melocotones, rosas... ¡de un tamaño enorme! Las ciruelas eran como manzanas y los melocotones como sandías. He empezado por las frutas, porque nuestro planeta era ante todo un

jardín. El mundo se dividía en países, según los frutos que producían. Sus fronteras quedaban delimitadas sobre un mapa. No recuerdo que hubiera animales domésticos. Sí es verdad que bebíamos un líquido blanco que llamábamos leche y que comíamos productos lácteos; en las cocinas no faltaba un polvo amarillo que había conservado el nombre de “huevo”, pero todo se fabricaba químicamente en laboratorios industriales y no en granjas... Jardines, campos de cereales y forrajes. En latitudes más frías crecían los bosques, pero no estaban poblados.

»Entre los jardines, a muchos kilómetros de distancia unos de otros, se alzaban enormes edificios macizos hechos de brillantes materiales multicolores; estaban diseñados por artistas, por lo que siempre se diferenciaban entre sí. Se construían de manera que formaran un todo armónico con la naturaleza. Debían transmitir el genio de los artistas para fundirse en el horizonte con las llanuras, colinas y jardines... También existían grandes ciudades, pero no había muchas. En ellas se concentraban las bibliotecas, museos y academias. Las calles eran como una prolongación alfombrada de los jardines circundantes, aunque con variedad de flores, plantas decorativas, fuentes y estatuas. Por cierto, no tenían una función arterial en las ciudades, ya que, desde los tiempos en que se inventó la onteíta, los desplazamientos se realizaban por el aire.

»Onte vivió miles de años antes de mi era. Nuestra ciencia, debido a la naturaleza de la gravitación, avanzaba solo con grandes esfuerzos. Onte fue el primero en ofrecer una teoría completa de la gravedad y encontró una serie de materias energéticas, la onteíta entre ellas, que tendían a separarse de la masa. Las aeronaves de mi época tenían el aspecto de estilizados delfines; su fuselaje estaba hecho de aleaciones de metales ligeros y en la parte superior central se encontraba la onteíta, encerrada en una cápsula hermética, similar al diafragma de nuestras cámaras fotográficas terrestres. Con el ajuste de ese diafragma se producía una aceleración del movimiento en vertical.

»Desde los tiempos de Onte era posible modificar la orografía continental, destruyendo o desplazando montañas. Con él comenzó a trazarse un mapa global del planeta.

»Solo una vez en mi vida tuve ocasión de ver cómo construían una nueva ciudad. Miles de aeronaves traían las partes ya prefabricadas, que eran ensambladas por gente que se mantenía volando en el aire; pero una vez completado el proyecto del ingeniero, la energía de las máquinas daba paso a los escultores, pintores y poetas, apurados por su eterna insatisfacción. La ciudad fue bautizada con el nombre de Leitoen, en honor al poeta.

»El mundo es energía, Mitch, y ésta es ilimitada. Aquí somos millonarios que vivimos como pobres, siempre pendientes de su escasez, pero en realidad está por todas partes. Solo hace falta algo de juicio, algo de juicio colectivo, para someterla a la fuerza organizadora de nuestro conocimiento. ¡Así de sencillo! En cambio, nosotros...

Guieli miró por un momento el tosco y áspero tejido de su uniforme carcelario, se estremeció ligeramente, y continuó:

—Lo primero que recuerdo de mi infancia es un vuelo. Aprendí a manejar un pequeño aparato, consistente en un cinturón regulador de la gravedad con un motor acoplado. La primera vez experimenté una sensación de incorporeidad, como si estuviera bajo el efecto de narcóticos. A finales del segundo milenio de la nueva era no solo se habían perfeccionado las máquinas. Del derecho y del poder —con su látigo y otros atributos educativos similares— apenas quedaba nada. Cometer un delito era algo impensable, como... bueno, ¡como comerse un puñado de arañas! Solo los niños jugaban aún a los gobiernos y a las guerras. Y ya en los juegos me gustaba volar más rápido y más alto que los demás; los adultos se reían al verme.

»Tenía diecinueve años, cuando la emisora de radio de Loe-Lelio anunció a bombo y platillo que Vezilet había vuelto, después de haber pasado cuatro años en Toberone, un planeta en el borde de nuestro sistema solar. Los viajes interplanetarios ya se hacían en los legendarios años de la última revolución, pero solo se convirtieron en algo habitual a raíz del descubrimiento de la onteíta. Liberados de su peso, los *conquistadores del espacio* dieron el salto hasta más allá de los límites impuestos por la gravedad y entonces un pequeño motor radiactivo era suficiente para batir la velocidad récord del planeta y volar en cualquier dirección. Teníamos un contacto permanente con el planeta Sanon, próximo a nosotros. Nuestras colonias se ubicaban en su franja ecuatorial. En el resto de planetas no era posible la vida del hombre y estaban habitados por extrañas criaturas. La exploración de esos mundos se llevó a cabo durante varios siglos y supuso la pérdida de numerosas expediciones, que fueron reemplazadas por otras sucesivamente. Yo tenía dieciséis años cuando me entró la fiebre de convertirme en un héroe...

»Cuando hablo de mis visiones, Mitch, ¿no te parece que son algo más que sueños? El mundo de Gónguri está en mí, forma parte de mi ser y lo veo tan claro como un día cristalino. Pero, cuando la gente está metida literalmente en la nieve, apuntándose unos a otros, frente a frente, y en la cabeza resuena ese estrépito atronador, una y otra vez...

—Sigue, sigue contando —le pidió el médico en voz baja.

—Sí... —dijo Guieli, como si despertara de un sueño—. Dejé mi escuela en Tanabiezi y partí al encuentro de Vezilet. Yo sabía que pronto emprendería un nuevo viaje, hasta el último planeta situado entre el sol y nosotros. Su eje de rotación estaba inclinado sobre la elíptica en casi cuarenta grados; la canícula y el frío se alternaban en períodos de seis meses. Recuerdo que esto último era para mí algo de lo más sorprendente. Le dije a Vezilet que me aburría en Tanabiezi y quería servirle como ayudante. Seguramente le llegó al corazón y se echó a reír, para despedirse de mí sin ofenderme. Él dijo que en Paón había que ir vestido, cuando hasta ahora ni un solo trapo había profanado mi cuerpo. Solo los viejos llevaban túnicas. Vezilet me puso encima ropa interior de lana, una cazadora, un abrigo de piel, un gorro y calzado. Era

como si hubiera caído dentro de un hormiguero; no podía ni moverme, igual que ese conejo que pones patas arriba para hipnotizarlo en esa extraña postura —el viejo se rió de buena gana y Guieli prosiguió su relato—. Entonces me paseé por el suelo de metal y me obligué a sonreír con todas mis fuerzas, para poder decirle que yo era muy fuerte, capaz de cargar grandes pesos y, además, manejaba bien la maquinaria. «A lo mejor sería bueno llevarle con nosotros». Eso es lo que dijo Nolla, la acompañante de Vezilet. Y así se decidió mi destino. Entró Marg, un tipo fuerte de las colonias de Sanon. Su piel era blanca, pero tenía los labios ennegrecidos por la pelusilla del bigote. Me exprimió la mano al estrechármela. Yo aguanté callado. «Tienes que trabajar de firme —me dijo—, de lo contrario, nos libramos de ti. Vamos».

»En el cielo brillaba el enorme Paón, dios de la pasión. En ausencia de un medio gaseoso, el único peligro imprevisible eran los meteoritos, escombros errantes de otros mundos, que debíamos esquivar en medio del espacio interestelar. Marg se retiró para pilotar la nave. Nolla miraba por la escotilla inferior. Vezilet estaba encerrado en su compartimento y hablaba casi en un susurro, pegado a un aparato que registraba su voz.

»Ante mí se alzaba el enorme escenario de nuestro planeta. Cientos de veces había visto desde lo alto el trazado de esas tierras familiares, pero, a pesar de su extraordinaria nitidez, seguía pareciéndome un cuadro fantástico. El contorno de los continentes y la masa de nubes conformaban un paisaje de brillantes colores. Me sumergí mucho tiempo en ese éxtasis contemplativo. “El mundo se perdía de vista, pero nosotros seguíamos adelante. El corazón no quería volver atrás”: recordé estos versos de Nolla, como un vago eco en mi cabeza... y, efectivamente, ella no regresó.

»Nolla empezaba a gustarme. En aquellas monótonas horas en medio del vacío, lejos de los oasis bañados por los cegadores rayos del sol, que siempre caían del mismo lado, veíamos desde cualquiera de las ventanillas multitud de estrellas multicolores desprovistas de su aureola; en esos momentos, me fascinaba la claridad de ideas con que Nolla iluminaba la vida. El disco de nuestro planeta parecía al principio plano, para luego adoptar una forma circular y acabar como una pelota que veíamos a un lado, rebotada hacia su luna verdosa. Procurábamos hablar sin movernos, ya que cualquier leve sacudida lanzaba nuestros cuerpos ingravidos contra las paredes. Flotábamos en el aire lentamente, igual que peces en un acuario, sin peso alguno, como la mantequilla cuando se echa en alcohol rebajado. Nolla se reía. Parecía invadirme un eco de aquel patriotismo radical de otros tiempos, aunque no tan exaltado.

»Sí, Loe-Lelio me resultaba una ciudad un tanto extraña. Yo nací en un país donde nada estaba de más. Toda la producción estaba determinada por ideas muy precisas. Predominaba la creación colectiva. Incluso los pintores firmaban a menudo con el distintivo de su escuela. Loe-Lelio era, por supuesto, un eslabón más de la misma cadena. La educación, los recursos artísticos materiales, la comida, la ropa, la

propia ciudad... todo estaba unificado bajo un mismo patrón planetario, pero aquello que no se consideraba imprescindible para la vida y desarrollo urbanos, ya fuera en Tanabiezi o en otras localidades, no se fabricaba. En Loe-Lelio todavía existían grupos sociales singulares, gente que fumaba y bebía vino. Recuerdo haberle visto a Nolla un disco de diamante con un elaborado relieve que representaba a la Energía. No era otra cosa que el maldito dinero. Su valor, se sobrentiende, era algo convencional, ya que nuestras fábricas podían transformar cualquier materia prima. La única medida de valor que podía considerarse útil era la energía productiva. Nuestra moneda tenía como referencia la unidad de fuerza del radio. En una ocasión le dije a Nolla algo parecido a “acabaréis mal”, con un tono quizá demasiado engreído.

»Lo más sorprendente de todo resultó ser la historia de Lónuol. Científico y poeta, fue una de las figuras más relevantes de mi época. En su laboratorio cobró vida por primera vez un protoplasma creado a partir de la síntesis de un organismo muerto.

»“Llegará un día —decía él en sus poemas—, en que el hombre se alimente solo de ideas y nazca como fruto del amor platónico”.

»Lónuol rechazó su elección para ir a Oroe, lo que era la primera vez que sucedía; se construyó un palacete en un promontorio acantilado de la costa oeste, cerca de Loe-Lelio, fuera del trazado urbano. Vivía allí con sus acólitos, como un legendario soberano rodeado de ceremonias y honores. No se sabe bien si todo eso era algo inventado o soñado. En Tanabiezi la gente evitaba hablar de él.

»Nolla me daba la razón, sonreía con sarcasmo y me hacía rabiar: “Sí, vosotros sois muchos en número y sois más felices... pero también más mediocres... ¿Quién se acuerda ya de Onte? ¿O de Vezilet?”. Entre las cosas de Nolla encontré un bellissimo retrato esmaltado, que representaba a una chica joven de cuerpo entero, de piel clara, como una estatua, desnuda. Tan solo una sombra oscurecía su rostro. Me cegó la pasión desde que la vi, aunque su mirada parecía tan distante que solo una hazaña sería capaz de avivar en ella un mínimo fuego. Pero ¡era un hermoso motivo para que la vida mereciera la pena! Eché un vistazo al exterior... Ahí estaba Loe-Lelio, a orillas del cálido golfo, en una península que penetraba en el mar casi en ángulo recto. Y en la intersección del paseo marítimo, sobre un brillante bloque macizo, se erguía la estatua de un joven elevándose hacia la luz. Veía edificios resplandecientes, plazas pulidas como espejos sin fondo, calles ruidosas con un vocerío heterogéneo, parterres de rosas hipertróficas, árboles de diversos colores, paseos pavimentados con baldosas de topacio oscuro, claros soleados con tonos azules, verdes o amarillos, construcciones singulares recubiertas de enredaderas, ligeras pero de enorme tamaño, como si fueran lunas... La gente gastaba dinero en vino o en perfume de flores aromáticas, como la aoa... Y por encima de todo... ¡aquella mujer!

»—Es Gónguri —dijo Nolla.

»“Ah, ¿qué podía hacer yo?”, me dije.

»Al cabo de sesenta días, nuestra magnífica nave entró en órbita sobre las capas superiores de la atmósfera de Paón. Con increíble rapidez empezamos a notar una sensación creciente de peso, al tiempo que disminuía la velocidad del vuelo. Yo estaba tumbado, pegado a la escotilla inferior y veía cómo el disco del planeta se hacía cada vez más grande. Los océanos ocupaban gran parte de la superficie; tenían un aspecto embravecido, con matices de diferentes colores, desde el marrón terroso hasta el azul oscuro. Los casquetes polares estaban cubiertos de hielo y nieve. En algunas partes de esa masa de agua, despuntaban deformes bloques de tierra. La mitad de todo el espacio visible estaba ocupada por frentes nubosos, que poco a poco cubrieron todo el campo visual, hasta que nos hundimos en ese colchón de vapor, tan silenciosamente como una pluma. A través de ese caos de nubes, se vislumbraban franjas de zonas boscosas de coníferas, montañas tapizadas de vegetación y, en el centro, un río tan ancho como una bahía.

»No voy a contar todas nuestras aventuras, porque sería muy largo. El mundo de Paón tenía su propia fuerza de gravedad, como la Tierra. Pero no podíamos trasladarnos por allí con nuestras naves convencionales, ya que nuestro peso se veía multiplicado por tres. En cambio, el oxígeno concentrado de su atmósfera nos estimulaba y decidimos ir a pie hasta el bosque, aunque nuestros pesados cuerpos nos obligaban a caminar encorvados.

»Nolla observó:

»—¡Estupendo! Para moverse por un mundo salvaje, hay que hacerlo como un salvaje. ¡Vamos!

»Nos sorprendió un fuerte aguacero. Crecieron las torrenteras y se llevaron por delante nuestra nave, arrastrada hasta el río. Los polvorientos rayos de luz se dispersaron tan rápidamente como si del cielo hubiera caído un manto de oscuridad. Se hizo de noche inmediatamente. Nosotros, acostumbrados a la soledad en que solían vivir los miembros de las clases altas, decidimos esta vez acostarnos en grupo junto a la hoguera, como una manada de pequeños salvajes. Marg propuso que nos turnáramos por la noche para hacer guardia. Tuve que recordar expresiones que tenía casi olvidadas.

»A la mañana siguiente, las cimas montañosas aparecieron cubiertas de nieve. Aquellos días se me quedaron grabados... Aunque más bien habría que decir “noches”, porque casi no existía el día. A la par que las tinieblas, llegaron el frío y la ventisca. El río vio convertirse sus aguas en pétreo hielo. Seguimos su curso descendente, buscando entre los campos helados el brillo metálico del *conquistador del espacio*. Teníamos armas: tres grandes aparatos de descarga eléctrica. Marg se ocupaba de cazar y luego despellejaba los animales para abrigarnos con sus pieles en los refugios que construíamos; también cocía la carne de ciertas aves de color blanco y gran tamaño. Mientras comíamos, pensábamos que la fuerza del sanonita era mejor aún que los poemas de Nolla. Él nos guiaba y era nuestro líder, pero tuvo la desgracia de morir aplastado por una fiera. No pudimos enterrarle a nuestra manera, lanzando

su cuerpo al infinito espacio estelar; tuvimos que incinerarlo en una gran pira. Olía a carne quemada. Nolla estaba fuera de sí...

»Construí una choza con ramas y cortezas, que después de la primera noche quedó cubierta de nieve. En esa cueva pasamos alrededor de setenta días, o menos, si mal no recuerdo, porque Nolla se “liberó” de ese encierro antes. Enfermó gravemente, con una fiebre terrible, hasta que finalmente falleció. Lo recuerdo... Cada día salía a la superficie helada para quitar la nieve acumulada. Y en un rincón del refugio, entre el montón de pieles malolientes, se agitaba Nolla en pleno delirio febril y gritaba nombres extraños: “¡Ra, Tarogue, Ogu!”. Vezilet estaba sentado inmóvil a sus pies. Yo me dedicaba a vigilar que el fuego no se apagara, calentar el agua y cazar lo que podía. Cuando murió Nolla y mi estado de ánimo amenazaba mi propia vida, Vezilet me dijo que construyera un nuevo refugio, para distraer mi atención. El antiguo abrigo lo convertimos en baño, con una cacerola grande de barro al fuego. Por primera vez comprendí hasta qué punto nosotros, los habitantes de las grandes ciudades, habíamos olvidado los secretos impenetrables de la naturaleza. Hacía poco yo era como una flor tropical y ahora me veía saliendo de una especie de sauna construida según el modelo que había visto en el museo de historia de Tanabiezi, y vestido para resistir el frío, a la luz de la húmeda neblina iluminada por las estrellas. Y en medio de una aureola glacial, como si de un sueño o milagro se tratara, resplandecía ante mis ojos la imagen de Gónguri. Lo que antes parecía imposible, cobraba vida, pero como el pasado se me figuraba más real que el presente, en ocasiones todo me parecía un mismo sueño inacabado.

»Vezilet se convirtió en alguien muy cercano para mí. Yo pensaba que si él hubiera vivido en Loe-Lelio, mujeres como Nolla o Gónguri se habrían encaprichado de él; pero era una persona que había pasado toda la vida en un duro combate contra los peligros de otros mundos hostiles. ¿Qué le había impulsado a seguir ese camino? Quizá la misma inquietud que me llevó a mí a dejar la sencilla vida escolar que llevaba. Mientras pensaba eso, Vezilet sonrió y se puso a hablar conmigo —como si tratara a un igual—, sobre los últimos descubrimientos científicos, lo que constituía su gran pasión, algo que hinchaba la inteligencia de los grandes pensadores como un gas helado... Mientras le escuchaba, oía los aullidos de las fieras, el silbido del viento y el crepitar de la leña humeante en el fuego...

»Un día volví de cazar loco de alegría. El sol ya se prolongaba sobre el horizonte más tiempo del habitual. Pronto la nieve no resistió y cayó en forma de cascadas hasta el río. El hielo se rompía en pedazos que flotaban, giraban y chocaban entre sí con un ruido peculiar. La tierra se cubrió de flores, se secó en poco tiempo y se extendió el olor característico de la canícula. Enormes mariposas salían de sus crisálidas. Anfibios y serpientes se multiplicaban en la hierba, mientras las aves regresaban del sur... Hasta ese momento yo no me imaginaba lo que era un cambio de estación y, entonces, tuve ocasión de presenciar cómo revivía ese “reino encantado” dormido. Era como si el mundo se hubiera llenado de visiones oníricas...

En un momento dado me fijé en una brillante aeronave que surcaba el cielo azul y se dirigía a mi posición... Las personas que salieron del aparato tenían un aspecto parecido al que yo tenía antes y, con bastante más claridad que en una ensoñación, levantaron sus manos en señal de saludo. Era gente procedente de Loe-Lelio.

Guieli se levantó.

—¿Tienes tabaco, Mitch? —dijo—. Tengo una opresión aquí... No consigo centrarme en lo que quiero contar.

El médico buscó en su bolsillo y poco después Guieli tragaba ansiosamente el humo, antes de seguir con su relato.

—Volví a Tanabiezi. Pero entonces me invadió de nuevo el hastío. Estaba cansado de esos corredores diseñados matemáticamente, flanqueados por aulas idénticas, de esos dibujos de rombos que cubrían el suelo, de las columnas cilíndricas, de las líneas paralelas, de la conducta despiadada de algunos conocidos... «Ah... pero ¿qué podía hacer yo?», pensaba desesperado. ¿Dónde reside la felicidad? Hasta hace poco era descansar junto al fuego después de una larga marcha, tener después un sueño reparador para el cuerpo y el alma... Sza, mi mejor amiga, parecía demasiado segura cuando yo observaba la imagen de Gónguri.

»Conseguí perfeccionar uno de los motores que propulsaban nuestras naves y el nuevo modelo se popularizó en todas partes, aunque nadie conocía siquiera mi nombre... Quizá por eso me había enfrentado solo a las criaturas de Paón y quizá también porque ardía en mí el fervor de la juventud, pero éste se manifestaba no a través del amor sino de la envidia, aunque me avergüence reconocerlo. Envidia cuando eligieron a Gónguri para ir a Oroe. La vi en la pantalla, hermosa y altiva, con sus ojos invisibles, de pie ante la multitud congregada, y la sangre caliente tiñó de rojo mi rostro. Pensaba: “Ahí está esa mujer, una poetisa, que luce el distintivo del Corazón de Rubí, ¡y yo sigo aquí!”. Dejé la clase de Rúnut, con su Teleología Superior, y volé a Loe-Lelio. Ya no tenía nada que pudiera echar de menos en Tanabiezi, salvo Rúnut y, quizá, Sza. Rúnut era para mí como un padre y no quiso retenerme.

»—Yo estuve allí un tiempo y regresé —dijo, mientras se sonreía al ver lo vanidoso que era.

»Eso me avergonzó en parte, pero en mi memoria se agitaba la imagen de un enorme edificio, uno de los más impresionantes del mundo, enclavado en el centro de una pulida plaza de Loe-Lelio. Su nombre era cambiante, dependiendo de cuál fuera la fuerza que tuviera más influencia y poder en ese momento. En mi época se llamaba el Palacio de los Sueños. Llegué allí para trabajar sin descanso en el laboratorio y obtener... ¿Qué? Yo mismo no lo tenía claro... Vezilet, que me escuchaba siempre con paciencia y benevolencia, me puso la mano en el hombro y dijo:

»—No supone una dignidad superior el hecho de que descubrieras tu motor, Ryell, pero llama poderosamente la atención que lo hayas conseguido tan joven.

»Me estremecí. A los genios de Loe-Lelio los enviaban a Oroe cuando aún eran

unos críos...

—Oroe —repitió el médico en voz baja—. ¿No lo habías mencionado...?

—Sí... ¡qué palabra tan imperfecta! ¡Tan limitada para transmitir nuestro pensamiento! Ahora mismo, sin el menor esfuerzo, puedo abarcar todo lo que he vivido, todo ese mundo. Pero, si quiero que comprendas aunque sea una mínima parte, hablo y hablo, paso por alto miles de detalles y, aun así, no soy capaz de llegar hasta el sueño que tuve hoy.

»¡Sí...! Oroe era, por supuesto, un vestigio del pasado. Al principio fue el nombre de una fundación de pintores. Pero, dos mil años antes de mi era, hubo un reyezuelo llamado Oroe, que tuvo la osadía de pensar que saldría indemne si liberaba a algunas personas de las pesadas cargas de aquella época. Como no podía ser de otra manera, el rey adoraba los madrigales, los retratos agraciados que le pintaban, los títulos honoríficos... y su máxima aspiración era la fama. Dedicó parte de su dinero a mantener toda una cohorte de veinticinco artistas a su servicio. A él, por cierto, se le atribuye el aforismo favorito de Vezilet: “Las ideas no son versos, no desaparecen con el tiempo”. Yo creo que en esas palabras hay una parte de verdad. Si, por ejemplo, Mendeliéiev hubiera muerto antes de descubrir su famosa ley, tarde o temprano se habría descubierto de todas formas. Pero nadie podrá acabar jamás *Las noches egipcias*^[14]. Es más: si de repente descendieran sobre nuestro planeta seres de otro mundo, que nos superaran por su nivel de civilización en miles de años, nuestra medicina les parecería poco más que artificios de chamán... ¿Adónde quiero ir a parar? La genialidad, tanto en aquellos tiempos como en nuestra época, está íntimamente relacionada con la existencia de villas como Yásnaia Poliana^[15]. La mayoría de los pintores o literatos prometedores vivieron al principio de sus ocasionales ganancias. De hecho, Marx los mete en el mismo saco que a los vagabundos, ladronzuelos, aventureros, juguistas pendencieros, soldados retirados, traperos, afiladores, etc., no recuerdo toda la lista. Esta gente bohemia, o los cercanos a ellos, siempre vive evitando los trabajos duros. Dicen que Berlioz compuso la mejor de sus sinfonías mientras su mujer estaba enferma. Se vio obligado a olvidarse de ella para componer algo que tuviera éxito comercial; realmente se olvidó completamente de ella... Bueno, de nuevo me voy por las ramas... El Instituto Oroe empezó muy pronto a decaer, cuando se llenó de pelotilleros. Pero su ideal perduró. Los primeros años de la revolución, tras la abolición de las grandes fortunas, la artesanía se vino abajo. Su posterior florecimiento se debió, sin duda, a la fundación de Oroe. Sus miembros eran elegidos en congresos que reunían a los principales artistas del país. Con el tiempo, la necesidad material de contar con tal institución desapareció, pero, como siempre digo, Loe-Lelio, una de las ciudades más antiguas, conserva muchas obras del pasado. Junto a los imponentes edificios modernos, quedan esos desechos históricos, tan insoportables como los parásitos. Nunca llegué a acostumbrarme a ellos. Oroe y Loe-Lelio aglutinaban a toda la gente relevante del país. Podía decirse que sus genios eran todopoderosos. Cada uno de sus proyectos debía ser ejecutado,

aunque requiriera aunar los esfuerzos de todo el pueblo. Ni que decir tiene que los elegidos como ciudadanos de Loe-Lelio debían refrenar sus bajas pasiones.

»Los miembros de Oroe se elegían casi siempre entre jóvenes, en el momento que empezaban a mostrar talento. De ahí que mi corazón latiera de emoción ante las palabras de Vezilet, porque yo era aún muy joven. Al día siguiente recibí mi apartamento en la calle Zasádnaia, bastante elevado sobre el nivel del mar y con jardines de rosas. Los primeros días no salía de mi asombro. Auditorios, museos, la biblioteca del Palacio de los Sueños, estaban abarrotados de público. Un sinnúmero de contradicciones envenenaban su aire. Frases ensordecedoras, argumentaciones complejas e incomprensibles corrían entre sus multifacéticos habitantes, como un vendaval más poderoso aun que las tormentas de Paón. Veía personas que gemían bajo el peso de sus ideas, indiferentes ante el mundo, como un libro en blanco.

»Volvía a casa agotado por tanta confusión. Ya no me acordaba ni de mis sueños. Con un ligero movimiento encendía el sistema que me permitía acceder a la biblioteca, para leer los libros de Nolla y Gónguri. Al poco tiempo yo mismo empecé a componer versos. Era estupendo leer o escuchar música con alguien, mientras en el fondo de la pantalla se representaban obras teatrales, o simplemente mirar por el enorme ventanal con el panorama de la ciudad iluminada y el cielo oscurecido...

»Una vez, mientras jugaba al atardecer con algunas chicas de Loe-Lelio, en un lugar desde el que se dominaba la vasta extensión marina, pudimos ver los reflejos fosforescentes del crepúsculo sobre el océano. Capturábamos pájaros y los soltábamos con rosas de todos los colores atadas a ellos. Era un pasatiempo infantil y lo pasamos tan bien como si fuéramos niños. Vi a una muchacha que no conocía volando cerca de mí. La alcancé. Ella volaba con las manos en la nuca y miraba plácidamente al cielo turquesa, en el que ya aparecían las primeras estrellas. Llevaba un ancho cinturón negro de onteíta apretado a su cuerpo vigoroso. Se quedó pensativa, sin acabar de comprender lo que yo quería. Cuando ya estaba pegado a ella, me miró a los ojos con cierto desaire y, con un fingido enojo, se dio la vuelta. Solo entonces advertí su Corazón de Rubí, el distintivo de Oroe. Entonces la reconocí: ¡era Gónguri, mi Gónguri!...

Esa misma noche me perdí de nuevo en el laberinto del Palacio de los Sueños. Otra vez me pareció estar rodeado de un caos desolador, en el que era incapaz de distinguir algo valioso entre la basura... Pero entonces oí a Vezilet. Le veía tal y como es en la realidad: alto, de pelo cano, perfumado con hojas de aoa que exhalaban un olor como de resina. Estaba magnífico, rodeado de máquinas e instrumentos, y su forma de hablar era limpia y seca, como el chisporroteo de las descargas eléctricas. No daba lecciones de manual (para tener diferentes testimonios, bastaba con consultar los libros), sino que hablaba de lo que amenazaba al mundo y nos arrastraba con él hasta la cima de la verdadera ciencia. Yo temblaba de emoción como un enamorado en sus clases y mi piel clara se enrojecía con la excitación.

»Resultó que en esa época surgió un nuevo y acalorado debate sobre la estructura

de la materia, es decir, sobre la naturaleza de las partículas más elementales, su forma, volumen y peso; se hablaba del movimiento de los átomos y electrones, e incluso de los radalitos, descubiertos por Onte y dotados con la misma precisión de los objetos celestes que orbitan nuestro sistema. Pero todo esto se podía leer en los manuales. La cuestión más bien iba sobre los límites...

»Entonces, llevado por la sed de conocimientos que me torturaba, se me ocurrió una idea temeraria: dominar hasta los rayos de energía más diminutos, para transformarlos en algo parecido a ondas luminosas visibles y ver con nuestros propios ojos de qué se compone exactamente el mundo.

»Pasaron dos años y cada vez me gustaba más frecuentar los lugares solitarios de las montañas del norte, lejos de Loe-Lelio. Allí había esculturas que no eran humanas y no se sabía quién las había tallado. Una noche estaba tumbado boca arriba sobre una piedra plana, mientras un torbellino de ideas y desgracias se agolpaba en mi cabeza. En mis ojos se difuminaba la luz plateada de nuestra pequeña luna. Y, de repente, en ese estado entre el sueño y la vigilia, cruzó por mi cabeza un relámpago extraordinariamente brillante. ¡La máquina de Ryell había sido inventada!

»No recuerdo exactamente la idea que se me ocurrió, porque fue efímera, pero sabía que estaba en mi interior y solo había que descifrarla... Sin embargo, pasé dos años más estrujándome el cerebro en los laboratorios de aquel fantástico edificio, dos años con un ritmo de trabajo frenético en el que pasaba de los libros a los cálculos y de éstos a los experimentos y formulaciones. Gónguri se interesó por mi peculiar trabajo y, por fin, fui merecedor de la mirada que tanto ansiaba. Yo sabía que ella me consideraba un fracasado, pero eso no me restaba seguridad en mí mismo. Desde entonces, a menudo notaba desde lejos su brillante mirada, pero a ella y a todo lo que me rodeaba, le dedicaba escasos minutos y contadas palabras. Después de todo, ella parecía una chica corriente, como todas las demás.

»Trabajaba en los gigantescos Talleres de Autores. Los dirigía el viejo Peirirroll, que había sido enviado allí por su desmedido amor a las máquinas. Se pasaba día y noche comprobando los “músculos” de sus criaturas favoritas, ya se tratara de sofisticados y delicados aparatos de medición o de los enormes martillos eléctricos, que extendían su solemne y descomunal estrépito por toda la fundición. Miles de toneladas de metal salían disparadas hacia arriba, gracias a su recubrimiento de onteíta, para después caer sobre las voluminosas palancas que movían las miles de salas del Palacio de los Sueños. Me acostumbré a ese eterno movimiento, al ruido, al griterío y al murmullo de semejante ambiente, mientras fabricaba los componentes de mi máquina y apresuraba a los estudiantes de los pisos superiores que me ayudaban. El modelo resultó fallido en ocho ocasiones, por falta de precisión, y ocho veces nos tuvimos que poner de nuevo manos a la obra. Peirirroll vino a verme una vez con una maliciosa sonrisa en su rostro. En su opinión, estaba pagando mi exceso de fantasía; en realidad, era una alusión a la costumbre convenida, según la cual los que fracasaban en sus proyectos cargaban con los gastos del Taller. Subí de nuevo a los

auditorios y a las bibliotecas. Pasaba los días invariablemente bloqueado ante el tablero de dibujo o vagando con la mirada perdida por los interminables museos y ciudades de todas las épocas; me impregnaba, como en un sueño, de toda esa grandiosidad de cuento y daba vueltas una y otra vez a la misma idea... hasta que una noche me encontraron sin conocimiento bajo las garras de un atlantosaurio. Me llevaron para curarme a la clínica de la fábrica de onteíta. Todas las fábricas contaban con un servicio médico. La fábrica, de acero y cristal, estaba en las montañas, en medio de un bosque de coníferas fronterizo con Sortua-Tu. Había una presa que cortaba un desfiladero transversalmente. Cada día hacía una o dos horas de ejercicios y estiramientos bajo una cúpula de cristal con ventilación de ozono. Había unas ruedas que giraban velozmente, movidas por corriente alterna y con un brillo opaco; las chispas erizaban los cabellos y producían un cosquilleo en la espalda. Para la elaboración de la onteíta se necesitaba una ingente cantidad de energía. Era como si el aire estuviera cargado de electricidad... Por otra parte, algunos demostraron que parte del trabajo realizado con la onteíta se conseguía al reducir la fuerza centrípeta. Recuerdo que últimamente se habían efectuado nuevas mediciones con este propósito. Yo intentaba demostrar hasta qué punto el uso de la onteíta se reflejaría en el equilibrio universal.

»Los médicos me dieron el alta al cabo de un mes. Entonces, como si me hubiera recargado, me lancé de nuevo al humo de aoa y al Taller de Autores... Y triunfé. Yo fui el primero en ver cómo un fragmento sólido de materia se transformaba en un torbellino de fugaces y brillantes puntos luminosos. Ideé un medio para seguir sus infinitos movimientos. Aprendí a observar los procesos efímeros que se sucedían y a hacerlos más lentos con una desaceleración paralela del propio tiempo... Por supuesto, no era la solución del problema, pero era más de lo que esperaba. Los sistemas atómicos se transformaron en sistemas estelares, como un sol rodeado de sus planetas. Y en su espectro, desde las primeras a las últimas observaciones, encontré una línea diminuta de clorofila.

Guieli sintió un escalofrío.

—Empieza a refrescar —dijo el médico.

—No, no es eso —prosiguió Guieli—. Volé hasta el lugar en que se encontraba Vezilet. Me recibió con un cariñoso gesto, entre preocupado y malicioso, y se resignó a escucharme durante horas. Mi fama creció tan rápidamente como una avalancha. Al final, me eligieron para ir a Oroe. La ceremonia oficial se celebraría en pocos días. Mis sueños juveniles ya no me preocupaban. El tiempo es algo absurdo: puede uno vivir diez años y conservarse como un engendro en alcohol, o puede convertirse en una persona completamente diferente en cuestión de días. Había madurado, era indiferente al éxito. O puede que se tratara del cansancio acumulado tras noches de insomnio, hojas de aoa y una presión mental excesiva. Yo me inclinaba a pensar que mi estado era el punto final al que llegaría cualquier hombre pensante. Es curioso que, a pesar de estar muerto de cansancio y no tener nada que hacer, experimentara

un nauseabundo vacío...

»No podía dormir. Estaba tumbado en una gran habitación, en un mullido sofá negro, con los ojos abiertos. Estaba solo. El silencio de la noche se veía únicamente perturbado por un suave chapoteo del agua que caía desde un marco de mármol, en una esquina de la sala. Se dividía en varios chorros, iluminados desde su origen con brillantes rayos de luz concentrada, que dejaba ver todos los colores del espectro al atravesar el líquido, como si fueran pequeñas cascadas de piedras preciosas. Pensé que debía dormir, pero para eso debía tomar una pequeña dosis de una sustancia tóxica y no tenía ganas de levantarme. “Lo mejor es la oscuridad”, me dije en un susurro, al tiempo que protegía mis ojos de aquella luz multicolor. Ahora estaba más oscuro, pero no del todo. Había un fino polvillo blanquecino que flotaba en el aire. Me fijé mejor. El resplandor salía de una esfera fosforescente que sostenía en su mano la estatua de Neatn... Ya había hablado de eso... Y entonces se me ocurrió que debía averiguar de qué materia estaba hecha esa esfera...

III. EL DESCUBRIMIENTO

—Habla en voz baja. Veo que estás cansado. Habla con calma.

—Sí, mejor me acostaré.

Mitchell se volvió y le echó el abrigo por encima. El paño estaba sucio, impregnado de un olor maligno a humanidad.

—¿Puedes imaginarte el cambio que se produjo en mi vida? Todo lo que he contado hasta ahora son los recuerdos de Ryell. Ahora quiero contar lo que vi yo mismo en mi sueño... ¡Escucha!

»Subyugado por mi propia idea, me acerqué a la máquina con la esfera brillante en la mano. Por la ventana se veía un cielo negro, sin luna. Estaba oscuro, pero aun así los cipreses resaltaban como antorchas sobre la bóveda celeste. A veces se veían estrellas fugaces, que se reflejaban en el mar por un instante. Hubo un relámpago. Encendí el mecanismo y, de pie desde la plataforma de piedra, coloqué la esfera en el visor y eché un vistazo... Eso lo recuerdo muy bien.

»Las moléculas de la sustancia fosforescente eran complejas, como las de los compuestos orgánicos. Se reflejaban sobre el fondo nacarado de la pantalla como remolinos de estrellas. Disminuí la velocidad, mientras recordaba las flores brillantes que hacíamos de pequeños. Después enfoqué una partícula concreta en movimiento. Era como una simple estrella amarillenta; la dejé, para centrarme en uno de los puntos brillantes: era un planeta. Su eje de rotación estaba inclinado sobre el plano de la elíptica; los hemisferios se congelaban o se tornaban amarillos por la sequía alternativamente, como en Paón. Mi corazón latía desacompañadamente. Enfoqué más cerca el planetoide. Parecía tener cuatro patas. Recordaba a un antílope pastando

a la orilla de un río. De repente, lo que parecía un rebaño desapareció, el depredador amarillo se extendió de un salto... Una súbita llama inflamó mis venas. Recordé lo que Vezilet me había contado de sus investigaciones sobre un fenómeno de entropía mundial y sobre su apoyo a cualquier forma de vida que combatiera esa amenazante fuente de energía. Y entonces vi cómo la vida resurgía en una criatura muerta, multiplicándose con formas idénticas. La arena del combate universal se extendía ilimitadamente... La fiera amarilla empezó a devorar su presa. Me aparté un momento y volví a mirar.

»Pero ¿qué era eso? Me acordé del repulsivo ruido que hacían las criaturas de cuatro brazos que vimos en Paón. Ante mí, había una especie de chozas como las que solíamos construir en rincones remotos. En torno a la más grande de las cabañas, danzaba un grupo de monos armados con largos palos. Me estremecí de repente. No eran monos, ¡eran personas! Dos de aquellos salvajes salieron de una de las viviendas y en sus lanzas llevaban ensartadas sendas cabezas humanas. La horda sacó a patadas a una mujer blanca fuera de la tienda. Otras mujeres negras encendieron la hoguera. El chamán inició su danza ritual...

»Di un salto y corrí por la sala, aturdido. ¿Qué descubrimiento podría compararse al de Ryell? Me acerqué de nuevo al visor.

»El chamán estaba chupando la sangre del cuchillo. Moví la rueda dentada. Entonces apareció ante mis ojos una ciudad de gente blanca. Si no hubiera sido por la nieve, habría dicho que era alguna ciudad antigua del pasado de mi país. Calles centenarias, edificios peculiares diferentes, trenes movidos por electricidad conducida por cables, máquinas pesadas, una multitud de cuadrúpedos vestidos, peludos y feos... Todo eso ya lo había visto en una de las salas del museo que estaba en el Palacio de los Sueños. Vi trenes que se desplazaban por raíles de hierro, gracias a la fuerza del vapor. De sus vagones rojos salía gente cargada con enormes bolsos y baúles, caminaban encorvados por el peso. “La propiedad privada”, me figuré. Seguí el rastro del tren hasta que la mirada me llevó al interior del país. Los salvajes no eran muy diferentes, fueran blancos o negros. Contemplé el paisaje nevado. El bosque plateado, las aguas heladas, las recónditas aldeas... Y apareció un hombre vestido con piel de cordero. En una mano llevaba algunos animalillos muertos balanceándose; en la otra, una cría. A su lado iba un ternero con la cabeza gacha. Entró en su vivienda y el ternero tras él. Dentro, en el suelo de tierra, había un viejo tumbado con un abrigo y gorro de piel, que estaba meciendo una cuna. Debajo de ésta, sobre paja, una perra con su camada. La gente vivía con sus animales, igual que ellos.

»En algún lugar a la luz de la luna, vi una estatua levantada al borde de la arena: una fiera con cara de hombre. Me fijé en la multitud de hombres vestidos todos iguales que marchaban a pie, gritaban enardecidos y llevaban escopetas con bayonetas. No se correspondía en absoluto con la idea que tenía de un combate. Aquí no había ni ejércitos desplazándose, ni ciudades ocupadas, ni “héroes”. Aquí se

trataba de países enteros invadidos y pueblos armados. Hombres apostados en largas y profundas trincheras paralelas, a una distancia mayor que entre Loe-Lelio y Tanabiezi, se apuntaban unos a otros. Me sorprendió la calidad de las armas de fuego y de la maquinaria militar que empleaban para atacar al enemigo, algo que nosotros jamás tuvimos... Más que una guerra, parecía un suicidio colectivo premeditado. Empecé a perder la objetividad necesaria en un observador. Me sacudió una especie de fiebre intermitente que me excitaba. A veces me olvidaba de mí mismo y tenía la impresión de formar parte de vidas ajenas...

»Seguramente, Mitch, me sucedió lo mismo que cuando intentas curar una enfermedad y tú mismo acabas contagiado.

—Sí... —respondió el médico.

—Temo que mis visiones sean demasiado anodinas o incluso cargantes...

»En el poste de un tranvía se balanceaba suavemente, como el péndulo de un diabólico reloj, el cuerpo de un ahorcado. La ciudad estaba muerta. Solo algunos peludos depredadores corrían por las calles y se paraban a olisquear los trapos que encontraban esparcidos. En las afueras se distinguían los campos desolados, igualmente muertos, como si en ese punto la tierra se hubiera cubierto de costras, después de alguna terrible enfermedad. Por la zona se veían personas con distintivos rojos en las mangas, seguramente el símbolo de los sepultureros, que recogían los restos de familiares, sin cara, sin cabeza, sin piernas... tristes despojos de sangre coagulada, restos de lo que un día fueron personas. En las erupciones de barro como géiseres, en los manojos de cables entremezclados con hormigón y tierra, apenas se adivinaban las manchas sanguinolentas, mientras desde las trincheras se elevaba una larga nube de humo que parecía reptar por el suelo. Cuando se disipó, el espacio que abarcaba mi campo visual recordaba a un cementerio de adoradores del sol. Los vivos sustituyeron a los muertos, protegidos por espantosas máscaras. Unas máquinas enormes avanzaban lentamente hacia ellos. Los soldados supervivientes salían de sus agujeros. La gente corría y caía al suelo, pero se quedaba extrañamente inmóvil. De repente, una gran explosión destruyó una de las máquinas. Los soldados echaron a correr con las cabezas hacia atrás y sus caras —así me lo pareció— estaban negras como el carbón. Se quedaron grabados en mi memoria, porque con la onda expansiva una nube blanca, como una mortaja funeraria, cubrió toda la escena. En la superficie, una ligera neblina formaba caprichosos remolinos; al fondo se veían las alas de una primitiva aeronave, que dio varias vueltas en círculo, para después, como pájaro que detecta su presa, lanzarse en picado.

»Pronto me di cuenta de que los acontecimientos que se me mostraban no seguían el orden cronológico habitual. Los rayos reflejados por una fuente de luz microscópica se transformaban por medio de un complicado proceso, de modo que yo podía asimilarlos. Pero bastaba con que hiciera girar ligeramente el mando para que penetrara un nuevo haz de luz en mis ojos y se formaran en mi mente nuevas imágenes, sin que pudiera decir cuáles eran anteriores y cuáles posteriores en el

tiempo.

»La guerra... o quizá no fuera guerra, sino una epidemia, cuyas úlceras sangrientas veía en segmentos orgánicos que formaban parte de un mundo aterrador, infiltrado súbitamente en las entrañas del país. Manchas idénticas, que indicaban la presencia de tropas, se extendían por todas partes, con la única diferencia de sus distintivos y dispuestas para el combate inminente. Pero los métodos eran bastante primitivos y sanguinarios. Yo mismo fui testigo... A los prisioneros, con las manos atadas, los ahogaban en cualquier río o los quemaban. A veces se tenían gestos de benevolencia, pero tras ellos se cernía una oscuridad aún mayor, nacida de las pasiones enfrentadas, como solo puede ser fruto de una enfermedad... Alguien me había hablado de eso. En los países tropicales de Paón, hay una especie de hormigas muy curiosa. Si se corta una por la mitad, las dos partes se enfrentan entre sí sin cuartel. Así continúan por espacio de media hora, hasta que mueren.

»Recordé el océano, la uniforme respiración del oleaje, el latido de los elementos. Sentí el deseo de sumergir mi conciencia en su azul sideral; pero en la superficie del agua, como un sarpullido, surgieron cientos de barcos de guerra. A lo lejos, naufragaba uno de ellos. Envuelto en llamas y negra humareda, se sumergía lentamente en el abismo; los tripulantes, cegados por el pánico, se arrojaban a las heladas aguas en medio de la noche. Los focos se movían ávidamente como tentáculos. Las olas, con los reflejos del incendio, semejaban la fantástica marejada de las ciénagas infernales; unas aguas en las que, como decía el poeta, asomaban eternamente las manos indefensas de los condenados, tendidas al cielo en busca de una salvación imposible y congeladas por el frío aliento de las profundidades...

»Encendí la luz para asegurarme de lo que estaba viendo, pero nada cambió. Me acerqué a la placa.

»Era por la mañana. El sol asomaba en medio de una aureola de arcoíris glacial. Al pie de una colina se reunían infantería y caballería, como derviches, para darse calor. Oh... yo sabía lo que era una buena helada, cuando, en vez de un sol en el cielo, parece que dan vueltas cinco. En una mañana como ésa yo regresaba a nuestro refugio, en Paón, con un cubo de madera de abedul lleno de agua y los dedos, aun enfundados en piel, se quedaban petrificados como carámbanos... De pronto me fijé en que un hombre desnudo se separaba del resto de la tropa. Caminaba hacia la estepa, con los brazos cruzados sobre el pecho y el rostro ausente; iba recto, sin mirar atrás, como un autómatas. Los soldados le seguían con la mirada sin hacer nada. Después, uno de los jinetes salió al trote ligero por un sendero cubierto de nieve, en el que se veían varias huellas. Cuando la distancia se redujo a unos tres pasos, con total parsimonia, alzó el sable por encima de su cabeza y descargó un terrible golpe al hombre desnudo entre el hombro y el cuello. El hombre cayó, pero seguía vivo. Entonces el jinete desmontó, sacó un largo machete y vi cómo en tres ocasiones la pierna desnuda de su víctima se levantaba con cada golpe asestado.

»Cerca, en un claro del bosque, vi a un soldado anciano rezando, pero este

idólatra no parecía tener vocación religiosa alguna; algo ajeno, como una especie de necesidad antinatural, pesaba sobre él. Otros dos soldados, con diferente vestimenta, se acercaron a él sigilosamente por detrás. Yo pensaba que dispararían al viejo, pero no querían hacer ruido. Uno de ellos le agarró por la garganta en un gesto rápido (uno de los saludos favoritos en ese mundo) y le puso de rodillas. Forcejearon por un instante; luego, el otro soldado, con indiferencia, hundió su cuchillo en el cuerpo que se retorció. Después siguieron su camino, mirando hacia los lados como alimañas y... ¡también se santiguaron!

»Mitch, tú seguro que lo has entendido hace tiempo: ¡he descubierto nuestra Tierra, la raza humana! Me da escalofríos pensarlo, aunque me digo que no son más que reflejos de ideas repetidas desde los tiempos de Bernoulli^[16]. O desde quién sabe cuándo... Estas montañas, este gigantesco río, estos continentes a ambos lados de los océanos, todo este vasto mundo, tan grandioso a nuestros ojos, las constelaciones y ese fino velo rasgado de la Vía Láctea, como un arco tendido sobre nosotros, toda esta inmensidad, toda esta vida... ¡es tan solo un diminuto remolino de partículas en una especie de juguete de otro mundo!

»Cuando yo era Ryell, me asustaban esas pequeñas manchas rojas sobre la nieve, tanto como lo que contábamos antes. Pero aquí es donde vuelvo a inquietarme, y pienso: ¿no es horrible que nos acostumbremos? ¿No estás acostumbrado a ver asesinatos? ¿Acaso no he hincado yo mismo mi bayoneta en carne humana?

»Yo, siendo Ryell, pensaba: “Fuego, cadáveres, marchas de tropas, banderas de seda arrugadas, barcos repletos de soldados, países destrozados... Y ese omnipresente tejido encarnado —la sangre— se convierte en un brutal torbellino que me lleva en volandas hasta un escenario de pesadilla”. Entonces se me ocurría: haré un último esfuerzo y me despertaré en el laboratorio, para ocuparme de mis complicadas mediciones y seguir con mi trabajo, porque aún no he obtenido resultado alguno. Pero esta debilidad pasajera me condujo a otro desagradable sueño. Creo que llegué a gritar, pero estaba solo y nadie me oyó a esa hora tan avanzada. Estaba cansado y cambiaba el enfoque sin ningún orden concreto. La guerra seguía... Las imágenes se multiplicaban; casi me olvidé de ellas, pero algunas escenas eran tan impresionantes, que aún las veo con nitidez y persisten de forma obsesiva en mi cabeza, como sucedía a las Erinias^[17]. Mujeres enloquecidas y demacradas intentaban forzar unas puertas, con cestas vacías en las manos, pero no lo conseguían, dada su debilidad. Un interminable desierto abrasado por el calor y, en él, solo una criatura viva: un hombre tumbado, inmóvil, en un pequeño chamizo, resignado con la paciencia de un enfermo. Y ¡más...! Una vegetación exuberante cubría la costa de un cálido mar. Un claro caudal discurría entre vides, plantaciones de tabaco, olivos, almendros y huertos de frutales. Pequeños yates cruzaban por delante de palacetes de mármol y atracaban en los múltiples embarcaderos con cafeterías, bazares y puestos de todo tipo. Un grupo de hombres y mujeres de distintas razas están sentados a una limpia mesa, mientras comen bollos, fruta, queso y dulces; de vez en cuando se fijan en las mujeres

desnudas que hay abajo, en la playa. Ahí mismo, al lado de un conjunto de elegantes edificios, se reúnen poco a poco más criaturas desnudas similares, que se mueven a duras penas porque pesan mucho. Sin duda se trata de un sanatorio para gente obesa. Tomaban el sol, sudaban como el tocino al calentarse y leían curiosos periódicos con decenas de páginas. Uno de ellos, tan blanco como repulsivo, se leyó de cabo a rabo esa inmensa obra en la que yo había visto, junto a dibujos de variados manjares, esa foto de aquel otro mundo con la muchedumbre hambrienta ante las puertas cerradas. Una vez que el gordo acabó de leer el periódico, lo dejó y se dio la vuelta para seguir tomando el sol del otro lado. Se le veía tranquilo, con una serenidad casi mística...

»¡El país de mi Gónguri! Mitch, tú podrás demostrarme que todo esto es un sueño, pero ¡esa Tierra existe de verdad!

»«¡No, no puedo enseñarle esto a Vezilet!», grité. Me daba vergüenza haber visto toda esa basura en mi propia habitación. Me levanté rápidamente con ganas de tirar la esfera azul, que se estaba volviendo opaca con las primeras luces del día, pero mi vista recorrió la habitación y me fijé en sus objetos habituales, lo cual me tranquilizó. Incluso llegué a sonreír. Igual que cuando nos asustábamos de pequeños y lanzábamos una última mirada a aquel oscuro rincón, donde en lugar del terrorífico fantasma, se apilaba el montón de la ropa sucia...

»Miré por última vez la Tierra. Ahí se agitaban inmensos campos de cereales. Contemplé ese oleaje dorado como si fuera la promesa de una vida mejor y mi pensamiento quedó limpio de imágenes dolorosas. Recordé otro oleaje, el del indescriptible bullicio de una multitud en movimiento por las calles de una impresionante ciudad, como una extraña isla de población en medio de las desérticas llanuras del norte. Entonces yo no entendía las conductas individuales, pero tenía claro el sentido de esa vida creada... Conocía el destino de esos flujos vitales. Todo se abría a mi conocimiento. Puede que me hubiera servido de vacuna lo que vi en la Tierra, pero el caso es que ya podía pensar sin angustiarme en aquellas manchas rojas sobre la nieve y en las caras aliviadas de los supervivientes. Como suele decirse: “A veces se vierte mucha sangre, otras menos”.

»Pasaron los siglos y les tocó a otras razas bailar al son de esa embaucadora muerte. De nuevo se encendieron hogueras, de nuevo olía a carne humana quemada. Pero los huracanes pasan y los genios permanecen. Entonces el mundo se convierte en algo hermoso... Y ¡yo sucumbo de nuevo ante mi grandeza y ante mi insignificancia! Me rodea invariablemente la misma Eternidad, amenazante como un dios primitivo...

»¡La vida! Toda una noche he vivido otra vida, pero, ¿no será “una más en el todo”, como dice Vezilet?

»Fui rey y, como un déspota avaricioso, mataba a todo aquel que me maldecía, porque era inteligente y pensaba en la grandeza de las cosas, algo incomprendible para el populacho. También fui esclavo y no necesitaba nada, salvo un pedacito de tierra; pero las guerras entre reyes irrumpieron en mi hogar, violaron a mis mujeres y

se las llevaron; sufrí miles de pruebas, maté y torturé, entregado a un estado de furia, y yo mismo me torturaba, rodeado de horror... Fui elegido por el pueblo y castigué a los tiranos y a los líderes de la plebe; la gente se alborozaba ante sus cuerpos ahorcados. También fui un delincuente, me arrancaron la nariz y me ataron a un enorme remo que hube de mover hasta el fin de mis días. Si me detenía, el vigilante me azotaba la espalda con su látigo y entonces volvía a tensar los desgarrados músculos, hasta que un día solo quedaría mi cadáver para ser arrojado por la borda.

»Y, fuera quien fuera, asesino o profeta, en mí subyacía la misma vida eterna. A veces me rebelaba contra ella y no quería meterme en el papel encomendado; en esos casos la destruía, aunque a pesar de ello sintiera cierto amor... Solo odiaba aquellos corazones que apestaban en su descomposición, como el olor fétido del alquitrán, a diferencia de aquellos que se hinchan al latir. Cuando había una mujer en mi camino y yo la amaba, me atrevía a cualquier cosa y me sentía capaz de vencer a cualquiera... Millones de años sucedieron a otros millones, como las olas del mar, irrepetibles, aleatorios, entre triunfos y desencantos.

»Siempre que me doblegaba ante la vida, lo hacía también ante la propia muerte, pero ahora ya estoy cansado de todo y quiero saber de una vez quién soy Yo, el mortal Ryell, en su solemne inmortalidad. ¡Quiero saberlo! ¡Quiero saberlo!

IV. EL CORAZÓN DE RUBÍ

»Vezilet me puso sobre los hombros un collar de perlas negras con un Corazón de Rubí y luego se acercaron todos para hablarme del amor que inundaba nuestro espíritu... Ese día fue agotador para mí. Estuve mucho tiempo delante de la pantalla; querían verme desde todas las ciudades. Escuché innumerables saludos y repetí lo mismo una y otra vez, mientras veía fugazmente caras de todo tipo. Gónguri se había ido y, por primera vez en muchos años, me acordé de Rúnut, de Sza y de la tranquilidad que se respiraba en Tanabiezi. Llamé a Rúnut y le pedí que me esperara en nuestro antiguo jardín, al lado del edificio en el que se encontraba la escuela donde estudié de niño.

»Me elevé todo lo alto que pude y volé, empapado por la cálida borrasca, contento de verme tan lejos de la civilización. Estaba enloquecido. Me parecía que no actuaba la onteíta, sino un caos parecido al éxtasis del canto coral, capaz de catapultarme hasta el cielo. Detrás de las cumbres purpúreas de Loe-Lelio, en una verde planicie surcada por un arroyo pedregoso, había un enjambre de personas. En medio de la multitud, diez enormes naves espaciales se disponían a despegar. Decidí volver abajo, pero antes de accionar el diafragma para descender, me quité el collar. Allí se celebraba una ceremonia más ruidosa aún que la selección de los destinados a Oroe, pero no sabía de qué se trataba, porque hacía tiempo que no escuchaba los

periódicos que se emitían. Había un extraño anciano en la escalerilla inferior de una de las naves y, más que hablar, gritaba con su puño amenazante apuntando al cielo. La multitud estaba muy exaltada. Aterrícé y pregunté entre la gente. Tres individuos se volvieron hacia mí a la vez. Un hombre de pelo cano me dijo, mientras hacía gestos como de espantar algún insecto: “Éste no es lugar para críos”. La zafiedad de la gente siempre me había sorprendido. Cogí al hombre del brazo y él se volvió de nuevo, me miró también sorprendido y se rió en mi cara. Olía como a algo quemado. Después me soltó:

»—¡Es la guerra!

»La sangre se me heló. ¿Podía saber ese hombre lo que yo ya había visto? Quizá uno de nosotros estaba soñando o puede que me hubiera contagiado de la confusión reinante. Le zarandé para ver si despertaba. Entonces un fuerte empujón me echó a un lado. Varias personas se lanzaron sobre mí.

»—¿Estás borracho o qué?

»De repente se oyó un clamor de vítores y me volví para ver qué pasaba: las naves ascendían y desaparecían en el firmamento. Despegué y me lancé hacia las alturas, tan alto que casi me quedé sin aire. Estaba abrumado por el ruido. Por primera vez pensé que era cierto lo que aprendí de pequeño en la escuela de Loe-Lelio.

»Rúnut me esperaba en el paseo de magnolios, junto al estanque de mármol con rosales trepadores. Hablamos de sus últimos proyectos y también de mi invento. Al poco, se presentó Sza. Rúnut, para que no me agobiara, solo le había hablado de nuestro encuentro a ella. Sza era realmente hermosa, aunque su belleza era distinta a la de Gónguri. Se podía querer a quien fuese, pero a la vez respetar a Sza, como a un elemento más de la naturaleza. Contó que en una ocasión intentó verme, pero el bruto de Peiriroll le dijo, horrorizado, que no se podía distraer a nadie de su trabajo en los laboratorios... Allí estuvimos charlando, disfrutando de nuestra compañía, hasta que el indicador de mi pulsera se puso de color naranja —el color que señalaba la octava hora—. Sza me invitó a asistir a los juegos festivos, donde estarían todos mis viejos amigos, pero solo pude prometerle que volvería al día siguiente.

»Le pregunté a Rúnut si sabía algo de las diez naves que partieron, y vi cómo se sorprendía —al igual que los demás— de que yo no supiera nada. Mientras estuve enfermo, me parecía como si un ojo invisible me estuviera observando a mí y a mi país, tal y como yo hacía con la Tierra. Por eso mismo ardía en deseos de hacer algo que superase todo lo que acontecía en un mundo tridimensional, pero ¿qué podía ser? Ni yo mismo lo sabía y al final me olvidaba de ello.

»—Pues ¡la expedición de Guel! —contestó Rúnut.

»¡Guel!... Recordé. Entonces, es hoy cuando... Ciento cincuenta años antes, Tarogue había cruzado los límites del sistema solar, para no regresar jamás. Con él viajaban veinte niños y solo tres adultos: él, el ingeniero Stabant y su mujer Lopé. Tenía que ser así, ya que el viaje duraría al menos treinta años. El *conquistador del*

espacio que les transportaba llevaba suficiente cantidad de extractos alimenticios concentrados, pero, si no encontraban signos de vida en el sistema solar más cercano, se encaminarían a una muerte segura. ¡Treinta años! Sobre ellos y su singladura en medio de ese desierto espacial, se escribieron varios poemas...

»Tarogue encontró un planeta similar al nuestro. Lo bautizó Guenera, en honor del primer bebé que nació en él. Su plan era simple. Debían establecerse allí, construir una ciudad, fábricas, máquinas, recargar los acumuladores de energía y, después de algunos siglos, alguien debía regresar a Loe-Lelio. En los alrededores, por una parte se extendía una enorme llanura cubierta de hierba rojiza de la altura de una persona y poblada por innumerables criaturas; al otro lado, pasado un pequeño río, comenzaba un bosque y, a lo lejos, se veían las infranqueables montañas nevadas. Estaban situados en la franja ecuatorial, con un clima cálido uniforme. Construyeron casas de barro cocido y sembraron cereales. La cosecha fue abundante, pero ¿qué podía hacer un puñado de personas en un planeta mayor aún que el nuestro? A Tarogue solo le quedaba encomendarse a la Fortuna. Al cabo de un año, en uno de los valles fértiles al norte del trópico, los guenerianos encontraron un poblado de aborígenes de piel oscura. Tenían sus divinidades y conocían el fuego y las armas. Los nuevos dioses blancos que llegaron cogieron a sus hijos y a muchas de sus mujeres jóvenes, y obligaron a los hombres a construir casas de barro. Las mujeres dieron a luz a una raza de semidioses mestizos. Los ancianos brujos de la tribu se reunieron en consejo y decidieron engañar a los que habían venido del cielo. Una noche levantaron el campamento, reunieron a toda su gente y se adentraron en la espesura del bosque; pero los dueños y señores alcanzaron a los fugitivos. Con un poco de suerte y algo más de sangre, consiguieron doblegarlos y devolverlos a su anterior reclusión.

»Sesenta años después, la ciudad de barro de Tarogue contaba con más de trescientos habitantes que hablaban en la lengua de Gónguri y aún más niños que estudiaban en auténticas escuelas. Un alto horno iluminaba de noche la maleza circundante, mientras el líquido metal daba forma obedientemente a las máquinas. Se acercaba el día en que los viejos condensadores del *conquistador del espacio* se verían de nuevo cargados de radio. Pero un peligro inesperado retrasó aquel momento muchos años.

»Tarogue murió como resultado de una picadura de serpiente. Los morenos esclavos le consideraban el líder de los visitantes. Uno de los indígenas, Umgo, había averiguado que, si golpeaba a uno de los blancos con un palo, podía morir incluso antes que un animal. Eso no podía hacerse, porque acto seguido otro blanco dirigiría hacia él su fuego mortífero, procedente de un cilindro que siempre tenían a mano en el bolsillo. Pero Umgo odiaba a los conquistadores y su idea iba tomando forma con tenacidad. Y, así, llegó un día en que tomó a una docena de hombres entrenados de su poblado y desapareció con ellos. Esta vez no pudieron encontrarlos, pero al cabo de dos años reaparecieron con un ejército de miles de aborígenes reclutados en otros

poblados. Umgo enseñó a una parte de ellos a manejar el arco y las flechas para poder matar sin ser vistos. En torno a él se unieron todas las tribus que habían sido saqueadas por los intrusos. Los primeros en caer fueron los que trabajaban en las minas de las montañas. Después rodearon una escuela y asesinaron a todos los niños mestizos. Las mujeres salieron huyendo y se refugiaron entre la multitud. Cuando los guenerianos consiguieron repartir las armas para defenderse, la mitad de todo su trabajo de tantos años ya se había echado a perder. Umgo sobrevivió y llevó su tribu a las montañas, que gracias a la maleza crecida eran prácticamente infranqueables. Hubo que construir empalizadas y escoltar con hombres armados a los trabajadores de las minas.

»La guerra duró más de veinte años, hasta que se construyó un motor capaz de llevar hasta allí al grupo de Guel. Ahora, en la ciudad de Loe-Lelio, disponían de diez *conquistadores del espacio* recién contruidos, mucho mejores que la nave de Tarogue; gracias a ellos, repoblarían con hombres de raza blanca y bien armados las reducidas colonias de Guenera.

»Rúnut tenía un gesto sombrío. La rápida sucesión de imágenes restaba claridad a mis ideas. Me dije en voz baja: “Por eso aquel viejo loco me gritó de forma tan siniestra la palabra guerra. Y ¡por eso Guel tiene una cara tan inexpresiva y los ojos tan separados!”. No sé por qué me acordé de repente de la esfera azul y esa noche volví a tener pesadillas.

»—¿Qué te ocurre, Ryell? —me preguntó Rúnut.

»—¡Ah...! ¡Cómo me gustaría estar entre ellos y barrerlos a todos con nuestros rayos mortíferos! ¡A todos!

»Había visitado los siglos pasados y parecía que en el futuro el panorama era más sereno, pero cada vez había mayor número de muertos... ¿Cómo era posible? ¿Cómo podía estar pasando esto aquí mismo?... Miré a Rúnut y me estremecí. Era una auténtica locura.

»—Estás delirando, Ryell —fue lo que oí—. No se puede hacer el trabajo de toda una vida en unos pocos años de juventud. Si te quedaras con nosotros, no tendrías por qué ocultar tus ideas, trabajaríamos juntos y la humanidad podría asimilar tus inventos y descubrimientos de manera progresiva y no pernicioso; pero en Loe-Lelio, con sus cultos, fiestas, individualismo y enorme poder de atracción, has sido presa del egocentrismo, más que de tu propia voluntad. Podrías ser tan feliz como Sza y como yo... ¿Acaso eres feliz ahora?

»Rúnut tenía razón. Yo le había prometido que viviría con él en Tanabiezi, aunque ahora añadí casi sin querer un “pero todavía no”. Le hablé de Gónguri. Rúnut se tranquilizó en parte, pero sus esperanzas se esfumaron entre temores inconscientes, con la misma velocidad que tardé en salir disparado hacia las nubes decoradas con los colores del crepúsculo. ¿Me esperaría Sza? No podía saberlo... Quizá no he sabido explicar mis impresiones de aquella tarde. En realidad estaba pensando en otra cosa.

»Veo, como a través de una neblina azulada, a los genios de Oroe, en una gran

sala. En lo alto, como golondrinas invisibles, se oía una orquesta de cuerda. Delicados autómatas nos traían rosas, frutas y zumo de aoa. En la geométrica y pulida superficie de los espejos se reflejaban unas esferas luminosas a modo de lámparas, que flotaban con ligereza entre nosotros. La cabeza de Gónguri reposaba sobre mi hombro. Yo lo sabía: ella me quería. Estábamos escuchando el discurso de Guel. Era fuerte y valiente; tenía más de cien años. Disfrutaba de su baño de masas y, como cualquiera que ha sido protagonista de grandes sucesos, hablaba largo y tendido de la vida en Guenera. Entonces vi de repente la imagen de Umgo, con su tez morena, que avanzaba sigiloso como un lince entre los helechos, mientras Tarogue, genio y asesino, trazaba un plan para su ciudad de barro... Me sorprendí a mí mismo, entretenido en contar cuántas veces superaba la velocidad de mis ideas a la de la luz.

»El joven poeta de ojos claros Akzas, enamorado de Gónguri, se acercó a nosotros, pálido y sonriente. Llevaba vestiduras de un tejido valiosísimo y le compadecimos, pues solo los ancianos vestían así. La ropa que llevaban los jóvenes seguía las directrices de una comisión de estética, cuyo objetivo era disimular los defectos de cada cuerpo. Entonces escuché de nuevo unos versos, recitados con emoción, pertenecientes al poema *Infierno*, el mismo que recordé mientras contemplaba la Tierra:

Entonces llegaron las tinieblas. Me lanzaron al frío espacio infinito.
El vacío me rasgó el corazón y el alma:
tan solo quedó un dolor impreciso,
tan melancólico que parecía
como si hubieran pasado millones de años,
pero el reloj marcaba un solo segundo...

»Yo ya sabía lo que era eso —pensé con tristeza—. Con un rápido vistazo, mi memoria desplegó las imágenes terrestres y de nuevo me pareció que había vivido varios años en el curso de aquella increíble noche.

»Le pregunté a Guel:

»—Y, entonces, los miembros de esta expedición de socorro ¿también van a violar a las mujeres y quitarles a sus hijos?

»Guel se echó a reír.

»—¿Tú crees que la vida es solo lo que os cuentan en la escuela? —respondió.

»Ya era la segunda vez que un viejo me ofendía en el mismo día. La ira me hizo apretar los dientes con fuerza. Me levanté y le dije a Akzas:

»—¡Cállese! ¡Guárdese sus versos! ¡Si quiere, le puedo enseñar lo que es el verdadero infierno!

»Se hizo el silencio. Guel contuvo la risa. Entonces les hablé de la extraña raza de homínidos que había visto a través de la esfera azul. No me contuve y conté un sinnúmero de visiones de la Tierra, exceptuando las que eran demasiado

vergonzantes, y concluí mi alegato con la increíble posibilidad de que existiera —a juzgar por el descubrimiento del gran Ryell— otro mundo que nos observara desde un espacio imposible de determinar. Aquellas criaturas podrían ser tan superiores en relación a nuestra raza como nosotros respecto a las partículas diminutas que aparecían en la esfera; quizá esos seres ni siquiera dependieran de las fuerzas de la naturaleza, se comunicaran entre ellos directamente y tuvieran la capacidad sobrehumana de penetrar en la esencia de las cosas...

»De pronto, vino a interrumpir mi emocionado discurso una sonora y enérgica voz:

»—¡Esto es algo magnífico!

»Me quedé callado y algo confuso. Vezilet tomó la palabra para decir que el flujo de la vida es más ilimitado de lo que imaginamos. A cada movimiento de péndulo nacen, se desarrollan y mueren infinidad de mundos. La vida siempre repite en todas partes formas de energía devaluadas o infravaloradas. El mundo no está abocado a un espacio muerto y neutro, en medio de un desierto cósmico, donde no hay siquiera espejismos de un futuro mejor, sino que tiende a una acumulación de fuerzas superior.

»—Y ¡por encima de todo está el pensamiento! Aún no conocemos su verdadero potencial. ¡Puede que sea eso lo que hace que el sol siga ardiendo...! Y luego llega Ryell y descubre que es algo universal. ¡Eso sí que es formidable!

»Recordé el pensamiento cíclico de Vezilet: la vida se desarrolla, el mundo revive, la materia se transforma poco a poco en vida y ésta en conocimiento. Puede que en un tiempo el cosmos se manifestara solo en forma de conciencia e irrumpiera en las nebulosas estelares en medio de la vorágine creadora. En sus poemas juveniles, Vezilet hablaba de dos esferas de conocimiento ilimitadas, ligadas al amor. Así es como debió nacer el mundo. Quizá sería ésa la procedencia de una falsa idea de divinidad, tomada del inconsciente colectivo. Al mirar la magnífica frente de Vezilet, me vino a la memoria aquella imagen del sacerdote chupando la sangre que chorreaba de su cuchillo. Eso también era una forma de conciencia, aunque a mí me pareciera una negra interferencia capaz de eclipsar la luz del pensamiento. ¡El pensamiento! ¿Se puede hablar aún de eso? Los estudios llevados a cabo a lo largo de miles de años sobre energía psíquica nos han conducido hasta aquí... Me hubiera gustado desbaratar los argumentos de Vezilet. Tendría mucho que decir; pero, al mismo tiempo, ya me era indiferente y me callé.

»Los finos labios de Akzas, con su atávica sombra igual que los de Marg, esbozaron una sonrisa.

»—¡Estoy esperando con impaciencia, Ryell!

»Yo sabía que no formaba parte del grupo de Guardianes de Secretos, y eso me preocupaba. Gónguri, Vezilet y otras personas nos siguieron. Sobrevolamos la calle de las Estrellas. Cascadas de luces se derramaban por los bordes de los edificios y se reflejaban en los cristales inferiores. Las aristas de la azotea del Palacio de los Sueños

despedían rayos de luz ultravioleta con la mayor pureza del espectro y unos matices tan potentes como no se veían en ninguna otra parte del mundo. Naves resplandecientes despegaban de los tejados planos de los edificios, se elevaban con una aceleración súbita, planeaban y se perdían veloces como meteoritos. Una bajada de tono en una vida grandiosa, apenas se rebelaría como pensamiento y era difícil saber dónde terminaba la música de una vida mejor y dónde empezaba a oírse el diapasón. Al noroeste, donde se alzaba el Camino de las Estrellas, en la cresta de un promontorio rocoso, se divisaba la silueta del palacio de Lónuol. Estaba recubierto de una sustancia brillante que emitía una luz azulada uniforme, reflejada en el oleaje del mar, vivaz y volátil como un espíritu de cuento. Gónguri me había cogido de la mano y, en voz baja, recitó algo improvisado:

Loe-Lelio y el Camino de las Estrellas,
Ryell,
somos hijos de los gigantes.
Gran viento de los océanos.
Él descansa su cabeza sobre mi pecho,
Ryell,
olvídate...
Ryell,
olvida el espejismo de las pantallas.
Loe-Lelio y el Camino de las Estrellas.
La brisa nocturna del mar
nos hace reposar nuestra cabeza.
Ryell,
olvida...

»—¡El vuelo!

»Bajamos hasta la misma habitación en que había dado comienzo mi día. Sin variar la expresión de su cara, Vezilet se quedó mirando la estatua del pensador y la esfera azul, que yo había quitado de su mano.

»—¡El cerebro de Neatn! Ryell, ¿es que no lo sabías?

»No, de nuevo lo había olvidado. Mi memoria estaba sobrecargada e iba en una sola dirección. Recordé las advertencias de Rúnut...

»El moribundo Neatn estaba llegando a un punto en que la genialidad eterna se transforma en eterna locura; le dio instrucciones a su alumno Dei para que utilizara ciertos preparados secretos con el fin de conservar su cerebro. Dei cumplió los deseos de su maestro y, desde entonces, ese tejido muerto irradiaba una energía de una magnitud incomprensible.

—Ideas, electrones. Mundo... Cerebro... Incomprensible... —murmuró el médico.

—¿Qué te pasa, Mitch?

—Nada, es lo que repetías en tu sueño: «Mundo... Cerebro... Incomprensible».
¡El Mundo es el cerebro de Neatn!

Guieli palideció.

—¿Quieres decir que...? Sí...

»En ese momento yo, siendo Ryell, desentrañé el misterio que hasta ahora se me presentaba irresoluble. Aunque puede que no fuera nada, que se tratara de un sueño...

»Vezilet, dotado siempre de un gran sentido de la curiosidad, subió a mi máquina... pero de repente se detuvo; todo se paralizó y enmudeció. En la ventana apareció un hombre, con una ropa sencilla de color negro o gris oscuro que resaltaba más aún sus pálidas y desconocidas facciones. Lentamente dirigió su mirada hacia nosotros; su expresión mostraba serenidad y desorientación. Era Lónuol. Levantó despacio un bastón incandescente cargado de electricidad y tocó ligeramente la superficie de la esfera azul. Se levantó una enorme llamarada rosácea, de una extraordinaria sustancia, de la que pronto quedó solo una humareda.

»Cuando desperté de la visión, ya no quedaba rastro de Lónuol. Algunas partes de la máquina estaban dañadas y ya era imposible continuar las observaciones. Akzas se acercó y me dijo, en tono aleccionador:

»—¿Estás seguro de que todo lo que cuentas no ha sido más que un sueño que tuviste anoche? Intenta recordar. Estás realmente cansado...

»—Pensaré en ello... —respondí.

»Vezilet me miró preocupado y se acercó a la ventana donde seguía inmóvil Gónguri, contemplando las estrellas. Yo estaba mareado, a lo mejor por efecto del humo que había despedido la esfera al arder... Además, tenía la sensación de que respiraba ese mismo gas que vi esparcido sobre la Tierra. ¿Qué diablos debía hacer? Intenté fraguar algún amago de resolución. Después, vi de pronto la luz, como Arquímedes cuando gritó ¡eureka! Me fui a mi habitación favorita, la más oscura. Sus paredes formaban ocho esquinas, en una de las cuales había un enorme ventanal. Al fondo se oían caer los chorros de agua iluminados. Ese sonido y esos tonos de luz me sumergían en la acolchada superficie de la materia oscura. Las estatuas de mármol en sus hornacinas parecían flotar en la oscuridad. Entre ellas se mecía el opaco disco del péndulo. Había espejos en tres de los planos de la sala, techo y dos de las paredes. Me asomé a su espacio fantasmal y me vi reflejado con una imagen totalmente cambiada, extrañamente alegre, casi sobrehumana. Con cada balanceo del péndulo pensaba: “La vida cumple sus designios y pronto los comprenderé; y entonces sabré que, en ese cambio de existencia, yo soy Ryel”. Juré dar mi vida por el descubrimiento de la verdad... y por eso me acerqué al pausado reloj y extraje de su cajón el oculto veneno.

»—¡Ryell! —me llamó Gónguri.

Escondí la preciada sustancia y acudí a su encuentro.

»—Ryell, no estás bien, tienes que tomar alguna medicina y descansar.

»—Sí, estoy muy cansado, Gónguri; quiero tranquilidad absoluta...

»Fuimos hasta la ventana.

»—Desde aquí puedes ver el jardín, con la oscura silueta de los árboles; más allá, las montañas y el mar, y nuestra ciudad; y más borroso, todo nuestro inmenso mundo, con toda su humanidad, su amor, su belleza... Más arriba, pronto Loe-Lelio no será más que un manchón desfigurado y después se perfilará el contorno de nuestro planeta... Pero ¡hay más! Dejamos de ver el mundo, mientras surgen los sistemas solares, las deshilachadas nebulosas que enfrían el sol, y luego nos vemos rodeados de grandes abismos... Y ¡seguimos adelante! Las estrellas se aproximan a nuestro campo visual y pronto todo el espacio visible se convierte en una pequeña madeja de brillante polvo orgánico. En la lejanía aparecen enjambres de estrellas. Mundos que parpadean, desaparecen en la profundidad de la perspectiva, como los objetos que ves alejarse veloces al sobrevolar la Tierra y mirar atrás... Y ¡más allá! Las estrellas cubren todo el espacio visible, cada vez más denso, para convertirse finalmente en una pequeña esfera que emite una pálida luz azulada... Por un momento perdemos el conocimiento, pero después recordamos que seguimos aquí, en Loe-Lelio. Nada ha cambiado: el mismo jardín repleto de flores, las montañas a lo lejos, el mar en alguna parte entre la oscuridad, la ciudad y todo el resto del mundo, enorme y estático... Y por encima de todo, la bóveda celeste llena de constelaciones que conocemos, también inmóviles... inmóviles para nosotros...

»—Estoy cansado, Gónguri.

»Ella me acarició y pensó: “Sí, ¡qué estúpido es torturarse por el hecho de que todo siga igual!”... El infinito es hermoso, porque ante él se igualan todas las dimensiones espaciales y de la misma forma el amor se extiende por el universo... Pero ¿cómo expresar esto? No es que lo pensara, más bien podía sentirlo. Era algo vacío, agobiante, nauseabundo. Estaba dentro de mí. ¿Cómo explicarlo? El Hombre no está en posesión del conocimiento universal... y ¡eso está bien!

»Yo estaba de acuerdo con Gónguri y decidí que tenía que comprobarlo. Ella prosiguió su discurso:

»—Olvida tu sueño de esa horrible Tierra, Ryell. Por la mañana volaremos tú y yo a los campos donde crecen los lirios de los valles y al bosque de aoa. Veremos el arcoíris en las salpicaduras de la cascada y cazaremos pájaros azules. Después iremos a mi nave y volaremos a las islas del mar del Sur. Yo sé que allí, en el desierto, hay un atolón solitario. Nos quedaremos allí solos mucho tiempo...

»—Sí... —susurré.

»Adormecidos por la frescura de ese Edén, seguimos sentados y abrazados, sobre la mullida y oscura piel de una fiera. A veces me entraba un extraño temblor que inquietaba a Gónguri.

»—No es nada —la tranquilizaba—. Es el cansancio y la noche que pasé en vela. Ahora me tomaré un calmante y se me pasará.

»Entonces saqué un trocito de una sustancia rojiza y me la tragué. Después bebí

agua y me sentí más relajado. Hablamos de las cosas bellas de la vida, del amor y de las flores que crecían en las laderas montañosas. Empezaba a sentir cómo, sin dolor alguno, mi cuerpo languidecía lentamente y se alejaba aletargado hacia las alturas resplandecientes. Gónguri notó enseguida el color extraño que adquiriría mi piel y la progresiva disminución de mis latidos. Encendió la luz de prisa y, cuando vio mi cara, lo comprendió todo... Cerré los ojos y me quedé inerte. De pronto oí la voz de Nolla y otras voces tan claras como la suya:

»—Ryell, mi pobre Ryell —decía—. No podemos llevarte con nosotros, ya que tú mismo acabaste con tu vida.

»Fue tal mi perplejidad que hice un esfuerzo para abrir los ojos por última vez.

»—Ryell, pobre Ryell —repetía con un hilo de voz Vezilet—. No sabe que el suicidio no le revelará ningún secreto.

»Por un momento me pareció que no hablaba él, sino Lónuol. Quise responder, pero no pude y caí en un estado de inexistencia consciente, lleno de luces y sonidos intermitentes. Así estuve seguramente por mucho tiempo, hasta que tú me despertaste. Y aquí estoy. Bajo la ventana se oye la guardia. Es la cárcel.

V. LIRIOS ROJOS

Los dos guardaron silencio un buen rato. El murmullo del mundo perturbaba la paz de su ánimo. La luna hizo su aparición detrás del bloque de al lado, como si mirara temerosa hacia la Tierra, y se elevó lentamente hacia el zenit, palideció y se quedó pensativa, como el rostro de Lónuol.

—Una millonésima de milímetro y diez millones de años luz son equivalentes en el pensamiento de un matemático o en la imaginación de un poeta. Gónguri tenía razón. Era algo hermoso...

Guieli se levantó y echó a andar a oscuras. La luz de la luna dibujaba en la pared los barrotes de la ventana. Volvió en sí. La sangre se le había subido a la cabeza y le retumbaba en las sienes, como a un caballo encabritado. Sintió un escalofrío. Era la primera vez que se le ocurría esa idea, o así lo creía.

—¡El pensamiento! ¡El pensamiento!... —susurraba—. Pero ¿qué es el pensamiento? Es como un sarampión: tarde o temprano llega a la humanidad. Pero nunca nadie, nunca... Sí, Mitch, lo sé, es un sueño. Solo recuerdo aquello en lo que ya pensaba antes. ¿Cómo he podido olvidar hasta las cosas más simples?: cómo se elabora la onteíta, cómo fabricar armas eléctricas... Podría fundir los cerrojos, acabar con los carceleros, liberar a la humanidad... ¡Pero lo he olvidado! ¡Un sueño... no es más que un sueño! Las palmeras se balancean en los arrecifes de coral, las cálidas olas hacen sonar los guijarros, mi pequeña se despereza alegre al despertarla, los estudiantes van a la ciudad acompañados por las mejores chicas del mundo... «Y así

el amor se extiende por el mundo», como decía Gónguri. Y yo... ¡Mitch! ¡Vuelve a hipnotizarme y llévame allí, para recordarlo todo, todo...! De acuerdo, de acuerdo, ya lo sé... Es una maldita estupidez, ahora ya todo me da igual... Pero ¡no! Supongamos que una conciencia debilitada, bajo trance hipnótico, fuera capaz de encontrar una salida. Puede que la energía potencial del cerebro se libere en un segundo y tenga una capacidad de predicción formidable. ¿No es mi tristeza en sí misma una fuerza? ¿Sería suficiente para derribar un muro de ladrillo? Duérmeme, Mitch. Pero antes, ordéneme recordarlo todo al detalle: cómo hacer un cinturón de onteíta con una simple descarga eléctrica, cómo fabricar armas... A lo mejor resulta...

El viejo le abrazó con cariño y le tranquilizó con un sentimiento oculto de impotencia.

—Ahora es mejor que te acuestes... No has dormido nada... Mañana.

A la luz de la luna se veía una telaraña ovalada, congelada en su pálido resplandor, como la nebulosa de Andrómeda. Los sueños de Guieli caían en abismos sin fondo, en brillantes torbellinos, en anillos eléctricos. Los hilos de la araña y sus círculos concéntricos tejían una red en el firmamento. Irisados efectos ópticos y aureolas se mostraban ante el enorme ojo que los miraba desde un abismo inimaginable. Y de repente despertó. Su corazón latía silencioso. El sol incidía directamente en su rostro, como la mirada de un ser superior. La celda estaba llena de gente. Al frente se hallaba un joven oficial checo, de tez albina y sonrosada. A su lado, un orondo y vacilante caballero, vestido por entero de caqui. Este último parecía una versión moderna de misionero o filántropo. El comandante les ordenó que se pusieran en pie.

—¿Éstos son los bolcheviques? —preguntó a media voz el americano a su traductor, que para su sorpresa recibió una rápida y burlona respuesta en su propio idioma por parte de uno de los detenidos que seguía recostado en su catre.

—Sí, los mismos...

Siguió la típica pregunta tras la sorpresa inicial:

—¿Dónde estudió usted inglés?

—¡Mister Meredith! —dijo el médico, mientras se incorporaba.

El americano se quedó paralizado. Empezó a sudar, se quitó las gafas, las limpió con un pañuelo de seda también de color caqui, y se las volvió a poner. Le habían prometido que le enseñarían cierto tipo de criaturas que en todos los periódicos se presentaban poco más o menos como orangutanes... y de repente ¡le llamaban por su nombre! Era algo peor que un terremoto.

—Mister Meredith, ¿no se acuerda de mí? En una ocasión tuve que salvarle la vida.

—¡Mister Mitchell! —exclamó el americano, al tiempo que le tendía la mano algo azorado—. ¡Por el amor de Dios! ¿Cómo ha venido a parar aquí?

—Mister Meredith, sé que usted conoce bien al señor cónsul general... Quisiera pedirle un único favor.

—Sí, sí, por supuesto, me ocuparé de su caso...

—Gracias, pero no soy yo el que corre peligro. Me refiero a él. El mismo del que le hablé en Estados Unidos. Usted escribió un artículo sobre el bombardeo de la catedral de Reims. También me contaron que salió una entrevista con usted en el *Statesmen*, sobre la destrucción de monumentos y obras de arte perpetrada por la Guardia Roja en diversas villas de la nobleza rusa. Usted estará de acuerdo en que es más importante conservar al propio pintor que a los objetos de arte. Un templo destruido por la barbarie puede ser reconstruido; pero ¿cómo valorar lo que se pierde con la muerte de un joven autor? Mister Meredith, use sus influencias, tiene que hacer algo para salvarle... De lo contrario, usted y toda su vanidosa nación solo...

El viejo sufrió un ataque de tos. Guieli se acercó a él.

—¿Por qué haces esto, Mitch?

Meredith soltó por lo bajo un *yeah, yeah*.

—Dígale —le dijo al traductor, con un gesto dirigido al comandante— que los dos son ciudadanos americanos, que deben ser bien tratados, etc., y que yo personalmente hablaré con sus mandos.

El oficial checo frunció el ceño. No había tenido éxito con una muchacha rusa y, en esos casos, está uno inspirado. Ahí tenía una buena excusa para desahogarse y, a la vez, hacerse notar. Se imaginaba el peso que les quitaría de encima a sus jefes, si conseguía pasar por las armas a esos dos, de la manera más hábil. Le hizo una cortés reverencia a Meredith y le dijo que, en deferencia a él, trasladaría inmediatamente a los detenidos a un caserío que estaba situado junto a un monasterio y hacía las veces de correccional. Se encontraba en la misma orilla que Fridtjof Nansen^[18] bautizó como Rivera Norte.

El americano no sabía si despedirse o no, pero se lo llevaron sin querer con todo el grupo hasta el corredor y solo tuvo tiempo de decir adiós con la mano. En ese momento decidió dar por concluida su visita a la prisión.

Al cabo de una hora, el checo volvió a la celda, inquieto y eufórico, mientras pensaba en su carrera ascendente.

—¡Vamos! —le dijo a Guieli.

—¿Adónde?

—Al caserío.

Guieli se acercó a su amigo y le abrazó.

—¡Adiós, viejo!

—¡Adiós!... No, yo también voy contigo.

—Bueno, tú mejor la próxima vez —dijo el checo mientras se ataba bien las polainas.

El carcelero echó a un lado al viejo y cerró la puerta de golpe.

Guieli encabezaba el grupo. Cruzaron rápido la polvorienta ciudad y las vías del tren, ya en las afueras; después, emprendieron el ascenso por la colina. El camino atravesaba un fresco bosque de abedules, que en los puntos más altos se convertía en

uno de pinos. Guieli iba pensativo, mientras respiraba el cálido aroma de la resina. Abajo, entre el verdor de las montañas, corría sinuoso y azulado el legendario Yeniséi. No lejos se alzaban los cedros; entre la hierba de los rojizos peñascos crecía una multitud de iris, lirios silvestres y unos racimos de flores rojas que se conocían en Siberia como lirios del valle...

Y ¡en el rojo bosque, en la rojiza aldea, aquellos lirios del valle rojos...!^[19]

Como en el visor de su máquina, se dio cuenta de que los que iban tras él se detenían, cargaban sus armas e intercambiaban unas rápidas palabras en checo.

El horizonte empezaba a clarear. Era una mañana tan clara y brillante como las de Loe-Lelio, cuando iba con Gónguri de la mano, hacia el corazón de rubí de Stora...

Alekséi Matvéievich Vólkov

Extraños

(1928)



Los dos relatos que cierran esta selección son una verdadera incógnita. *Extraños*, título que hemos elegido en nuestra traducción porque el término «alienígenas» resultaba demasiado actual, fue publicado en 1928, en el n.º 2 de la revista soviética *Mir Prikliucheni* [El Mundo de las Aventuras] por un tal Alekséi Matvéievich Vólkov, escritor totalmente desconocido y salido de la nada. *Bairo-Tun* fue presentado a concurso al año siguiente (1929) en otra revista soviética, *Vsiemirni Sliedopit* [Explorador Mundial]; el nombre y procedencia del autor —inicialmente bajo seudónimo— se revelaron al obtener el sexto premio: Mijaíl Vasílievich Vólkov, de Vladivostok.

Las escasas referencias disponibles coinciden en suponer que el creador de ambas historias es la misma persona, de la que solo parece saberse que murió en el frente en 1942, dato del que dudamos tanto como del de su verdadero nombre. No existe nota biográfica alguna sobre su vida, ni constancia de otras obras en su haber; se fue tan sigilosamente como vino y, si realmente murió en 1942, no sabemos dónde se metió los trece años precedentes.

Lo más sorprendente de las páginas que leerán a continuación es que suponen un giro radical en la tradición descriptiva de los visitantes del espacio y de sus naves (tema recurrente en la ciencia ficción desde sus orígenes) y lo hace coincidiendo con los testimonios ufológicos reunidos por los investigadores varias décadas después. En buena parte, podrían haber sido escritos hoy día y nos recuerdan —con medio siglo de antelación— a películas del género como *E.T.* o *Encuentros en la tercera fase*, del genial Steven Spielberg. En términos similares se refieren al misterioso autor Philip Mantle y Paul Stonehill en su magnífica obra *Expediente Soviet UFO* (Ed. Nautilus, 2010, cap. 4).

El ingeniero e investigador aeroespacial ruso Nikolái Rinin (1887-1942) publicó entre 1928 y 1932 una obra enciclopédica en nueve volúmenes titulada *Comunicaciones interplanetarias*; en el tomo VIII (Astronavegación) incluye entre sus fuentes bibliográficas los dos relatos que nos ocupan. Su enciclopedia fue traducida al inglés por un grupo especial de traductores de Jerusalén en 1971 y posteriormente incorporada al archivo bibliotecario de la NASA.

Nunca sabremos quién fue realmente este escurridizo escritor, pero su asombroso anacronismo visionario solo puede deberse a su desbordante imaginación o al conocimiento de hechos que le inspiraron en esa dirección, como la caída de un objeto circular en el lago Vodlozero (Carelia, Rusia) en 1928, en cuyas inmediaciones parece que se dejó ver un extraño ser de un metro de altura y cabeza enorme. Quizá el propio Vólkov acabó por desaparecer entre las estrellas...



I

Era una noche tropical, tan oscura como la boca de un lobo. Dos pescadores flotaban entre las olas, con las cadenas de su ancla enredadas. El agua negra producía estallidos brillantes al chocar con algún obstáculo, se derramaba en chorros ígneos que salpicaban por todas partes. Los dos sujetos tenían el pelo empapado y los ojos abiertos al máximo, en medio de la oscuridad reinante. Sus siluetas se perfilaban a la luz de los crepitantes estallidos de fuego. El del pelo canoso se llamaba Nikolái Ivánovich Vraguin y era profesor de biología. El otro era yo. Entre nosotros, flotaba a merced de la corriente una pesada red que antes estaba en cubierta.

Parecía como si hubiéramos vivido varias jornadas concentradas en esa insufrible noche, cuando después de muchas dudas nos decidimos a lanzar primero la red desde la escotilla de nuestro barco en llamas, para después saltar por la borda. Nadamos juntos, aferrados al aparejo, que era demasiado pequeño para soportar siquiera el peso de uno de nosotros. La líquida luz resaltaba de forma dispersa e inaprehensible el enrejado de la red y se reflejaba ondulante en nuestros rostros...

El amanecer llegó de forma tan súbita como inesperada. De pronto cesó el borboteo y las tinieblas se retiraron para dejar al descubierto los restos a la deriva: una serie de bultos oscuros que subían y bajaban rítmicamente, la tosca red de pescar con nuestros dedos retorcidos en ella y el pálido pero sereno rostro de Vraguin. Nadamos con todas nuestras fuerzas para intentar dirigir la balsa hacia tierra. En los trópicos amanece con más rapidez, pero aún no había asomado el sol, cuando pudimos distinguir en la cima de una de las dunas, tres figuras humanas estáticas. De lejos, parecían tres estacas clavadas en el suelo. Una de ellas empezó a descender por la pendiente hacia el agua.

Un sol abrasador surgió por detrás de las colinas arenosas y, con él, los colores y reflejos centelleantes que salpicaban el agua verde azulada en la que nos movíamos. Poco a poco nos acercamos y vimos con más claridad las figuras. ¿Serían europeos o aborígenes? En un rato nos veríamos entre gente civilizada o... capturados como prisioneros. En la costa occidental de África, esto último era algo del todo probable, por mucho que dijeran los estudiosos que ven todo el mundo como si se tratara de las afueras de Peterhof o Sestroretsk^[20]. Al levantarme una ola, vi la línea blanca del oleaje costero más cerca de lo esperado. Redoblamos el esfuerzo, mientras oíamos romper las olas ya muy cerca de nosotros. No muy lejos se alzaban las dunas, de un color rojizo amarillento. En medio del ensordecedor ruido de la marea, cada golpe de mar parecía un cañonazo. Una gran ola se me echó encima, me arrastró sobre su cresta hasta romper con furia en la orilla y me llevó rodando tierra adentro. Por un

momento todo quedó sembrado de espuma. Ésta se retiró después precipitadamente, llevándose consigo todo tipo de guijarros, que brincaban y chocaban unos con otros, como si huyeran apresuradamente de la tierra firme. Con los oídos taponados y sin aliento, quedé varado en la arena mojada. Aún se oían los riachuelos de espuma en retirada. Por ambos lados seguían rompiendo furiosas las olas. A unos pasos de mí, se arrastraba a cuatro patas Nikolái Ivánovich, entre grumos de espuma y charcos.

A unos cuarenta metros de allí, se veía venir a grandes zancadas a tres personajes con oscuros ropajes; sin duda eran los mismos que habíamos visto desde el agua. Los dos que iban delante parecían llevar gafas de automovilista, mientras el tercero lucía algo parecido a un gorro de explorador. ¡Eran europeos! Los extremos de las finas cañas de pescar que llevaban se balanceaban con elasticidad al ritmo de sus rápidos andares. Era fácil adivinarlo: iban a pescar. Se oía el ruido de la grava al crujir, como al paso de una gran fiera. Con un silbido como de serpiente y la velocidad de un pájaro, se nos vino encima otra ola más. No me dio tiempo ni a volver la cabeza, cuando vi de reojo una pared de agua que llegaba a mis pies y dejaba a su paso una cascada burbujeante. La siguiente ola, con una iracunda fuerza en su cresta, formó un gigantesco bucle que le hizo ganar aún más altura sobre mi posición. Las burbujas aparecían y explotaban en un instante. El muro de agua se abatió sobre mí, me levantó en vilo, me retorció y finalmente retumbó con su golpe como un trueno. Enredado entre algas, la corriente de agua me arrastró aún más lejos tierra adentro. Sentía la fuerza del agua amortiguada, oía cómo se removían y chocaban las piedras, y el roce de los guijarros. Estaba a punto de perder el conocimiento. Un golpe más y... Con esta idea desesperada hice un último esfuerzo y gateé unos pasos a ciegas y medio sordo; me detuve, en un intento de recobrar el aliento, que me faltaba por culpa del agua que había entrado en mis pulmones. Al mismo tiempo, veía pasar fugazmente la imagen de aquellos que corrían en nuestra ayuda. Seguramente venían de alguna misión o de algún puerto cercano. ¡Por fin se acabarían nuestras desgracias...! Y ¿qué había sido de Vraguin? Me sentía mareado y tenía todo el cuerpo dolorido por los golpes.

II

Me levanté a duras penas, con movimientos lentos e inseguros. Y, antes incluso de alzar la cabeza, me di cuenta de que ellos estaban al lado, dos pasos a mi izquierda. Mi vista recorrió de los pies a la cabeza al sujeto que tenía más cerca. Al momento me quedé helado; mis manos se entumecieron y noté como si me clavaran alfileres en la cara, atemorizado. Fue tan inesperado como si de repente me hubiera topado con una enorme cabeza de serpiente salida de la maleza y se hubiera quedado mirándome fijamente, erguida y silenciosa...

A la altura de mis ojos, me miraba una repugnante cabeza de reptil, con un aspecto tan horripilante como en la peor de las pesadillas. ¿Cómo puedo transmitirles lo que se me apareció en carne y hueso aquella increíble mañana? En mi perturbada cabeza saltaban, como chispas en un torbellino, diferentes ideas que pretendían dar una solución al enigma: ¡alucinaciones! ¡Gente disfrazada!... Se sucedían una tras otra sin llegar a convencerme...

En lugar de la cara que yo esperaba, había allí algo inimaginable, una criatura terrorífica. Lo que de lejos me parecieron gafas de automovilista, resultaron ser unos ojos auténticos, enormes, abombados y del tamaño de un plato mediano. Estaban juntos, casi pegados, y eran desproporcionados en relación a la cabeza, que era casi de tamaño normal; ocupaban toda la cara, como si estuviera compuesta únicamente de un par de ojos inmensos y de un color sorprendente. Sobresalían de sus órbitas como dos lentejas gigantes de porcelana blanca. Frente, cuello, mejillas... ¡todo eran ojos! Como dos esferas blancas hincadas en una varilla sobre los hombros. Su brillante esmalte blanco se dividía horizontalmente en dos partes separadas por una serie de finas grietas que partían de los lados, como si fuera la ranura de unas pupilas reseca. Una exagerada y feísima boca de rana destacaba por sus pliegues de color grisáceo verdoso fuertemente apretados; una rugosa y agrietada piel de reptil envolvía toda su cabeza y la parte de la cara libre de ojos, dándole un aspecto de ferocidad casi sobrenatural, de auténtica pesadilla. La hendidura formada por su ancha boca se curvaba hacia arriba, hasta unirse en los laterales del cráneo con unos dobleces que colgaban debajo de las orejas; estas últimas estaban protegidas por unas orejeras que salían de una especie de gorro aplastado. Su mandíbula, estrecha y sin apenas barbilla, dejaba ver un fibroso cuello, con bolsas arrugadas bajo su cauteloso rostro de lagarto.

Con los reflejos bloqueados, pasé por alto un detalle: entre los ojos, justo debajo de su unión, tenía una pequeña abertura de forma irregular, a modo de fosas nasales, con las que parecía olfatear algo, como indicaban los movimientos convulsivos de sus bordes de color más claro. Era como una máscara, congelada en un frío gesto de implacable crueldad.

Seguí mirando, sin apartarme de esa encarnación diabólica que estaba tan cerca de mí que podía alcanzarla con la mano. Si esa cabeza hubiera tenido su continuación sobre el correspondiente cuerpo de reptil, no me habría paralizado su aspecto sobrenatural, pero es que la cabeza de ese monstruo... ¡se asentaba sobre un cuerpo humano! Y ¡con un gorro de fieltro sobre ese horrible cráneo de serpiente! Una inquietante idea revoloteaba en mi cabeza como un pájaro atado con una cuerda. Era un sueño o una visión a la que no podía encontrarle sentido alguno. Mientras, llegaba a mis oídos mitigado, como obstaculizado por un grueso muro, el rumor de la marea...

Noté una extrema ligereza y, al mismo tiempo, se apoderó de mí un frío glacial que entumeció todo mi ser; la tierra parecía moverse bajo mis pies, pero no tenía

fuerzas para reaccionar y seguía con la mirada atrapada magnéticamente, sin poder apartarla —pese al miedo— de esa máscara monstruosa que me hipnotizaba. Sin moverse un ápice y en completo silencio, me miraba fijamente a la cara. Y, de repente, la fina hendidura de la pupila se abrió en forma de óvalo; su contorno dorado, apenas perceptible, se dilató y por un instante fulguraron reflejos como chispas de oro, como rescoldos de carbón... Después, visiblemente molesto por la hiriente luz, un párpado que iba del oído hacia la nariz, cubrió el ojo con una fina membrana y el enorme globo ocular se movió debajo de ella, igual que en un lagarto calentándose al sol.

Con inusitada rapidez, algo taladró mi cerebro. Las dunas y la cabeza de reptil palidecieron ante mis ojos, se precipitaron al vacío y a continuación se elevaron hacia el cielo...

III

No sé lo que sucedió después. Ni cómo sucedió. Pero me lo figuro como si lo hubiera visto. Y ese cuadro, tanto en sus colores como en sus sonidos, se me presenta ahora con todos sus detalles. Veo cómo entre los remolinos del oleaje, sacan del fondo arenoso a un hombre que parecía muerto. Después imagino cómo nos llevaban a los dos, a Vraguin y a mí. Los dos cuerpos se balanceaban en su traslado sobre dos largas y finas varas; sus pies se enganchaban en la movediza arena; el aliento de aquellas repugnantes bocas soplaba sobre nuestras caras insensibles y los terribles ojos nos miraban opaca e inexpresivamente. Cómo nos llevaban en silencio, mientras subíamos hasta la cima de las dunas. A mediodía, bajo un sol ardiente y un cielo azul, avanzaba la procesión... una procesión que materializaba lo que hasta entonces solo parecía un cuento y se burlaba insolentemente del sano juicio.

Reinaba el silencio... Abrí los ojos. Ante mí, bañada por el reflejo del sol, se extendía la fina y cristalina arena rojiza, que ocupaba varios metros y ascendía en una suave pendiente. Estaba tumbado de costado, a la sombra de una gran roca, aún un poco mareado, pero con la cabeza despejada. Me incorporé y observé con detenimiento. El mar... Increíble. ¡El mar había desaparecido! Ni siquiera se oía el rumor del oleaje. Me acordaba del reciente encuentro en la playa, pero lo achaqué a alucinaciones por el cansancio y el agotamiento nervioso. ¿Cómo, si no, se explicaba esto, salvo por una mala jugada de los nervios? Por lo demás, parecía real. Entonces, ¿dónde estaba la costa, el mar...? Me di la vuelta, con la intención de echar un vistazo al otro lado de la roca. Detrás de mí había dos grandes fardos de hule a modo de cornisa. No habría habido nada de extraño en todo esto si yo mismo hubiera llegado hasta allí, pero sí que era raro que me hubieran abandonado en ese lugar sin ningún cuidado. Me consumía la intriga. Con el corazón en un puño, por temor a lo

desconocido, me asomé con cuidado para observar detrás de la piedra. A unos diez pasos había otros bultos en desorden, cubiertos con una lona impermeable: cajas de latón, tres o cuatro bidones de metal de los que se usaban para petróleo, algunas colchonetas plegadas y unos cuantos baúles de madera pulida.

El hecho de que hubiera estado a ras de suelo y con los sacos tan cerca me había impedido ver antes ese improvisado almacén a cielo abierto. Estiré más el cuello para mirar... y me eché hacia atrás de un salto. Una ola de calor me recorrió el pecho. «Eso» estaba sentado sobre uno de los sacos, entre las demás mercancías. Ahora su cabeza aparecía cubierta hasta los hombros por una especie de escafandra, pero a través del cristal ahumado se distinguían sus ojos esmaltados. A su lado, resaltaba sobre el fondo azul del cielo su fina lanza de madera, con un extremo hincado en el suelo.

IV

Mi primer impulso fue salir corriendo. Pero ¿cómo? Podía deslizarme por la arena, como un niño. Me ocultaría entre las cajas hasta ganarles la espalda y luego intentaría llegar a las dunas... Pero ¿era real todo esto? ¿No sería una continuación de las alucinaciones? ¡No, no!... Por supuesto que no. De pronto se me ocurrió algo, una insensatez. Ese engendro debía ser alguien que no era normal, ni física, ni psíquicamente: de ahí que llevara esa escafandra. En cualquier caso, ¿cómo huir sin ser visto?

Volví sobre mis pasos y me arrastré hasta la otra punta de la barrera de sacos. Cuando me asomé desde la esquina, quedé mudo y paralizado de espanto. El cuerpo inerte de Vraguin estaba tendido sobre una lona, boca arriba, con el traje desabrochado. Dos de las criaturas estaban inclinadas sobre él, con su espinazo encorvado de forma antinatural, como las orugas al plegarse. Uno de ellos introdujo lentamente una larga y fina aguja brillante en el pecho de mi amigo, que apenas respiraba. El otro, también con escafandra, sujetaba los brazos extendidos de Nikolái Ivánovich en alto. Me arriesgaba a una muerte segura si intentaba salvar a Vraguin. Pero dejarle morir entre torturas... no me lo perdonaría jamás. A sabiendas de que cometía una locura y en espera de una inminente e inevitable muerte, me puse en pie de un salto y un grito espontáneo salió de mi garganta. Justo en ese momento, como impulsado por un resorte, el monstruo que estaba sentado dio un increíble salto acrobático que le acercó varios metros, agitó su lanza en el aire apuntándome directamente al pecho. La fina madera se cimbrió como un florete. Sabía que cualquier mínimo movimiento que hiciera podría ser fatal. Por unos instantes me quedé inmóvil. En algún lugar se oyó el trinar de un pájaro y, finalmente, bajó su arma. Los otros seres que estaban al lado de Vraguin se levantaron y se quedaron

mirándome. Mi oído, agudizado en medio del silencio dominante, captó el leve rumor del océano y los esporádicos gritos de las aves, que parecían venir del margen derecho de la costa, detrás de las dunas. De modo que el mar no estaba tan lejos. El rumbo a seguir ya lo había adivinado antes por el sol.

El campamento estaba situado entre las colinas, en una vaguada en forma de herradura. ¡Una auténtica tumba de arena!... Puede que aún no fuera tarde para darse a la fuga. Hice un esfuerzo para accionar en mi cerebro la palanca capaz de ponerme en marcha, pero, agotado y desesperanzado ante el inevitable castigo, me acerqué lentamente hasta el cuerpo de Vraguin. Tenía una pequeña mancha roja en el lado izquierdo del pecho, debajo del corazón. Levanté, sin saber para qué, su frío cuerpo. Actuaba como un autómatas... Por tercera vez en ese día, todo lo que sucedía alrededor me parecía un sueño.

El sol quemaba, el aire era tórrido, la arena candente abrasaba las plantas de los pies desnudas, se respiraba puro fuego. Los pájaros que habitaban las dunas se confundían con el color de la arena y se volvían invisibles, mientras gorjeaban e intercambiaban silbidos. Tenía el entendimiento nublado y a cada segundo esperaba oír ese grito que precediera al terrible golpe asestado sobre mí. En medio de una nube de polvo rojiza, mis pies avanzaban con dificultad por la pesada carga y se hundían en la porosa arena. Metro a metro se desenvolvía esa inmensa sábana rojiza y cada instante era una eternidad; caminaba con la cabeza agachada y no se oía nada, ni un grito, ni los pasos de perseguidor alguno; solo los pájaros trinaban, asustados por mi presencia.

Sentía la tentación de mirar atrás, ante un silencio tan imponente. Ahora me parece increíble que pudiera cargar con Vraguin todo ese tiempo. Por el camino se sucedían los cactus, gruesos y retorcidos, con una pálida sombra en su base... Y luego más arena... Me topé con otro grupo de cactus y volví la cabeza. La movediza falda de las colinas ya había borrado mi rastro. La extraordinaria tensión física y psicológica me venció. Solté el cuerpo de mi amigo y perdí el conocimiento. Creo recordar que al momento desperté y me volví hacia él. La mancha roja que tenía en el pecho quedaba disimulada en medio de la extensa quemadura solar. Puse mi mano sobre su pecho y la retiré rápidamente: su corazón no latía. No había duda: había cargado con un cadáver, me había arriesgado para nada. ¡Ellos le habían matado! Allí, encima de esa lona, Vraguin aún respiraba. Me agaché y busqué en su cuerpo la marca de la aguja que le clavaron, pero no la encontré. Esto acabó por hundirme.

Esperar ayuda ajena era inútil. ¿Quién iba a pasar por ese lugar?... Sería mejor echar un vistazo a los alrededores. Después de llegar a esa conclusión, me di la vuelta con resignación. La superficie abombada del terreno se extendía como si fuera parte de un inmenso espejo, hasta la masa azul oscura del sereno océano. El azul palidecía con la distancia y se transformaba en una neblina blanca, que se fundía con el cielo en el horizonte. Sobre ese fondo azulado resaltaban las olas de arena roja. La

grandiosidad y belleza del desierto...

Solo nos separaba de la franja costera una fila de dunas. En un momento dado me llamó la atención cierto movimiento en la duna que tenía enfrente. Cuatro figuras con casco habían ascendido hasta la cima y ahora empezaban a bajar con unos grandes sacos a rastras. El campamento, formado por un montón de mercancías esparcidas por el suelo, se distinguía a lo largo de unos ochenta metros a la izquierda de una quebrada. Allí también se veían otras figuras en movimiento. De modo que no eran solo tres... Me sentí impotente ante el destino que me aguardaba y ante el sufrido por mi amigo. Bajé de nuevo hasta el lugar donde había dejado su cuerpo y... ¡los ojos se me salieron de las órbitas! Estaba tumbado de lado y respiraba profundamente. Mi apatía se disipó al momento y le miré incrédulo por segunda vez. La mancha rojiza ocupaba ya todo el pecho hasta el cuello. Le cubrí la cabeza para protegerle del sol, me recosté a su lado y, sin querer, me quedé dormido.

V

Me desperté con la desagradable sensación de sentirme observado. Los repulsivos ojos de ese bicho me penetraban con la mirada desde sus estrechas pupilas de felino. Estaba a unos pasos, con la lanza en la mano, sin apartar la vista de mi cara, como si intentara leer algo en ella. Instintivamente me acurruqué, esperando que me atacara. Por un segundo nos miramos a los ojos; no se apreciaba nada humano en ellos, ni reflejaban sentimiento alguno. Era como una esfinge viva, inexpresiva. De repente el monstruo se agachó ágilmente y cogió un puñado de arena; se señaló a sí mismo, después al mar y luego hacia arriba. Arrojó la arena al aire y trazó un rápido movimiento con la pica, traspasando la nube de polvo que caía a tierra. Después se quedó quieto delante de mí. Le había seguido con la mirada como un tonto. ¿Qué intentaba decir? Desde luego, algo referente a él, pero ¿qué? Quizá sobre un naufragio, sobre una tormenta con rayos que dañaron el barco... Asentí con la cabeza. Me fijé en el extremo de su lanza, que sostenía con la punta hacia abajo; la acaricié con los dedos y, temblando de pánico, llegué a tocar su mano: sus dedos eran suaves, blandos como gusanos, sin estructura ósea... Dedos de una mano como de rana, aferrados a una vara.

La criatura se volvió súbitamente y, sin mirar atrás, se dirigió al campamento. Le seguí indiferente con la mirada. Sin intentar hallar una explicación, me limité a observar los hechos, sin más.

—¡Basta de dormir! —escuché como en sueños la burlona voz de Vraguin.

Resonaron varias explosiones y todo el aire se estremeció, mientras el sol se ponía.

—No te preocupes, pronto no quedarán dunas —se burló Vraguin.

Estaba sentado, con una manga arrancada de la camisa en la cabeza. Escupió un pegote verdoso y me ofreció un trozo de cactus limpio de púas.

—¿Quieres un trago? A falta de agua...

—Sí...

Se arrancó la otra manga y me la dio.

—Toma, cúbrete la cabeza.

Me alegré sobremanera al comprobar que seguía siendo el mismo Vraguin. Le conté con detalle todo lo ocurrido. Sus ojos se iluminaron por un momento al recordar el encuentro en la playa y, cuando acabé mi relato, ardían de excitación.

—¿Es posible que en nuestro siglo, aunque sea en África, exista una tribu desconocida? O a lo mejor es alguna enfermedad como la exoftalmia^[21].

—Lo dudo —respondió mi compañero—. Ellos, simplemente, no son de aquí... ¡Vamos a seguir al que hemos visto! Pero con cuidado. Tengo la rodilla bastante maltrecha. Me apoyaré en ti, si no te importa.

Detrás de la tortuosa cañada, se divisaba el campamento con una figura solitaria sentada. Los otros cinco estaban ocupados en la mayor de las dunas. Una enorme red, tejida como una tela de araña y sustentada por varios palos, centelleaba al reflejar los rayos solares. ¡Sí, estaban construyendo una red! El que estaba de guardia se volvió y siguió atentamente nuestra aproximación, pero ya no cogió ningún arma.

Al parecer, ya no corríamos peligro. Pero yo no le quitaba ojo a la extraña criatura. Con nuestras fuerzas al límite, solo pensábamos en echarnos a dormir. De repente, los pájaros silbaron alarmados.

—¡Vaya, hombre!

—¿Qué pasa? —dije, sin entender.

—¿Silban? ¿Los pajarillos?

—Sí, continuamente. ¿Por qué...?

—¿También lo hacían antes? —me interrumpió Vraguin con impaciencia—. Es que...

—Sí, parece que se contestan unos a otros.

—Bien, mejor vámonos de aquí.

Nos sentamos junto al primer grupo de cactus que nos salió al paso. Yo mascaba y chupaba trozos de esa planta. Me quedaba traspuesto, pero sin poder coger el sueño. Vraguin hacía sus conjeturas. A veces se le escapaban palabras sueltas: «evolución»... «lagartos»... «otra vía»... «escafandras»...

Desde el campamento nos llegó un ruido agudo que cortó literalmente el aire canicular. Después se oyó un rápido repiqueteo y de nuevo un rechinar parecido al de una sierra mecánica. Vraguin se puso en pie de un salto, dio un grito de dolor por su rodilla y echó a andar renqueante hacia el campamento. Vi cómo se acercó, se quedó observando unos cinco minutos y se volvió por donde había venido.

—En uno de los cajones hay una barra corta de hierro puesta en vertical y, encima, una esfera opaca que gira endiabladamente. El ruido viene de ahí —contó

Vraguin, antes de sentarse, pensativo.

El penetrante ruido se prolongó hasta el ocaso, resonando por la hondonada y esparciéndose por el desierto circundante.

—¿Lo oyes? Está subiendo la marea. ¡Vámonos! Buscaremos algo para cenar.

Cruzamos la duna cerca del borde de la red metálica. Vimos seis varillas de níquel de unos dos metros de longitud clavadas en el suelo, que formaban un círculo de unos tres o cuatro metros de diámetro. En el centro habían colocado una séptima varilla más corta. Una tupida red de finísimos cables, similares a los hilos de una telaraña, unía los extremos superiores de las barras entre sí.

Volvimos con cangrejos y moluscos que habíamos recogido en la orilla, y algunos troncos secos. El sol desapareció veloz detrás de las dunas, mientras la oblicua sombra de estas avanzaba hacia nosotros, hasta que nos engulló, junto con el campamento. Se hizo el silencio. Con la ardiente hoguera sobre el fondo negro de la garganta, devoramos los crujientes cangrejos asados hasta que se puso definitivamente el sol. En la oscuridad de la noche naciente, vimos cinco figuras que subían precipitadamente por la pendiente de la duna, para después perderse detrás de su cresta grisácea.

—¿Lo has visto? —preguntó Vraguin—. Se ponen en marcha. Fíjate: cuando baja la marea. Tú dijiste que por la mañana también se movían con la marea baja, que traían y llevaban cosas... ¡Vamos a investigar! Quizá resolvamos parte del misterio.

Subimos hasta situarnos cerca de los anillos metálicos. A pesar de la escasa luz, reconocimos allá abajo la franja costera. En las zonas en que se había retirado el agua, quedaban charcos, limos, rocas resbaladizas y montones de algas. Cinco pajarillos negros, a veces fundidos en uno, se movían a lo lejos y se acercaban veloces hasta el agua. Justo delante de nosotros, entre las suaves olas del reflujó oceánico, sobresalía una mole negra pulida, que podía tomarse por la parte superior de una enorme roca plana sumergida, de no ser porque las cinco figuras humanoides se dirigían precisamente hacia ella.

—Es su nave naufragada.

—Que es un navío está claro, pero ¿será de ellos? Porque la carga es la de nuestro barco —objeté.

Al cabo de hora y media, a la luz de las estrellas, los vimos subir con algo muy pesado. De pronto, por detrás de la duna apareció un chacal, que al vernos huyó asustado y salió corriendo barranco abajo en dirección a las criaturas. Pero el ladronzuelo no tuvo ocasión de volver a asustarnos. Se vio un fulgor como un relámpago, resonó un golpe como el de un trueno y tembló la tierra. El chacal desapareció y nosotros quedamos cubiertos de arena. El grupo de extraños, como si tal cosa, siguió con su tarea.

—Ha sido curioso ese rayo —dijo Vraguin, mirando el cielo despejado—. Y le ha ido a dar justo al pobre animal. ¡Mala suerte!

Ellos pasaron cerca, sin pronunciar sonido alguno. Pero se habían ido cinco y...

regresaban seis. Mientras comentábamos este detalle, volvimos abajo. Fui derecho al fuego, que se estaba apagando, pero Vraguin pasó primero por el campamento y se trajo dos grandes mantas de lana.

—Hay un montón a mano. ¡No se las han llevado! —explicó lacónicamente—. Ahora se están encargando de los colchones. Creo que tienen una tienda de campaña plegable —dijo para concluir, antes de ponerse cómodo en la arena y envolverse en la manta.

VI

Al darme la vuelta al cabo de media hora, me dio tiempo a ver, en medio del cielo estrellado sobre el campamento, algo enorme, como una nube sólida de humo negro que se elevaba y se perdía en las alturas vertiginosamente. Unos resplandores y luces centelleantes atrajeron mi atención hacia la duna. Chispas azules y verdes saltaban entre los anillos refulgentes de esa maraña de filamentos metálicos, como si de una danza se tratara.

Desperté a Vraguin, que se incorporó a medias, apoyado en los codos. Los dos seguimos con atención las evoluciones de las luces multicolores. Vraguin se levantó, dio unos pasos y se metió de nuevo bajo la manta.

—¿No estaremos teniendo alucinaciones? —dijo.

Entonces, un brillante meteoro cruzó suavemente el firmamento y dejó una estela de luz opaca, que se disolvió lentamente en el aire. Vraguin se levantó de pronto y me dijo:

—¡Rápido! ¡Vamos, hacia allí! ¡Rápido, rápido!

Las últimas palabras las pronunció a la carrera. Salí tras él, por no dejarle solo. Iba directo al campamento. Acercarse tan impetuosamente podía tomarse como un acto agresivo y quizá nos recibieran con armas, aunque fueran solo palos. En la improvisada base se apreciaban algunas siluetas en pausado movimiento. ¿Se habría despertado la guardia o es que ni siquiera dormían? Escuché un extraño lenguaje sibilante. A falta de unos metros, Vraguin aminoró la marcha y llegamos a paso normal. Ante nuestra presencia, reaccionaron con total indiferencia. Pero Vraguin cogió al que tenía más cerca por el brazo, después se agachó, recogió arena del suelo y repitió el gesto que yo había visto hacer al que me despertó aquella mañana. ¡El efecto de esa acción fue sorprendente! Excepto un séptimo integrante del campamento, que estaba ocupado en algo junto a una caja, el resto emitió silbidos diversos y nos rodeó en círculo. Nos miraban como si lo hicieran por primera vez. Me pegué a Vraguin en previsión de un ataque. Los horribles cabeza-ojos se acercaron aún más. Sus pupilas se desplegaron al abrirse las estrechas hendiduras que las encerraban, como si estuvieran sobre la esfera de un enorme reloj, que a su vez

reflejaba la chispeante luz de las estrellas.

—Algo malo traman —dije, con la voz ahogada—. Estamos cometiendo una imprudencia...

Vraguin no me dejó acabar la frase. Me cogió con fuerza por el hombro y me dijo, casi gritando por la emoción:

—¡Te equivocas! Entiéndelo de una vez, ¡maldita sea! Son de otro mundo, tan real como ajeno a nosotros. Son tan reales y normales como tú y yo.

Su voz sonaba con aplastante convicción. Y entonces, sucedió lo que era de esperar, aquello que solo podían soñar los más fervientes visionarios... Desde aquella noche sé que cada día, cada momento, podemos recibir una visita procedente de un mundo incógnito. Y desde entonces no he vuelto a pronunciar la palabra «imposible». Sus vivas voces eran como una modulación melódica de silbidos, como un canto o un recital... No sé cómo describirlas con más precisión... Me recordaban el murmullo de los pájaros cuando se alteraban por algo en medio de la tranquilidad de la noche entre los arbustos.

La oscura nube pareció tragarse la luna. En el seno de la negrura flotante, se formó —apenas visible por la escasa luz— un suave resplandor violáceo de forma irregular y con una aureola palpitante, sobre cuyo fondo se perfilaban el cajón y la figura con casco agachada a su lado. El cristal curvo de la escafandra reflejaba el resplandor en un tono azulado, mientras de la caja salía una especie de gorjeo mezclado con silbidos.

Uno de aquellos seres se acercó a un cilindro que estaba entre los sacos recogidos y un haz de rayos luminosos, tan cegadores como el sol, se esparció por todo el campamento y penetró en las cavidades arenosas hasta incidir en las dunas. Las pupilas de los que nos rodeaban se contrajeron de nuevo, hasta convertirse de nuevo en ranuras, pero su aspecto ya no me parecía tan terrible como por la mañana. El que estaba pegado a la caja la rozó ligeramente y la tapa se abrió hacia un lado. Dentro había un montón de papeles cuidadosamente dispuestos. Un temblor de emoción recorrió todo mi cuerpo. Estábamos en el umbral de uno de los misterios del universo, a punto de levantar el telón ante un mundo desconocido, perdido entre el polvo estelar, en la inmensidad del espacio...

VII

El mismo que había abierto la caja sacó de dentro una larga y estrecha franja de papel que estaba en la parte de arriba, señaló al cielo y nos la entregó. Yo estaba ansioso por ver lo que contenía. En la parte superior había dibujada una nebulosa en espiral. Más abajo, la misma imagen pero agrandada, ya no como nebulosa sino como un perfecto sistema planetario con un pequeño cuadrado de bordes rojos al lado. En un

tercer dibujo, aparecía una parte del sistema a mayor escala y el correspondiente cuadrado, que englobaba algunas decenas de estrellas de magnitud diferente a las que rodeaban un triángulo azul que estaba insertado en el cuadrado, que a su vez encerraba una estrella concreta igual a las otras. En otro dibujo, dentro de un gran triángulo azul marino, se destacaba una brillante estrella, que en la siguiente imagen aparecía dividida en dos. Era como si la velocidad de nuestro pensamiento pudiera surcar el abismo espacial hasta acercarse a un punto concreto...

En el último dibujo, las dos estrellas habían duplicado su tamaño y estaban rodeadas de un torbellino compuesto por finos rayos luminosos. Estaban coloreadas de forma tan preciosista que los dos soles, azul y naranja respectivamente, que giraban en torno a un eje común, parecían observados directamente a través del visor de un telescopio. Por un momento me olvidé de que se trataba solo de un dibujo. La mitad de la imagen la ocupaba un esquema de su sistema solar, con dos puntos diminutos como granos de arena, que giraban alrededor de sus soles. En el margen había dos círculos de diferente diámetro con sendas líneas que los unían a los puntos del esquema e indicaban el tamaño comparativo de los dos planetas. El más pequeño estaba más cerca del sol anaranjado que el otro de su sol azulado.

Las imágenes y el trazado claramente inteligibles se complementaban entre sí. Seguramente todo esto había sido preparado con anterioridad y todos los mapas con sus dibujos se habían elaborado para formar parte del equipamiento de las expediciones, con el ánimo de facilitar el contacto con los habitantes de otros mundos.

Desplegaron una gran hoja en la que figuraban ocho círculos. Las zonas plateadas representaban el mar, como entendimos por un gesto. El planeta más pequeño tenía una parte continental muy reducida, más bien a modo de isla en medio de un océano planetario. Estaba coloreado de marrón, aunque había tres manchas de color verde oscuro con los bordes imprecisos bastante intrigantes. La incógnita se disipaba con el siguiente dibujo: una espesa jungla con plantas de un vivo color verde y formas extrañas; eran más parecidas a la hierba que a los árboles, pero una hierba de tamaño colosal, que crecía directamente desde el fondo marino hasta alcanzar una altura impresionante y se alzaba sobre las aguas verdosas del océano. También se veía algo parecido a una gran barca al pie de los tallos que salían del agua, con dos figuras humanoides de grandes ojos sentados en ella, lo cual daba una idea del tamaño gigantesco de estas selvas marinas.

La criatura desenrolló la hoja en silencio e hizo un gesto muy expresivo con la mano en círculo. Después, con unas pinzas puntiagudas, dibujó, al lado del círculo que representaba al planeta, otro —casi del mismo diámetro— como referencia del tamaño de la Tierra respecto a su mundo.

En una segunda hoja, ocho esferas planas formaban el mapa de superficie del planeta que orbitaba en torno al sol azulado, del cual procedían ellos. Una finísima red de celdas hexagonales cubría los mapas en ambas hojas. Pero, aparte de las

tierras, mares y celdillas, había muchas otras indicaciones, de las que una en concreto llamaba la atención entre todas las demás: era un cinturón visible alrededor de una de las esferas, como un brazalete ajustado a la altura de su ecuador, formado por un hilo dorado que rodeaba el planeta varias veces, por encima de tierras y mares...

Manchas rojas, espacios en verde, franjas amarillas, líneas, puntos, cuadraditos y círculos de distintos colores y tamaños, con brillantes adornos de todo tipo, llenaban los continentes y en algunas zonas los mares. Sobre la parte continental se habían trazado líneas rectas y discontinuas. Mis ojos no dejaban de descubrir nuevos signos. Por supuesto, todo lo representado requería dibujos explicativos, pues lo único que quedaba claro era el curso plateado de los ríos.

Cerca, se oyeron unos golpes secos, amortiguados, como dos grandes nueces al chocar entre sí. Vraguin se irguió, como si volviera en sí.

—Escucha —empezó a decir atropelladamente—. Por la noche, una aeronave se elevó hacia los límites de la atmósfera. El aparato con la esfera funciona como un poste telegráfico, pero sin cables. Y quizá no es la primera vez que envían una señal. A lo mejor hubo más en noches anteriores. En la duna han construido una antena en forma de estrella, y luego está ése de la escafandra, que controla el artefacto. Están llamando a alguien de algún punto del espacio. Es decir, no son los únicos. Tienen prisa por establecer contacto con aquellos que viajan a la velocidad de la luz por el desierto espacial. Quieren contactar para no estar separados por ese inabarcable e inaccesible —incluso para ellos— espacio cósmico. No tienen intención de quedarse aquí, en nuestra Tierra, iluminada como un grano de polvo colgado de la negrura infinita. En ese granito aterrizaron solo de paso, tras sufrir algún contratiempo en su fantástico vuelo. Ese gesto con la arena quiere decir que se abrirán paso entre las estrellas. Las suaves chispas multicolores en la antena son la respuesta. Pueden hacer acto de presencia en cualquier momento. Acaban de responder. ¿Has oído las voces? Ahora les van a contestar. ¡Son señales! ¡Puede que ya estén en camino!

Ante la trascendencia de este último pensamiento, Vraguin se echó las manos a la cabeza, antes de proseguir su emocionado discurso.

—Nuestro deber ante la humanidad, ante nuestra civilización, es no perder el contacto, no dejar pasar esta oportunidad... Una ocasión así puede que solo se dé una vez cada mil años. Debemos concentrar toda la energía de nuestro pensamiento en lo que está ocurriendo. En diez minutos tenemos que dar con una solución. Es mejor que nos apartemos, para no distraernos.

Casi me empujó fuera del campamento. Llegamos sin cruzar palabra hasta el lugar donde estaban tiradas nuestras mantas. Vraguin se sentó, mirando hacia la base. El aparato ya no daba señal alguna y las luces se habían apagado... La noche invernal nos cubrió con su manto de oscuridad, mientras hacía temblar las estrellas...

VIII

Y entonces lo vi: sobre el fondo azul oscuro del cielo apareció una nube, cuyo borde cubrió la luna; empezó a girar sobre sí misma, como por efecto de una tromba o un torbellino y, finalmente, se deshizo en mil pedazos. Una lluvia de chispas, como fuegos artificiales, cayó sobre la duna al tiempo que salía una gran llamarada azul; después todo volvió a la oscuridad. El aparato situado en el campamento chasqueó cinco veces seguidas, para después enmudecer. A gran altura, por encima de nuestra posición, empezó a verse una nube casi negra y perfectamente circular, estática, sin perder su forma ni textura. Rápidamente fue aumentando su diámetro. Apenas fui consciente de que caía a peso como una piedra, cuando la tuvimos casi encima hasta que frenó de repente: era algo inmenso, un círculo negro gigantesco colgado sobre el valle a unas decenas de metros de altura. Suavemente y en el más absoluto silencio descendió aún más, hasta que se inmovilizó en el aire. Entonces lo comprendí todo y contuve el aliento por la emoción mientras lo observaba.

Al poco tiempo, nos rodeó un gran óvalo de luz blanca emitido por el objeto; la columna de luz parpadeó, osciló y finalmente se apagó. Desde abajo, otro foco de luz ascendió en vertical hasta chocar con un obstáculo sólido infranqueable, momento en que iluminó algo plano, una pulida superficie de metal en movimiento. Entre las tinieblas surgió la imagen de lo que parecía un enorme disco de gramófono, del tamaño de un gran circo, que giraba lentamente y sin ruido. El estrecho haz de luz que venía de abajo se detuvo en su mismo centro, sin llegar a cubrir, ni mucho menos, toda la superficie metálica. Tan solo el reflejo de ese foco de luz permitía vislumbrar vagamente el resto del disco, hasta el borde exterior de esa masa en penumbra que pendía sobre nosotros. Después la nave bajó aún más y, como un anchísimo arco formado sobre una base plana se quedó suspendida a unos seis metros del terreno.

Entre la extensa superficie lisa de metal y la explanada ligeramente ondulada de arena quedó un estrecho hueco, en cuyo centro la columna de luz parecía sostener ese bajo techo. En ese momento corrimos hacia el campamento.

El foco de luz iluminaba la parte central del disco por la base, sin perturbar su lento e incesante movimiento giratorio. En el centro de la nave, una escotilla circular de metal claro abombado se abrió lentamente y dejó al retirarse una oscura oquedad. La inmovilidad de esa abertura daba a entender que solo la parte exterior del objeto giraba.

Mientras Vraguin intentaba explicar algo por gestos a dos de ellos, que le seguían con la mirada en un intento de entenderle, yo observaba aquel espectáculo tan extraño e insólito para mí.

Por la abertura salieron dos finos tubos articulados con varillas, que sostenían una especie de caja de ascensor. Nada más entrar en él uno de los seres con escafandra, subió vertiginosamente y se perdió por la oscura compuerta. A continuación asomó por el mismo sitio un gran amasijo de piezas metálicas ensambladas mecánicamente: una enorme mano que se prolongaba hasta un codo y, justo por encima de ella, una

especie de cíclope autómatas que parecía desperezarse lentamente tras un largo sueño. Los dedos entreabiertos de esa garra metálica estaban a un metro del suelo. De repente, la mano se activó, se replegó hacia el codo, después se abrió y pasó por encima de nosotros hasta dos sacos que había en el suelo, los agarró cuidadosamente con sus dedos mecánicos —como un gavilán con su polluelo— y en un santiamén todo el conjunto desapareció por la escotilla.

Otro miembro del campamento se dirigió a la duna, sin duda con el objetivo de retirar la antena. Todo parecía indicar una inminente partida.

En el pulido techo negro, visible a media luz, se apreciaba el movimiento giratorio a escasos metros por encima de nosotros. Por momentos, me embargaba un sentimiento de temor totalmente humano y se aferraba a mi corazón. ¿Qué pasaría si esta increíble fuerza, arrebatada a la naturaleza por un genio de esa raza desconocida y encerrada en su blindaje de metal, dejara de repente de funcionar? Caería sobre la tierra como un monstruoso martillo, con toda la fuerza de la gravedad ejercida sobre la nave y las máquinas que transportaba. En un suspiro se cerraría el hueco que nos separaba... Un instante de dolor indescriptible por los huesos aplastados y la cabeza prensada inexorablemente... Con esos pensamientos solo se me ocurría salir de allí corriendo y refugiarme en el campo bañado por la noche. Pero una voz más fuerte, la voz del orgullo y de la razón humana, me ordenaba no moverme hasta el final.

IX

Con voz emocionada, Vraguin gritó:

—¡Claro! ¡Lo han conseguido!

—Conseguir ¿qué?... ¿Se van a quedar? —le pregunté.

—No, me voy con ellos... Es la única solución. Así no se romperá el contacto. Dentro de diez o veinte años volveré. En ese tiempo aprenderé mucho...

—¿Y si no vuelves?

—Volveré, créeme. Deben estar a punto de partir... ¡Toda una escuadrilla! Por favor, cuida de Lida.

Bajaron y subieron de nuevo en el ascensor. La mano metálica de aquel cíclope cautivo dejó en la arena con mucho cuidado unas pesadas bombonas y algunas cajas, con tal ligereza como si manejara juguetes. Después, súbita y sigilosamente, la aeronave empezó a moverse, se elevó algunos metros y, sin cambiar de posición respecto al suelo, aceleró hasta perderse detrás de las dunas.

Empezaba a clarear el día cuando subimos a la colina arenosa. Sobre el mar, que ya estaba subiendo con la incipiente marea, se destacaba la enorme nave, tan cerca del agua que la salpicaban las olas. Estaba inmóvil, suspendida en el aire, como una colosal muela de molino.

Más tarde, tal y como actúa un imán sobre el hierro, vi cómo la mole flotante tiraba hacia arriba de otra enorme masa, la nave espacial estrellada en el mar y que estaba sumergida a poca profundidad, como si una fuerza invisible y poderosa estuviera en juego... Las dos máquinas aéreas se elevaron a la vez en paralelo, como unidas por cadenas invisibles, hasta alcanzar una nube nacarada, que quedó hecha jirones a su paso. Los dos círculos planeaban como dos enormes pastillas oscuras sobre el fondo azul del cielo... Después se hicieron más grandes a medida que descendían con suavidad por el valle. Desde las dunas, con la luz matinal se apreciaba perfectamente el tamaño y la forma de esos fabulosos artefactos. Idénticos en su aspecto exterior, recordaban a dos ruedas de molino, solo que a una escala similar a la pista de un gran circo. Pero desde mi posición no se apreciaban ventanas o escotillas en la parte superior; solo se distinguían los bordes de uno y otro, separados entre sí por una decena de metros.

Bajamos a la hondonada, mientras las dos naves unidas se desplazaban hasta quedar sobre la base. En el estrecho espacio que quedaba entre la nave inferior y el suelo había poca luz; el lugar daba cierto miedo. La nave tenía abierta una compuerta en dirección a las mercancías repartidas por el suelo. Por las algas que colgaban de su casco, deduje que se trataba del aparato rescatado.

Por la escotilla asomó una cabeza, indicio de que no todos habían abandonado su medio aéreo de transporte. Una mano mecánica se apresuró a recoger la carga. Después empezaron a subir a bordo nuestros vecinos ocasionales. Uno de ellos me entregó un mapa doblado que les había servido en su última conversación con Vraguin. Mi amigo me estrechó la mano.

—Esperadme. Despidete por mí de Lida. Bueno, espero que ella no me olvide...

—¡Nicolái Ivánovich...!

No dejó que siguiera hablando.

—Sí, lo sé. Te conozco y puedo estar tranquilo. Sabes que confío en ti. Esperad mi vuelta... Aterrizaremos en el claro del bosque cerca de la casa... Aunque sea dentro de veinticinco años... Esperadnos...

Me estrechó de nuevo la mano, tembloroso por la emoción. Se llevaban a su invitado terrestre. El ascensor bajó y Vraguin entró en él, no sin antes darnos un último apretón de manos. Toqué con mi mano izquierda el frío armazón metálico del ascensor, antes de subir y perderse en el interior del fuselaje. Momentos después vi la cabeza y los hombros de Vraguin, asomado por la escotilla.

—¡Adiós...!

La compuerta se cerró adquiriendo el mismo tono oscuro que el resto del casco. Y en medio de esa oscuridad aún oí un apagado «adiós».

La escotilla se cerró herméticamente... Y, casi de forma imperceptible para el ojo humano, la enorme masa gris con forma de rueda empezó a elevarse. Su movimiento giratorio se aceleró más y más. Advertí de pronto que ya se encontraba a mucha distancia de donde acababa de estar hacía un instante; se destacaba en lo alto, sobre el

azul limpio del cielo. Cuando ya se encontraba a varias decenas de metros sin parar de ascender y no se notaba su rotación, busqué con la mirada la otra nave. Se encontraba bastante más arriba, a una altura de un kilómetro y su diámetro menguaba rápidamente al dejar atrás la atmósfera. Después los dos pequeños círculos se convirtieron en puntos que se disiparon en el firmamento. Aquella sensación de angustia insoportable que me oprimía, se calmó hasta desaparecer.

X

Me quedé a solas en medio de la desierta cañada. Por un momento deseé estar allí, con Vraguin... Pero ¡amo la vida! La sola imagen de Lida y las últimas palabras de mi amigo me dieron fuerzas para no desfallecer sobre la arena.

Al cabo de dos jornadas, una chalupa con marineros, comandada por el oficial de un crucero británico que había recibido nuestra señal telegráfica, me sacó de allí.

Los jóvenes marineros no querían abandonar el lugar sin examinar la costa, en un intento de rescatar a otros posibles supervivientes o cadáveres que hubieran sido llevados por la corriente. Aunque desvariaba, no me separaba del papel ilustrado que me habían dejado ellos.

Un joven oficial me interrogó exhaustivamente, mientras estudiaba el mapa con detalle. Creo que llegó a hacer una copia. Pero yo apenas le conté nada coherente, no porque no quisiera, simplemente se me escapaban las ideas, deliraba... Pero él intuía lo que había pasado y fue la única persona que concedió el beneficio de la duda a mi historia y que posiblemente llegara a creerme.

XI

—Y ¿dónde está el mapa, Aleksandr Matvéievich? —preguntó uno de los que escuchaban este extraordinario relato.

El narrador señaló al espacio entre las ventanas.

—Seguramente lo habíais tomado por un mapa de Marte a gran escala. ¡Acercaos a verlo! ¿Sabéis?, nadie me creyó... A lo más que llegaron fue a ofrecerme la patente por la nueva clase de pintura utilizada y por la peculiar elaboración del papel con el que, supuestamente, yo había confeccionado ese mapa.

—¿Y Lida...? —se atrevió a preguntar otro de los oyentes.

Él sonrió y dirigió la mirada a su mujer, que estaba sentada a su lado.

—Lida os servirá ahora el té. El autobús a Sochi aún tardará.

Y concluyó con seriedad:

—Los dos esperamos. Aterrizarán justo aquí. Llevamos catorce años esperando y

seguiremos haciéndolo hasta el fin de nuestra vida. ¡Regresarán!...

Mijaíl Vasílievich Vólkov

Bairo-Tun

(1929)





I. NI LAS PLUMAS

—Pues eso, que de él no quedaron ni las plumas.

—¿Cómo? ¿Es que tenía plumas?

—¡No seas tonto! No es más que una forma de hablar. Claro que no tenía plumas; pero sí esparcía como un fino polvillo blanco, eso es cierto. Y ¡retumbó en el aire como mil truenos! La maldita nube nos chamuscó el pelo y la piel; soplabla de tal forma que Snezhkov y yo nos fuimos rodando por el suelo más de cincuenta pasos. Estuvimos allí una hora tirados sin recordar nada. Después nos pasamos casi dos semanas curándonos ampollas y arañazos.

—Pável, lo cuentas todo muy bien, pero no acabo de entenderlo. No empieces por el final, ve por orden. ¿Cómo empezó todo?

—Pero si ya te lo he dicho: miro y veo como un caldero volando. Aterriza, y dentro iba uno feísimo, que no llegaba al metro de estatura. Nosotros lo arrastramos hasta la orilla.

—¿Al feo?

—No hombre, al caldero. El monstruo ese salió después por su propio pie. Al principio nos asustamos, pero luego acabamos por presentarnos. Era un individuo inteligente, un científico, muy educado. Y claro, nos pusimos a charlar. Nos contó y enseñó muchas cosas increíbles.

—Y ¿cómo lo hacíais, en ruso o qué?

—Nosotros en ruso y él en su lengua.

—Y ¿os entendíais así?

—Ya te digo que era muy listo, científico, por eso nos comprendía. Estuvimos con él más de dos semanas; dibujábamos y hablábamos. Después le entró como morriña y decidió marcharse volando.

—Mira, Pável, antes te tenía por un hombre cabal y nada mentiroso, pero ahora no sé qué pensar. ¿Estás de broma?

—¡Broma! Menuda broma. Como si no hubiéramos salido vivos de milagro después de aquello. Si no te lo crees, que te zurzan. Snezhkov lo apuntó todo. Cuando lo leas, lo creerás.

—Y, ¿dónde está ahora Snezhkov?

—¡Puf...! ¡Más que lejos!... También se fue volando para siempre.

—No me tomes el pelo, hombre. ¿Adónde se fue volando?

—Al mismísimo Marte, con otro americano. Hace ya dos años que se fue... Bueno, me voy, ya es hora de partir. Léete lo que escribió Snezhkov y lo entenderás todo.

Mi amigo Pável Sújov es un anciano siberiano de sesenta y cinco años. Nos conocimos hace mucho tiempo en la taiga de la región de Ussúriisk. Hace poco, cuando acompañaba a un conocido que se disponía a embarcar en una expedición a las islas Kuriles, me encontré en el barco con Pável, que iba con ellos en calidad de cazador experto en pieles. Después de las preguntas típicas de esos encuentros, escuché de sus labios un extraño relato sobre una increíble aventura que vivió en el Baikal, donde pasó seis meses con el naturalista Snezhkov, enviado en comisión de servicio para estudiar la flora y fauna de la orilla noreste del gran lago.

Tengo en mis manos el manuscrito original de Snezhkov, que paso a reproducir textualmente.

II. EL «CALDERO» CELESTE

El 18 de mayo de 192... por la mañana temprano salimos al lago. Había niebla. Cogimos los aparejos para pescar omules^[22] y nos alejamos en un bote unos cuarenta metros de la orilla. Cogimos ocho piezas. Empezó a soplar un vientecillo del este, que disipó la niebla. Los omules dejaron de picar y, cuando salió el sol, decidimos comer algo y fumar un poco. Mientras estábamos repanchingados en la barca y disfrutando de nuestra pipa, se oyó un ruido o zumbido que se acercaba. Miramos a los lados, pero no vimos nada: solo agua y restos de la niebla. De repente, Pável me gritó:

—¡Eh, mira, un caldero que vuela! —y señaló hacia arriba.

Miro y me pregunto: ¿qué diablos es eso? Venía por el cielo, desde el noreste, y descendía bastante rápido hacia el Baikal, con un ángulo de 70° respecto al horizonte. Era un objeto extraño, realmente parecido a un caldero. Tenía numerosas aberturas, de las que salían largos chorros de humo o vapor. Pasó a unos doscientos metros por encima de nosotros, volando oblicuamente, redujo la velocidad y fue a estrellarse en el lago. A su alrededor, el agua hacía borbotones, como si hirviera, pero se calmó enseguida y el aparato quedó flotando, mientras se balanceaba sobre la superficie. Nos frotamos los ojos y gritamos asustados, pero a los pocos minutos decidimos coger los remos y acercarnos al misterioso objeto. A falta de cien pasos, Pável dejó los remos y cogió su fusil.

—Rema despacio, Mikolaich, de popa, para que sea más fácil escapar, que yo mantengo firme la escopeta. ¡Quién sabe qué broma será ésta!

Con cuidado, nos acercamos hasta detenernos a unos veinte metros del «caldero». Su parte esférica se hallaba sumergida en el agua y el resto sobresalía unos tres metros, con forma cilíndrica y de un color azul metálico. La tapa convexa sobresalía medio metro; por debajo de ésta se veían una serie de agujeros, entre los cuales había franjas de metal de un amarillo pálido. En las paredes del objeto había varias portezuelas levantadas, que tenían por debajo brillantes ventanillas circulares. En la

parte superior tenía cuatro abultamientos parecidos a cascos cubiertos de púas metálicas. Estábamos conteniendo el aliento mientras mirábamos ese artefacto. Al final, Pável no aguantó más:

—¡Eh, el que está ahí dentro! ¡Sal de una vez!

—¡Calla, Pável! Y si...

—¿Y si qué...? No va a ser una bruja la que esté dentro. Es como un globo volante, tipo aeroplano, pero sin alas. A lo mejor es de los alemanes o de los árabes, y no entienden nuestro idioma. Vamos a acercarnos para golpear el casco como si llamáramos a la puerta. No nos van a comer... Con el arma no me da miedo.

Remamos hasta el objeto. Pável dio unos golpes con la culata.

—¡Vosotros, escuchad, visitantes celestes! ¡No tengáis miedo y salid! Mikolaich, díles algo en alemán o en lo que sea... A lo mejor lo entienden.

—*Wer ist da? Komm, bitte!*^[23]

Nos paramos a escuchar. En el caldero no se oía nada.

—Mmm... creo que no nos entienden. Venga, di otra cosa.

Les grité en francés. Silencio. Con dificultad recordé algunas palabras en inglés. Sin resultado. Con el latín tampoco funcionó.

—¿Qué piensas, Mikolaich? ¿Y si disparo?

—¿Te has vuelto loco, Pável? Dentro puede haber gente con vida. ¡Cómo vas a disparar!

—No al caldero, sino cerca.

—Bueno, prueba a ver.

Pável hizo un disparo al aire. El cristal oscuro de una de las ventanillas se iluminó y un extraño rostro se quedó pegado a él. Acercamos la cara a la ventanilla. Un escalofrío recorrió mi espalda...

III. EL PULPO VOLANTE

—¡Mi madre! ¿Qué es eso? —susurró entre dientes Pável, que al apartarse bruscamente de la ventanilla, se cayó al suelo de la barca.

Yo seguí mirando por la ventana, a pesar del miedo. Podía ver dos enormes ojos negros, muy juntos uno del otro; algo más abajo, a la altura de la nariz, tenía dos oscuros agujeros rodeados por un borde circular; la piel de su rostro tenía pequeñas escamas y era de un color amarillo verdoso. No se apreciaba nada más. Los ojos de esa criatura desconocida me miraban fijamente, como si intentaran sacarme algo... Al final no pude resistir y cogí los remos para apartarnos de ese artefacto; solo quería dejar de ver esos extraños ojos y esa piel repugnante.

—¡Oh, Mikolaich! ¡Qué cosa más horrible! ¿Qué puede ser eso? Tú eres científico, conoces todos los animales que hay sobre la faz de la tierra. ¿Cuál es ése?

Tardé un poco en contestar.

—No sé qué decirte, Pável, es algo de lo más raro.

—Pero ¿se parece a alguna fiera?

—Yo no he visto nunca un animal así. Es verdad que en el mar hay enormes moluscos, pulpos... Tiene los ojos de ese tipo, pero el cuerpo parece gelatinoso y sin escamas.

Pável, entonces, cobró ánimos.

—Pues ahí lo tienes: es un pulpo, solo que aéreo en lugar de marino. Y yo que pensaba si no sería el mismísimo diablo que ha venido volando. Tú carga dos cartuchos y dale entre ceja y ceja. No temas, que ni con ocho patas aguantaré...

—No, hombre, no se puede hacer eso. Vamos a tranquilizarnos y pensar un poco. No hay animal que pueda pilotar un aparato como éste. Solo una criatura inteligente, como el hombre, puede hacerlo.

—¿Es que a eso le llamas hombre?

—No sé qué decir. Puede que se le quedara ese aspecto después de alguna enfermedad. En cualquier caso, hay que intentar hablar con él, saber quién es, de dónde procede y para qué ha venido.

—Está bien, de acuerdo. Vamos a remar otra vez para acercarnos. Es verdad que tampoco podemos abandonarlo así... Pero antes vamos a echar un trago, para coger fuerzas.

No era mal consejo. Nos remojamos bien la garganta y dimos unas chupadas a la pipa. Nos acercamos con cuidado, sin soltar ni un momento la escopeta. El alcohol nos dio cierta templanza, aunque un naturalista no debe ser cobarde.

IV. CONVERSACIÓN MUDA

Nos aproximamos sin hacer ruido. La ventanilla estaba abierta. Con el alma en vilo, di unos golpecitos en el casco. Enseguida apareció por el hueco una especie de lámina cuadrada de color blanco, sujeta por unas finas pinzas de un metal desconocido. Cogí con cuidado la lámina y las pinzas se retiraron.

—¿Es una carta o qué? —preguntó Pável.

Al principio no entendí nada. Había dibujados un grupo de círculos multicolores, en medio de los cuales se veía uno más grande y de color amarillo. Dos de ellos, uno rojo y otro azul, estaban unidos por una línea recta, sobre la que figuraba el objeto caído al lago. De pronto, lo vi todo claro. El dibujo era nuestro sistema solar: el círculo amarillo era el sol; el rojo, Marte; el azul, nuestro globo terráqueo; y la línea que unía los dos últimos círculos era la ruta seguida por el vehículo aéreo. En cada planeta había grabado un signo, que seguramente era su nombre, excepto la Tierra, que carecía de distintivo. Se me cortó la respiración...

«Pero ¿es esto posible? ¿No estaré soñando?». Suspiré profundamente y volví a mirar. «No, no sueño —pensé—. Brilla el sol y un ligero vientecillo riza la superficie del agua... Además, estoy con mi fiel amigo Pável, que no deja de mirarme con curiosidad, mientras suelta una bocanada de humo de *majorka*^[24]». Me entró una risa nerviosa, pegué un bote, agité las manos eufórico y me senté de nuevo, sin parar de carcajearme como un tonto.

—Pero ¿qué te pasa? ¿Has perdido la chaveta, Mikolaich? Toma, anda, echa otro trago.

Le aparté la mano y me incliné por la borda para beber agua del lago y refrescarme la cara. Eso me ayudó. Paré de reírme y le dije a Pável solemnemente:

—¡Amigo mío! No me he vuelto loco, aunque motivos hay. Tú eres un hombre de mundo, inteligente, sereno, pero... agárrate bien, para no caerte. Lo que está ante nosotros no es un ser humano.

—Sí, ya te he dicho que es un pulpo volador. ¡Era muy sencillo! —dijo sin inmutarse.

—Que no es un pulpo. Es un hombre, pero no de aquí, no terrestre. Llegó de Marte en este cacharro. Sí, de esa estrella rojiza que se ve en el cielo.

—Sé lo que es, la he visto más de una vez. Eh, ¡qué tío tan listo! ¿Cómo lo ha hecho?

Pável hablaba tranquilo, incluso se mostraba alegre. Le expliqué lo que se veía en el dibujo y la ruta que había seguido el vehículo. Cuando lo comprendió, también se emocionó.

—¡Pobre! ¡Anda que no ha ido lejos! Pero no debe ser uno cualquiera: por lo menos será un científico, incluso mejor que tú.

—¡Yo no soy nadie! Ahora lo que tenemos que hacer es entendernos con él, responderle.

—Bien, responde. Pero ¿cómo?

—Pues mira: en la lámina cuelga de una cadenilla un palito azul; seguro que es un lapicero. Vamos a probar.

Al lado del círculo azul escribí la palabra «Tierra». Llamé otra vez con golpecitos en el casco y alcé la lámina a la altura de la ventanilla. Aparecieron las pinzas y se la llevaron dentro. Al minuto, apareció otra tarjeta, con dos círculos, uno azul y otro rojo. En el rojo había dibujada una figura horrible de alguien que parecía deforme o, mejor dicho, de algo parecido a un embrión. En el azul no había nada, excepto la palabra «Tierra» copiada escrupulosamente.

Dibujé la figura de un hombre en el círculo azul y puse al lado: «hombre». Después metí la lámina por la ventanilla. Pronto surgieron las pinzas con otra hoja en la que aparecía representada —con gran maestría pero sin detalles— la mitad oriental de nuestro planeta, con la anotación al margen: «Tierra». En ese mapa hecho por el marciano, dibujé su nave en la zona noreste del Baikal. Por encima del dibujo de la Tierra se veía un círculo vacío. Junto a este último escribí: «Marte». Y dibujé en él

los canales y mares de ese mundo. Cuando era joven, me apasionaba estudiar las imágenes de Marte que nos dejaron Schiaparelli y otros astrónomos, de ahí que no me resultara difícil trazar, a grandes rasgos, un mapa del Planeta Rojo. A cambio de esta lámina, recibí otra en la que aparecían magníficamente dibujados con vivos colores los dos hemisferios de Marte, si bien su red de canales y la forma de sus mares no concordaba demasiado con lo que nos figurábamos; casi no había canales rectos, pues en su mayoría eran tortuosos como el contorno de los mares, y no se apreciaba ninguno que fuera doble.

Recordé que algunos científicos apuntaban la posibilidad de que los canales dobles y la rectitud de los trazados se debieran a una ilusión óptica, por la acumulación de vapores en la atmósfera de Marte, que reflejarían esas líneas. Además, nuestros instrumentos y medios de observación quedan muy lejos de la técnica marciana. Este hecho lo demostraba el mapa parcial de la Tierra elaborado por ellos.

En el siguiente dibujo estaba representado el «caldero» con una línea divisoria horizontal y otra ondulada bajo la base; ambas se cortaban con una tercera vertical que terminaba en su parte superior con un signo. Examinamos detenidamente el dibujo, pero no adivinábamos lo que se nos preguntaba.

Pável lo acertó antes que yo:

—Mira, yo lo veo así: la primera línea es como la superficie del agua y la de debajo será el fondo del lago. ¿Verdad que sí, compañero? Y la tercera debe ser la profundidad en ese punto, que es lo que nos pregunta. ¿Cómo se lo podemos decir?

En ese momento, el marciano nos echó un cable. Las pinzas nos entregaron una cinta de metal enrollada, parecida a una cinta métrica. Estaba cubierta de líneas y diferentes signos; en su extremo tenían una especie de plomada.

Medimos la profundidad y pusimos en el dibujo el signo correspondiente; acto seguido se lo devolvimos. Segundos después salió por la ventana el brazo del marciano, señalando la orilla. Era largo y delgado, con un tejido gris que le cubría hasta la muñeca; la mano desnuda parecía algo más grande que la de un humano, pero solo tenía tres dedos. La piel era amarillo verdosa, con pequeñas escamas en el anverso y la palma lisa; recordaba la piel de los reptiles. Enseguida se escondió de nuevo en el interior del aparato.

—¿Qué querrá? —pregunté en voz baja.

Pável se concentró, con la frente arrugada, en busca de una respuesta.

—A lo mejor lo que quiere es acercarse a la orilla.

—¡Eso es, camarada! Vamos a remolcarlo. Bastará con dejarle a unos veinte metros de tierra firme. Fíjate en esos salientes pegados a las paredes; seguramente servirán para arrastrarlo o subirlo.

Atamos a uno de ellos la cuerda del ancla y nos pusimos a los remos. Cuando el «caldero» empezó a moverse, la mano asomó de nuevo, nos hizo un gesto y se metió dentro. Yo tenía claro que habíamos encontrado la forma de entendernos: un lenguaje

primitivo a base de gestos y dibujos, como lo hacían los habitantes de la prehistoria.

Una vez acercado el vehículo a la orilla, desatamos el cabo y se lo mostré por la ventanilla, para hacerle comprender. Se oyó un chirrido y luego algo que repiqueteaba. El caldero se balanceó un poco hasta que se quedó inmóvil.

—Ha soltado un ancla por debajo —dijo Pável.

Sonó un crujido metálico y por la parte de arriba quedó al descubierto una ranura cuadrangular que se fue agrandando hacia abajo lentamente.

—¡Mira, Mikolaich, es una puerta! ¡Prepárate, que va a salir...!

—Prométeme, Pável, que no nos asustaremos ni saldremos corriendo, tenga el aspecto que tenga.

—Será bien recibido, no nos ha hecho nada malo, no vamos a hacerle daño.

—Estate tranquilo. El pobre tendrá miedo en un lugar desconocido y seguro que nos teme más que nosotros a él. ¡Vamos, sal, pequeño, no te haremos nada! Somos gente racional.

V. SÁNZEF BAIRO-TUN

La puerta se abrió hasta rozar el agua. Con un temblor involuntario esperábamos la aparición del marciano. En el umbral de la puerta apareció la cabeza del visitante... Se dejaba ver poco a poco, para que pudiéramos acostumbrarnos a su aspecto, dado que nunca habíamos visto a otro ser como él. Finalmente se mostró ante nosotros en toda su estatura...

¡Era una figura realmente extraña! Llevaba una especie de gorro o capucha sobre su enorme cabeza. Desde la frente, le cubría los ojos una visera curvada de plástico ahumado, de color rosáceo. Todo su cuerpo estaba protegido por un tejido flexible de color gris. Desde el primer momento me llamó la atención una caja negra que colgaba de su ancho pecho. Era parecida a la funda de una cámara Kodak, con dos círculos amarillos surcados de líneas y símbolos; de éstos partían dos manguitos. En una de sus manos llevaba un objeto parecido a una pistola, con un largo cañón de casi medio metro, que iba unida a la caja pectoral por un cordón elástico que partía de la culata.

El marciano bajó despacio por los peldaños de la compuerta y se detuvo, como si dudara, antes de subir a nuestra embarcación. Le tendimos nuestras manos y, agarrándose a ellas, saltó al interior con bastante ligereza. La sensación que producía su mano al tacto era muy parecida a tocar la piel de un lagarto.

Remamos en silencio hasta la ribera del lago y varamos el bote en la arena. El marciano salió, dio unos fuertes pisotones en el suelo, levantó las manos y la cabeza al cielo, y dijo algo ininteligible. Su voz tenía un timbre claro y agudo. Después se paró a mirarnos con detenimiento. Sacó de una especie de mochila que colgaba de su hombro el mismo dibujo donde se veía un marciano en un círculo rojo y el hombre

dibujado por mí en el azul. Señaló la figura del marciano y luego a sí mismo; a continuación pronunció con claridad:

—Noko.

Luego nos señaló con la mano, indicó el dibujo del hombre y nos miró interrogativamente. Entonces me señalé y también a Pável, y dije:

—Hombre.

—Hom-bre —pronunció él silábicamente y después de señalarse a sí mismo, repitió—: Hombre. —Después tendió la mano hacia nosotros y dijo—: Noko.

Pável se rió con ganas y dijo con los brazos en jarras:

—¡No te fastidia! Está clarísimo, Mikolaich. En nuestro idioma se dice «hombre» y en el suyo «noko». Si seguimos así, dentro de nada hablaremos como Dios manda. Anda, intenta decirle algo.

Me señalé con el dedo en el pecho y dije con la mayor corrección posible:

—Noko. Iván Snezhkov.

Después señalé a mi amigo:

—Noko. Pável Sújov.

El marciano repitió nuestros nombres, se señaló a sí mismo y dijo:

—Hombre. Bairo-Tun.

Y tras una breve pausa, añadió:

—Sánzef.

Pável y yo intercambiamos miradas.

—¿Qué es lo que pregunta, Mikoláich?

—No he entendido más que tú. Déjame pensar.

Durante un par de minutos Bairo-Tun guardó silencio. Luego dijo:

—Noko. Bairo-Tun. Sánzef.

Pável se rascó la nuca.

—No te entiendo. Sánzef, ¿qué es, tu apellido?

El marciano sacó de su bolso la imagen de una sala llena de máquinas desconocidas para nosotros, aparatos, recipientes y una serie de rollos parecidos a las cintas de películas cinematográficas. En medio se veía la figura de Bairo-Tun. La precisión de los detalles y la exacta impresión de luces y sombras indicaban que no se trataba de un dibujo, sino más bien de algo similar a una fotografía.

—Debe ser ingeniero —dije.

—Supongo que sí. Un tipo normal como yo no se sacaría una foto rodeado de máquinas.

El marciano sacó otra imagen. La misma sala. Paredes desnudas. En el suelo unos raíles y sobre ellos un carro con dos ruedas, que empuja otro marciano distinto de Bairo-Tun, con la cabeza más pequeña y las extremidades más largas y delgadas. Otro ser del mismo tipo está limpiando las paredes mojadas con una especie de cepillo. Bairo-Tun señaló los largos brazos de ellos y dijo:

—Topto noko. —Después se puso el dedo en la cabeza y añadió—: Sánzef noko.

—¡Eh, Pável! Creo que lo he entendido. Estos dos, son simples operarios. *Topto noko* significa «trabajador» y *sánzef noko* es «científico».

El marciano nos miró alternativamente y repitió varias veces:

—*Topto, sánzef, topto, sánzef...*

—*Mikolaich, ¿tú entiendes lo que quiere?*

—Ni lo más mínimo.

—Pues yo creo que sí. Quiere saber cuál de nosotros es el trabajador y cuál el científico. Ahora se lo explico. ¡Escucha, Bairo-Tun! Éste es Mikolaich, Iván Snezhkov, científico, *sánzef*, aunque es muy joven. Él te lo contará todo: sobre el agua y la tierra, el cielo, los seres vivos, desde el mosquito al dromedario... Y yo soy Pável Sújov; aunque tengo estudios y también sé mucho de animales o de la taiga, en realidad soy un hombre sencillo, *topto*, pero no me avergüenzo de ello. Ahora, con las comunas, todos tenemos los mismos derechos. ¿Entiendes?

Bairo-Tun escuchó muy serio a Pável y, después de señalarme, dijo:

—*Sánzef.*

Ahí quedó la conversación por el momento. Llevamos a nuestro invitado hasta la tienda de campaña. Le enseñé mis instrumentos y aparatos, y le dejé algunos libros de botánica, zoología y mineralogía. Bairo-Tun sacó de nuevo la foto en la que él aparecía rodeado de máquinas y lo que parecían rollos de películas; por gestos, me explicó que sus libros no tenían hojas, sino que venían enrollados en dos rodillos y que nuestro papel era un material de poca solidez. Se interesó mucho por las ilustraciones y las observó un buen rato.

Hay que reconocer que Bairo-Tun era más ingenioso que nosotros y tenía más reflejos a la hora de salvar nuestra falta de entendimiento. Traeré a colación un ejemplo. Le enseñé un barómetro aneroides^[25] e intenté explicarle que la presión exterior del aire actúa sobre la caja hermética y hace moverse la aguja. Al principio no lo entendía, pero luego cerró la boca, infló los carrillos y presionó con el dedo sobre uno de ellos, mientras mantenía el otro hinchado. Nos echamos a reír y dijimos:

—¡*Koi, koi!*

Ya sabíamos que eso significaba «sí». Al finalizar nuestra primera jornada ya teníamos aprendido el siguiente vocabulario: «Marte» (*Zentar*), «Tierra» (*Tión*), «Sol» (*Tichanis*), «hombre» (*noko*), «trabajador» (*topto*), «científico» (*sánzef*), «animal» (*biar*), «ave» (*kaj*), «pez» (*pajto*), «sí» (*koi*), «no» (*jakoi*), «cuánto» (*tuton*), «para qué» (*poki tais*), «cómo se llama» (*kokitioro*), «piedra» (*dabar*), arena (*sai*), «fuego» (*kiron*), «agua» (*sotos*).

Al ponerse el sol, llevamos a Bairo-Tun hasta su nave. Nosotros todavía estuvimos un tiempo sentados en torno a la hoguera, asimilando todo lo sucedido en ese increíble día y haciendo planes para el siguiente. Finalmente, nos acostamos. Ya estaba medio dormido cuando escuché a Pável, que todavía repetía en un susurro:

—Animal, *biar*; pájaro, *kaj*... Y no le hemos preguntado cómo se decía pulpo. Mañana sin falta...

VI. ZENTAR Y SUS HABITANTES

Al salir el sol nos levantamos y fuimos a por Bairo-Tun hasta la orilla. Pasamos juntos todo el día. Al caer la tarde teníamos tal cantidad de nuevas palabras que empezamos a elaborar un improvisado diccionario; en los días siguientes se amplió progresivamente y se hizo más detallado, hasta convertirse en un diccionario de verdad.

Al cabo de cuatro días ya éramos capaces de construir frases largas, nos corregíamos mutuamente y perfeccionábamos nuestra dicción. El zentariano (marciano) era bastante sencillo por su estructura. Gracias a su específica alternancia de vocales y consonantes y a su clara pronunciación, era fácil de aprender. Pável se puso manos a la obra con gran pasión. Le atraía el hecho de ser el primer ser humano sobre la Tierra en hablar el idioma de Marte. Soñaba con llegar a ser el futuro guía y traductor de nuestros visitantes del espacio.

Yo intenté aprender lo más rápido posible el idioma marciano, para introducirme en los misterios del planeta: sus canales, mares, color, habitantes, leyes, estructura social, etc. Por eso me aplicaba en el estudio de cada palabra nueva y las repetía muchas veces para memorizarlas, lo que sorprendía sobremanera a Bairo-Tun. A él, con su avanzado cerebro, le bastaba con pronunciarlas dos o tres veces para fijarlas definitivamente en su memoria.

En general, hablamos la mitad del tiempo en ruso y la mitad en zentariano. Sin embargo, Bairo-Tun utilizaba palabras rusas con mayor facilidad que nosotros las de su idioma, lo cual facilitaba bastante la comunicación. Por supuesto, los tres simplificábamos el lenguaje. Lo que sigue es un ejemplo de cómo se desenvolvía Bairo-Tun en ruso:

—Cuando yo decidir volar a Tión, yo pensar: es igual vivir o morir. No hay que temer cuando mucho querer saber todo...

Al cabo de diez días de práctica verbal, yo ya sabía muchas cosas de Marte y Bairo-Tun de la Tierra. La falta de tiempo y de papel me impide transmitir en detalle todo lo que nos contó sobre Marte este sánzef. Si fuera necesario podría escribir un libro entero sobre el planeta Zentar. De momento me limitaré a narrar lo que considero imprescindible.

La flora y fauna de Marte ya habían alcanzado un desarrollo significativo cuando nuestra Tierra estaba aún en un estado magmático y solo empezaba a formarse la corteza del planeta. En la actualidad, en Marte la vegetación está prácticamente ausente. Solo quedan algunas variedades de musgos gigantes y líquenes, capaces de adaptarse mejor a los cambios de temperatura, al igual que ciertos hongos supervivientes. Todos ellos tienen un color rojizo o anaranjado. Las acusadas heladas convierten cualquier reserva de agua en un bloque de hielo, dada la escasa profundidad de estas reservas. Solo hay dos tipos de peces que pueden soportar las

adversidades climáticas y habitan los fondos de los lagos más profundos, donde manan las corrientes cálidas subterráneas. Aves e insectos hace tiempo que se extinguieron, al igual que los depredadores. Solo subsisten algunas especies de animales similares a las ratas y los canguros. En invierno se ocultan en recónditas madrigueras para hibernar.

La superficie del planeta es prácticamente inhabitable. Es un completo desierto sembrado de ruinosas ciudades abandonadas. Solo quedan algunos puntos habitados, que sirven para controlar las máquinas y demás infraestructuras, seguir los fenómenos atmosféricos, la distribución de los cursos de agua, y transmitir información astronómica o noticias por radio.

Hacia miles de años que los marcianos se habían instalado en las profundidades del planeta, donde era más fácil mantener una temperatura estable y el aire era más denso que en la superficie. Gracias a su elevado desarrollo técnico y científico, había sido posible sustituir el trabajo manual por el mecánico. La natalidad había descendido significativamente. La comida natural no existía; todo alimento tenía su origen en un proceso químico. La fisión nuclear se conocía desde hacía tiempo y se usaba como medio propulsor de las máquinas, así como en la producción de electricidad, calefacción e industria alimentaria.

Se diría que, con tal nivel de civilización, la vida allí debiera ser paradisiaca. Sin embargo, se produjo un desastre imprevisto: la comida química, aun siendo fácil de asimilar y nutritiva, fue el origen de una enfermedad específica, la «metalización» del cuerpo. En todos los tejidos del organismo se acumulan restos de metales y todos los marcianos se ven afectados por ello en mayor o menor medida. Esta enfermedad reduce a la mitad la esperanza de vida, mientras la ciencia lucha desesperadamente por encontrar una solución. Solo se ha descubierto un medio para prolongar la vida, pero es bastante complejo: se encierra al enfermo en una cámara hermética con elevada presión atmosférica y abundante luz solar; la alimentación química debe alternarse con la natural, obtenida esta última de los pocos animales y plantas que quedan. Para el cuidado de cada paciente deben emplearse entre veinte y treinta personas, sometidas a las mismas circunstancias que el resto y condenadas a una muerte temprana. Por supuesto, la mayoría no están dispuestas a sacrificar su vida por el bien de unos pocos y tampoco a trabajar en esas condiciones de aislamiento.

Finalmente, se fundó una sociedad de héroes voluntarios decididos a sacrificarse, con el fin de salvar a los que más tarde se trasladarían a nuestro planeta. Los marcianos ya conocían las condiciones de vida en la Tierra, en especial en lo que se refiere a grado de insolación, temperatura, presión, humedad, fuerza de gravedad en superficie, etc. Pensaban que la vida cultural de sus habitantes era muy reducida o casi inexistente.

Era imprescindible que llegara otra generación de marcianos, capaces de adaptarse a la vida en un nuevo planeta. Para ello, la sociedad de voluntarios eligió varias decenas de marcianos y marcianas con un grado de salud óptimo, y los

distribuyó en salas herméticas que recreaban las condiciones de vida terrestres. Los niños que nacían en estos habitáculos permanecían en ellos hasta que llegara su hora de partir en vuelos interplanetarios, cuyo destino final era el asentamiento en el planeta Tierra; para lograrlo, recibían una educación y entrenamiento específicos.

Hacía mucho tiempo que los marcianos contaban con naves espaciales. Eran aparatos con cohetes propulsados por energía nuclear. También habían descubierto hacía siglos una aleación que tenía la propiedad de perder su peso, es decir, anular la fuerza de la gravedad con ayuda de una corriente eléctrica. Los vuelos experimentales llevados a cabo en esas naves hasta Fobos y Deimos, satélites marcianos, fueron un completo éxito. Sin embargo, las condiciones de habitabilidad de esas lunas eran francamente desfavorables y solo se crearon bases con grupos muy reducidos de colonizadores.

Los últimos diez años se habían sucedido los vuelos Marte-Tierra. Las naves estaban dotadas de potentes equipos de radio que permitían mantener la comunicación durante el vuelo, pero, a medida que se aproximaban a la Tierra, ésta se debilitaba hasta desaparecer por completo de ahí que se desconociera el destino sufrido por los exploradores. Se estableció que una de cada dos naves enviadas regresaría para informar sobre la vida en Tión (Tierra), pero en diez años aún no había vuelto ninguna. Seguramente perecieron por errores de pilotaje o destruidas por meteoritos. Bairo-Tun tuvo que evitar varias colisiones en su viaje. Por desgracia, uno de los asteroides era tan grande que atrapó la nave en su campo gravitatorio y a punto estuvo de convertirse en su satélite. Solo al forzar al máximo la potencia de sus cohetes contrarrestó la atracción para salir despedido, pero la maniobra le costó la vida a su mujer y compañera de viaje, que se golpeó en la cabeza con un objeto contundente y murió en el acto. Se vio obligado a evacuar su cuerpo en una cápsula especial, diseñada para que no se perdiera el aire de la nave. Su cadáver siguió volando junto a él, pero la máxima velocidad de evasión imprimida por Bairo-Tun arrastró la cápsula funeraria, que acabó por desintegrarse, convertida en una estrella fugaz, al atravesar la atmósfera terrestre...

A mis preguntas sobre el suelo marciano y sus canales, Bairo-Tun me contó que el terreno se caracterizaba por su ligereza y porosidad. La capa superficial está compuesta casi exclusivamente por sal, óxido de aluminio y calcio, con trazas poco significativas de hierro fusionado con la sal. En cuanto a los minerales predominantes, se distribuyen de mayor a menor de la forma siguiente: por encima de todos destaca el aluminio, seguido del calcio, potasio, sodio, níquel y hierro; en menor cantidad, plomo, oro, plata y otros metales pesados. Por eso la densidad de Marte equivale al 71% de la terrestre y supera a la densidad del agua en solo 3,91 veces. La masa de Marte equivale a un 10,5% de la masa de la Tierra. En función de esos parámetros, las montañas no tienen una larga vida en ese medio.

Desde hace miles de años cuentan con canales para distribuir los recursos hídricos del planeta. Las fisuras naturales del terreno se igualan y profundizan para

comunicarlas con los ríos y otras reservas acuáticas; el trazado rectilíneo de los canales busca economizar esfuerzos en su construcción. Gracias a la porosidad del terreno y a la acción de poderosas máquinas, la excavación de los canales no entraña especial dificultad, más aún al construirse paulatinamente, a medida que se han ido desecando los ríos y mares. En realidad sí que existen canales dobles. En algunos puntos los cursos de agua son rápidos e impetuosos, de modo que se decidió trazar canales dobles para evitar las fugas de agua. Toda canalización tiene esclusas automáticas, que regulan la entrada y salida de agua según su nivel. Su mantenimiento es sencillo.

A consecuencia del aire enrarecido, la pequeña cantidad de vapor de agua que contiene la atmósfera y la coloración rojiza de plantas y suelo, la capacidad reflectora del planeta equivale a la cuarta parte de la de la Tierra; esta última la ven los marcianos como una brillante estrella azul.

También nos habló Bairo-Tun de las relaciones sociales en Marte. En la antigüedad el planeta estaba densamente poblado, tanto como el nuestro, los habitantes se dividían en razas y tribus, pero desde hace miles de años se unificaron en una sola raza con una lengua común. Los trabajadores poco cualificados, que no necesitan grandes conocimientos ni un desarrollo especial del cerebro, representan el 60% de la población. Éstos son bastante altos (alrededor de metro y medio de estatura), con la cabeza no muy grande, equivalente a dos onceavas partes de la longitud del cuerpo. Sus hijos nacen casi siempre sin dejar secuelas a la madre ni a sí mismos. El 40% restante son individuos altamente desarrollados en lo que respecta al funcionamiento del cerebro. A lo largo de los siglos se produjeron en ellos ciertas mutaciones: la cavidad craneal empezó a ensancharse hasta hacerse enorme. Las madres que alumbran a tales criaturas fallecen inevitablemente en el parto, pero la población está resignada ante esta desgracia. La muerte es instantánea y sin ningún sufrimiento, ya que la medicina marciana tiene un altísimo nivel y cuenta con magníficos métodos de anestesia. En cambio, la cirugía no ha encontrado aún el modo de preservar la vida de la madre gestante de un sánzef, aunque se trabaja en esa dirección.

En Marte hay una república gobernada por un consejo de cinco miembros, que desempeñan su cargo durante cinco años (un año marciano es casi el doble de uno terrestre, con 687 días). Como medida de precaución, siempre eligen cinco candidatos más, a modo de eventuales sustitutos.

Los marcianos son pacíficos por naturaleza. Hace tiempo que cesaron las guerras en el planeta. Antes había distintas religiones, pero los avances científicos acabaron por demostrar la inconsistencia de todas ellas.

Tanto en las relaciones políticas como en el derecho al uso y disfrute de los bienes materiales, todos son iguales en Marte. La producción y regulación del consumo está en manos del gobierno. De los cinco miembros del consejo, tres son elegidos entre los topto y dos entre los sánzef. El largo camino evolutivo que llevó a los marcianos

de la oligarquía a la república se reflejó en su complejión, lo que ocasionó una manifiesta desigualdad física que los dividió en dos grupos; no obstante, en la actualidad unos y otros son igualmente válidos en el terreno laboral. A medida que se perfeccionaron las máquinas y mejoró la cualificación de los topto, su trabajo se hizo más complejo, pero al mismo tiempo más fácil desde el punto de vista del esfuerzo físico. Paralelamente, su estructura corporal se acerca cada vez más a la de los sánzef (como se viene observando a lo largo de las últimas generaciones).

La Constitución de la República de Marte es tan sencilla como ingeniosa. Los delitos son algo muy excepcional (no hay motivos para cometerlos) y se derivan principalmente de desórdenes psíquicos...

Le pregunté a Bairo-Tun cómo se explica el parecido físico, a grandes rasgos, que une a los humanos con los marcianos. El científico me explicó que las criaturas cuyo grado de desarrollo es superior deben tener una forma básica común, aunque varíen sus planetas de origen. No hay fundamento alguno para pensar que los seres avanzados de otros sistemas solares puedan ser arañas, hormigas u otros representantes del mundo animal. Todos los órganos que carecen de funcionalidad se atrofian irremediamente en el proceso evolutivo y en la lucha por la supervivencia. La abundancia de ojos, patas u otros órganos, que facilitan la existencia de algunos animales, resultan perjudiciales para formas de vida más elevadas. La posición erguida otorga al hombre una mejor visión del entorno, con mayor alcance; en consecuencia, se acelera el desarrollo de las actividades propias del intelecto. Como demostración, Bairo-Tun mencionó varios ejemplos de órganos atrofiados en el cuerpo de los marcianos.

Yo apunté, por mi parte, que en el cuerpo humano también se han perdido partes que han dejado de ser funcionales: la cola, que quedó reducida a un simple hueso al final de la columna vertebral; las membranas que unían dedos de pies y manos, orientadas a la natación y que igualmente desaparecieron; el apéndice, que ahora solo nos ocasiona molestias con sus inflamaciones y antes servía como almacén de emergencia para los alimentos; el pelo, que se ha reducido mucho en el cuerpo y va cayéndose de la cabeza con la edad, al igual que los dientes, etc.

VII. CON LA FUERZA DEL ÁTOMO

Charlamos de infinidad de materias con nuestro científico marciano, pero sería imposible consignarlo todo. Lo que sigue son algunas de las conversaciones, en forma de diálogo para que resulten más comprensibles:

—¿Por qué llevas esa lámina de plástico ahumado que te cubre la cara? —le pregunté a Bairo-Tun.

—Suaviza la luz del sol y protege del polvo. Nuestros ojos no están

acostumbrados a recibir tanta luz.

—¿Y este tubo unido con un cordón?

—Esto es algo mortífero.

—Y ¿cómo actúa?

El marciano se encaramó a una roca de unos cinco metros de altura, a unos cien metros de nosotros. Giró hasta la mitad la palanquita que tenía uno de los círculos de su caja negra y después apretó un botón en el mango de su arma. Se oyó un ligero chasquido y luego un silbido; dos segundos más tarde resonó una fuerte explosión en las rocas, como el disparo de un cañón. La enorme roca de cuarzo quedó reducida a un montón de piedrecitas y polvo esparcidos por todas partes; en su lugar quedó un amplio cráter... La onda expansiva nos alcanzó con una masa de aire ardiente. Yo me quedé boquiabierto.

—Pues, si lo dispara a poca distancia, no quedan ni los huesos. Además, solo con la onda expansiva arderías por entero, ¿verdad?

—No, en ese caso se mueve el mando unas líneas más y el componente nuclear del rayo disminuye en intensidad.

Coloqué una lata de conservas vacía a diez pasos de Bairo-Tun.

—¿Se puede disparar a esa distancia?

—Por supuesto.

El marciano disparó. Igual resultado: explosión, aunque más débil que la anterior, oleada de aire caliente y la lata hecha pedazos.

—Y ¿puede alcanzar muy lejos?

Él se quedó pensativo, mientras pasaba sus medidas a las nuestras mentalmente:

—Hasta seiscientos metros.

—¡Pues nuestros rifles alcanzan tres kilómetros!

—Nosotros tenemos otro aparato, construido según el mismo principio, no muy grande, parecido a vuestras escopetas. Puede alcanzar hasta cinco kilómetros. Pero vuestras balas, al menor fallo, no dan en el blanco. Nuestras armas basadas en la descomposición atómica, a miles de metros de distancia producen una explosión que lo arrasa todo en un radio de seiscientos metros.

—¡Vaya! Así que ni rastro de vida en seiscientos metros... Desde luego, tiene un impacto más potente que nuestras minas. ¡Parece mentira que algo tan pequeño tenga un efecto tan devastador!

Entonces me acordé de un científico que, recientemente, pretendía demostrar cómo un gramo de determinada sustancia similar a la arcilla, sometido a la acción de la energía nuclear, puede desarrollar una fuerza capaz de mover una locomotora un año entero.

—¡Es una fantástica arma de ataque! Pero ¿también se usa como defensa?

Bairo-Tun me miró entre sorprendido y burlón. Después movió de nuevo el mando de su caja negra y se abrió en ella un agujero de forma cónica.

—¿Puedes apartarte?

Solo tuve tiempo de oír la pregunta. Me quedé inmovilizado al instante, después se empezó a oscurecer mi visión y perdí el conocimiento... Cuando me recuperé del desmayo, me vi tumbado en la arena, mientras Bairo-Tun me daba a oler un líquido amargo de un frasco. Al cabo de unos minutos me volvieron las fuerzas y mi cabeza se despejó. Me levanté de un salto, alegre de verme sano y salvo, aunque parecía haber estado al borde de la muerte. Pável no había podido ver lo sucedido, pues se encontraba en la tienda en ese momento.

—¿Ésta es tu segunda arma? ¡Increíble! Pero ¿si hubiera estado lejos, me habría alcanzado también?

El marciano miró a ambos lados.

—Ve a buscar a tu amigo y dile que se ponga allí, pero no le digas para qué.

Dudé un momento.

—No temas. Yo respondo por su vida.

El lugar propuesto se encontraba en una elevación del terreno, a unos dos kilómetros de donde estábamos. Fui hasta la tienda y le llamé.

—¡Ven, rápido! ¡Mira, en aquella colina acabo de ver con los prismáticos unas cabras! No nos vendría mal algo de comer.

Pável cogió su escopeta de caza y se dirigió al sitio señalado, al que tardó en llegar media hora. Yo le seguía con los gemelos.

Bairo-Tun se levantó:

—Ponte detrás de mí; si no, te caerás otra vez.

Obedecí sin perder detalle. Veía claramente a Pável, que miraba a todas partes y se encogía de hombros. Me reí para mis adentros y pensé: «Veamos, amigo sánzef, si sale bien tu función»...

De repente, Pável se tambaleó, soltó el arma y se desplomó. Al mismo tiempo cayeron al agua por lo menos diez gaviotas, que se encontraban en el radio de acción del artilugio. Me quedé petrificado.

—Ahora coge este frasco, ve allí y dáselo a oler.

—¿Y si se muere antes de que llegue?

—No. La acción de estos rayos no es peligrosa hasta pasadas quince horas, cuando sí puede sobrevenir la muerte.

—Cogí el frasco y me fui corriendo. Llegué casi sin aliento y, con mis manos temblorosas, abrí el frasco y lo puse bajo su nariz. A los dos o tres minutos despertó, y a los cinco ya estaba maldiciendo.

—¿Qué diablos ha pasado? Por favor, dímelo. ¡Me he quedado más débil que una niña! ¡La madre que me parió...! ¡No doy un paso derecho! Pero ¿qué me ha ocurrido, Mikolaich? Hasta me da vergüenza...

Nos dimos la vuelta. Por el camino se lo conté todo y le pedí perdón por la pequeña broma. Él se enfadó, pero no le duró mucho, porque era un pedazo de pan y, al final, acabó riéndose:

—¡Ah, menudos pájaros estáis hechos! ¿Será posible...? ¡Cómo os lo habéis

pasado a mi costa! Pero bueno, no ha sido nada. Así al menos sabemos bien la fuerza que tiene nuestro científico.

Al volver, le pedí a Bairo-Tun que me explicara para qué servía y cómo funcionaba esa fantástica caja negra, pero no quiso.

—No, no puedo. Quizá más adelante... Solo te diré una cosa: también se basa en la descomposición de los átomos. Una sustancia específica produce una radiación que sale por la abertura de la caja negra y afecta al sistema nervioso de cualquier criatura, con un efecto anestésico inmediato. Si se gira el mando, se puede regular la intensidad y la distancia deseadas. Como sabes, las ondas de radio recorren enormes distancias y eso no te sorprende. De igual forma no deben sorprenderte otro tipo de ondas y radiaciones. Estos rayos atraviesan con facilidad el agua. Si tu amigo coge la barca, verá peces adormecidos en el lago.

Así lo hizo Pável. Al cabo de una hora volvió con unos veinte peces muertos.

—¡Algo así nos vendría de maravilla, Mikolaich! Sin fuego, sin ruido... y mira lo que hace. Vas remando y allá donde metas la mano, no hay más que cogerlos.

Pero el mayor beneficio que nos trajo el rayo paralizante fue su efectividad con los insectos. Las moscas y mosquitos que no paraban de molestar desaparecían cada tarde cuando Bairo-Tun les dirigía su rayo; en un kilómetro a la redonda no quedaba bicho viviente. Después dormíamos plácidamente, sin necesidad de encender espirales ni protegernos con mosquiteras.

Cada mañana inspeccionaba la zona afectada por la radiación, por si encontraba algún raro ejemplar de insecto. Y, efectivamente, cogí dos mariposas que aún no habían sido clasificadas por los entomólogos: eran preciosas, de un color rosa muy vivo, con manchas color esmeralda en la parte superior de las alas y los bordes inferiores negros. Con el orgullo típico del naturalista, las llevé a la tienda para incluirlas en mi colección.

No hace falta decir que, en posesión de un arma tan poderosa, los marcianos debieron exterminar sin dificultad cualquier animal no deseado, como insectos, bacterias u otros de mayor tamaño.

VIII. LOS MARCIANOS NO RESPONDEN

El primero de junio por la tarde, nuestro invitado anunció que quería intentar comunicarse por radio con Marte. Le llevamos hasta su nave; varias veces le había pedido que me la enseñara por dentro, a lo que él se negaba categóricamente, con el argumento de que debía calibrar todos los instrumentos ante una posible partida y eso era algo muy delicado. Bairo-Tun creía que el campo magnético y otras radiaciones terrestres podían influir negativamente en su nave y que cualquier imprudencia podía echarlo todo a perder.

Cedimos ante su insistencia y nos quedamos en la barca, a más de cien metros del aparato volador, como nos aconsejó. Cayó la noche, silenciosa y estrellada... En el techo del caldero volante hizo su aparición una larga antena. Sonó un fuerte chasquido y ésta se cubrió de una nube de chispas azuladas, largas como agujas. En la punta surgió una enorme y cegadora bola de luz azul, que emitía un intenso haz de chispas en rápido ascenso hacia el cielo nocturno. El espectáculo era realmente mágico, aunque el ensordecedor y prolongado chisporroteo nos obligó a taparnos los oídos. En un ancho espacio circundante toda el agua refulgía con ese maravilloso fuego azul. Las señales de radio volaron hacia el espacio durante una hora, después de lo cual Pável y yo volvimos a la orilla. Nos costó mucho conciliar el sueño aquella noche, hablando de marcianos...

A la mañana siguiente, Bairo-Tun nos confesó con tristeza que había esperado toda la noche en vano una respuesta de sus congéneres. Después Pável se fue de caza y yo, por enésima vez, continué con mi interrogatorio sobre Marte. Por cierto, me contó cómo los marcianos habían vencido al sueño. Un estado de vigilia prolongado acarrea la formación de sustancias nocivas en la sangre, algo así como un veneno orgánico. Es un proceso puramente químico y los marcianos hallaron el reactivo que neutraliza ese veneno. En caso de necesidad, ellos pueden pasarse sin dormir unos diez días de los nuestros, sin dejar de estar frescos y saludables.

—Pero eso a veces aburre, y apetece acostarse y dormir —añadió Bairo-Tun.

Habían pasado ya dos semanas desde el aterrizaje. Últimamente nuestro invitado era más reacio a hablar y le veía a menudo pensativo. ¿Qué podía estar tramando un visitante del espacio? ¿Quizá albergaba el despreciable deseo de que su raza pudiera someter a toda la humanidad? Aguanté sin comentar nada, pero al final no pude más y le expliqué mi preocupación. Él se lo pensó unos minutos, antes de contestar:

—Nosotros no vamos a ejercer ninguna violencia si no nos sentimos amenazados. ¿Puedes asegurarme que todos los terrícolas se comportarían con nosotros de forma tan atenta y bondadosa como Pável y tú? ¿No nos tomarían por criaturas horribles y querrían destruirnos cuando decidiéramos asentarnos en vuestro planeta?

Le contesté con sinceridad, que yo solo podía hablar por las dos o tres decenas de personas que conocía y que quizá fuera suficiente para asegurar la supervivencia de los marcianos en la Tierra. En cualquier caso, se sobrentiende que nuestros gobernantes deben estar al corriente de los planes marcianos. En nuestra Unión Soviética los marcianos encontrarían comprensión y apoyo, al proceder de una civilización comunista superior, pero ¿acaso podemos confiar en los países con regímenes burgueses?

—Repito. Nosotros queremos establecernos en otros planetas porque el nuestro se muere. Todo depende de cómo nos reciban aquí. Estamos dispuestos a compartir nuestros avances científicos, pero ¿no querrán los seres humanos, una vez dominados nuestros secretos, destruirnos para evitar así la convivencia de dos razas tan distintas en el planeta?

—¿Quién puede predecir el futuro, Bairo-Tun? Tú quieres quedarte en la Tierra y a mí se me ha metido en la cabeza otra idea: ¿y si yo visitara tu Zentar?

—¿Ir a Zentar? ¿Para qué? ¿Qué harías tú allí? ¿Cómo vivirías? El aire es mucho más pobre que en las cumbres más altas de vuestro planeta. Sudarás sangre por todos los poros de tu cuerpo. Sufirás con los cambios bruscos de temperatura. Además, nuestra atmósfera contiene dos gases que son perjudiciales para vuestros pulmones.

—Se puede hacer un traje especial, como el de los buceadores, con bombonas de oxígeno a la espalda.

—Se puede, pero eso limitaría mucho tus movimientos. Además, no está claro el recibimiento que te darían allí y puede que al final te arrepintieras de tu curiosidad.

—No es curiosidad, sino sed de conocimiento. Quiero ver y conocer aquello que no ha visto antes ningún habitante de la Tierra.

—¿Incluso a costa de tu vida?

—Así es. ¿Es que tú estabas seguro de que todo te iría bien cuando decidiste venir aquí? Eres el único que ha conseguido llegar a la Tierra.

—Sí, pero nosotros lo hacemos en busca de una segunda patria.

—Y yo lo hago en aras del conocimiento.

—Ciencia... conocimiento... Sí, quizá tengas razón. Se puede arriesgar la vida por eso. Pero ¿cómo piensas llegar hasta Zentar?

—Tengo mis esperanzas puestas en ti, Bairo-Tun. Tú ves mi actitud contigo, conoces mi amplitud de miras sobre la vida y el mundo... Me ayudarás... espero. Si estás dispuesto a ocultar tus conocimientos a todo el mundo, al menos no hagas lo mismo conmigo.

—Sí, tu pensamiento humano no está tan alejado del mío... Te creo. Pero yo necesito la nave para mí. Te daré instrucciones para construir una similar, con todo tipo de fórmulas y dibujos. Pero esto lo haré únicamente para ti. Otras personas... no sé cómo se portarían conmigo.

La promesa del científico desató en mí la euforia. Ya me veía en mi nave, surcando el espacio y acercándome al parduzco Zentar-Marte. Sentía una alegría indescriptible al pensar que yo, un simple Iván Nikoláievich Snezhkov, pudiera pisar Marte. No la simplona luna, sino el mismísimo Marte, ¡el planeta más avanzado!...

Cuando calmé mis emociones, presté mis cinco sentidos a lo que decía Bairo-Tun: apunté, dibujé y tracé los planos. Así pasé dos días, hasta que volvió Pável de la cacería. Ya contaba con todo el material necesario para construir la nave; gracias a Bairo-Tun tenía en mis manos el diseño completo.

IX. LA TRAGEDIA DE BAIRO-TUN

El 4 de junio nuestro científico nos hablaba así:

—Estoy aburrido de estar aquí. Tengo que relacionarme con otras personas, con aquellos de los que tú dices fiarte. Podemos ir en mi nave. ¿Estáis de acuerdo?

—¡Claro que sí! Cuanto antes, mejor. Ya verás cómo la gente de ciencia te recibe como mereces. En un país soviético, la ciencia ocupa el primer lugar.

—Bien. Iremos mañana. Hoy comprobaré que todos los instrumentos funcionan y haré un vuelo de prueba.

—Pero ¿cómo podrás volar en horizontal?

—Tiene dos propulsores móviles que modifican la dirección a placer...

—¡Magnífico! Como dicen, me consume la impaciencia. Pero mañana harás la prueba. Pável y yo nos vamos a dormir. ¿Qué haremos con la barca?

—La remolcaremos hasta algún lugar.

—¡Estupendo! Hablaré con mi amigo.

Pável, al oír los planes que tenían, se rascó la oreja:

—¡Claro! ¿Por qué no volar?... Y ¿no nos partiremos la crisma, Mikolaich?

—Hombre, si él vino aquí desde Marte y ha sobrevivido... Además, solo lo haremos después del vuelo de prueba, si todo está en orden.

Así lo acordamos.

A la mañana siguiente, para celebrar el primer vuelo de un sánzef sobre la Tierra, clavé en la arena un largo mástil con la bandera soviética. Un fresco vientecillo hacía ondear el paño rojo, mientras esperábamos, con el corazón en un puño, a que despegara la nave. Yo tenía la Kodak preparada para inmortalizar el evento. Al cabo de unos minutos se oyó un leve silbido, que se convirtió en un zumbido agudo. De las toberas que rodeaban el techo salían potentes chorros de vapor, producto de la reacción atómica, que envolvieron el aparato en una cortina de niebla. Alrededor del objeto, el agua se agitó y empezó a borbotear; se formó un pequeño oleaje que llegó hasta la orilla y nos obligó a retroceder.

«¡Ha llegado el momento!», pensamos.

El aparato se alzó desde el agua, ganó altura rápidamente hasta unos doscientos metros y luego disminuyó la velocidad hasta estabilizarse. En los laterales se movieron los propulsores, zumbaron con un ruido más fuerte y la nave se alejó volando sobre el Baikal. Pero, de repente, cuando se encontraba a una distancia de medio kilómetro, algo sucedió. Empezó a caer hasta rozar el agua. Después se vio envuelta en llamas y se oyó una atronadora explosión...

Solo me dio tiempo a ver cómo en la superficie del lago se formaba un enorme embudo, cuyos bordes se transformaron en una ola gigantesca... Se nos vino encima como un ciclón y nos sacó a la orilla como si fuéramos dos junquillos. Al caer, vi volar la bandera hecha jirones con el mástil partido y dos gaviotas con las alas vueltas hacia arriba. Fuimos rodando por encima de la arena y las piedras, hasta perder el conocimiento... Pável fue el primero en volver en sí, pues era más fuerte que yo. Empezó a zarandearme y al final desperté por el dolor de las contusiones. Sentados uno frente a otro nos dijimos algo, sin conseguir oír nada, salvo un zumbido en los

oídos. Cara y manos estaban llenas de ampollas por las quemaduras. Nos faltaban trozos de ropa, y, si no ardimos por completo, fue porque la enorme ola que azotó la ribera nos cubrió y apagó las llamas, mientras nos arrastraba...

Pável gemía de dolor y me indicó por señas que se había dislocado el codo izquierdo. Le estiré el brazo y devolví el hueso a su posición inicial. Hicimos un esfuerzo para llegar hasta el agua, donde pasamos cerca de una hora, hasta que se calmó el dolor de las quemaduras y golpes recibidos. Cuando empezamos a tiritar, salimos y vagamos por la orilla, en busca de nuestras posesiones. Pero ¡no encontramos gran cosa! Por pura casualidad, nuestra ropa limpia estaba intacta, al igual que los trajes y el calzado, pues lo teníamos todo metido en un fuerte baúl de hierro. También guardaba allí mi diario y todas las notas y dibujos adicionales. Encontramos una sartén, algunas latas de conservas y un cazo de cobre. Cogimos algo de té y azúcar entre las cajas destrozadas. Las escopetas también se habían salvado; colgaban de la tienda que había salido volando y fue a aterrizar en unos arbustos. También recuperamos un hacha, una sierra, un escoplo, algunos clavos y tablas de las cajas descompuestas. Todo lo demás estaba roto, quemado, deshecho o empapado. Todas mis colecciones se habían perdido, mi herbario, mis reactivos, la cámara con todas las fotos y carretes...

Durante dos semanas nos curamos de las heridas, descansamos y arreglamos la embarcación, que tenía la cubierta partida. Una vez recuperados, subimos al barco, arriamos las velas y en una semana estábamos en la estación de Misovaia. Allí cogimos un tren hasta Irkutsk. Nada más llegar a la ciudad fui a ver a un amigo, profesor de ciencias, y le conté todo lo que habíamos vivido. Al principio me escuchaba con seriedad y atención, pero luego empezó a sonreír y acabó por reírse a carcajadas.

—Iván Nikoláievich, no se enfade. Lo único que creo es que estuvo en alguna región salvaje y remota, donde se le ocurrieron algunas buenas ideas sobre mecánica y química, y que después sobrevivieron a un devastador huracán. El resto, por supuesto, es pura invención.

Yo me indigné:

—Pero ¡Pável estuvo todo el tiempo conmigo! Pregúntele a él.

—Mi querido amigo, incluso con dos o tres Pável, nadie le creería.

—Pero tengo dibujos y el alfabeto zentariano. Pável y yo lo hablamos con cierta soltura.

—Les dirán que todo eso se puede inventar.

—¡Maldita sea! ¿Y los dibujos?

—Eso lo podría hacer hasta un niño. Luego dice que perdió todas las fotografías...

Acabé por perder la paciencia:

—Bueno, pero aquí hay más que eso: un plano detallado de la nave, con todos sus mecanismos, fórmulas para descomponer los átomos, rayos anestésicos, una aleación

antigravedad...

Los ojos del profesor se iluminaron un instante y dejó de sonreír.

—¿No bromea? Déjeme ver esas fórmulas.

Pero entonces recordé mi última conversación con Bairo-Tun. ¿Enseñarle aquello que conseguí mientras forjaba mi amistad con el científico marciano, aquello que considero más valioso que mi propia vida...? No, de ningún modo. Nadie lo verá.

—No puedo hacerlo —dije con decisión.

—¿Lo ve? ¿Así cómo quiere que le crean?...

Una semana después tomaría otra decisión no menos importante. Durante mi estancia en Estados Unidos trabé amistad con un estudiante de la Universidad de Yale, William Amory. Durante horas le oí hablar del brillante futuro de la química, de las fuerzas de la naturaleza, que harán sucumbir al Hombre, de los futuros vuelos a otros planetas... Él aseguraba estar trabajando en esa dirección y decía ir por buen camino. Después tuvimos una fluida correspondencia y supe que se hallaba inmerso en la consecución de sus proyectos, en una pequeña localidad del estado de Texas. Decidí entonces ir a verle y compartir con él mi valiosísimo material, recibido de otro sánzef, aunque marciano. Pável prefirió no acompañarme; para él, Siberia y la taiga eran más preciosos que cualquier planeta y más importantes que toda la ciencia junta. Al menos le dejaría como recuerdo este manuscrito.

N. SNEZHKOVA

(Fin del manuscrito)

Cuando leí el relato de Snezhkov, mi primera reacción fue de incredulidad, pero después pensé: «Y ¿por qué no?». Entonces me acordé de la nota aparecida recientemente en un periódico, que fue a parar a mis ojos casualmente y en ese momento tomé por un bulo. Decía que un tal Amory, científico, había construido en Texas un cohete para viajar a Marte y que lo tenía celosamente guardado en un lugar no revelado. Los periodistas averiguaron que los vuelos de prueba tuvieron éxito.

Un buen día, Amory, junto a otros tres aventureros, despegó y se perdió en el espacio. Se comentaba que la nave no ascendió en vertical, sino trazando una espiral. ¿Habrían logrado estos intrépidos exploradores introducir las correcciones de vuelo necesarias? ¿Fueron capaces de llegar a Marte, o perecieron en el intento? No lo sabemos. Tenían una potente estación de radio, pero en la Tierra nunca recibieron comunicación alguna. Estoy seguro de que Pável sabe más de esto que nadie; cuando regrese de su expedición a las Kuriles, seguro que tendrá mucho que contar.

Créditos

Títulos originales: *Stereoscop. Súmerechni rasskaz*

Vo tmié. Istoría, sluchívshaiasia v 2912 godú

Prazdnik bessmiertia

Straná Gónguri

Chuzié

Bairo-tun

© de la traducción: Alberto Pérez Vivas

Notas

[1] El estereoscopio, inventado por el británico sir Charles Wheatstone en 1840, es un aparato óptico que desdobra una imagen bidimensional para verla en dos perspectivas diferentes —una con cada ojo al mismo tiempo—, con lo que se produce una ilusión de profundidad y tridimensionalidad al fundirse en el cerebro del espectador. Desde 1862 se crearon estereoscopios portátiles y la visión de fotografías con este método fue muy popular a finales del siglo XIX y principios del XX. Es el referente técnico más antiguo de la actual visión 3D. *[Esta nota, como las siguientes, es del traductor.]*

<<

[2] Figurillas de terracota originarias de la ciudad griega de Tanagra, pertenecientes a los siglos IV y III a. C. <<

[3] Columna de Alejandro (1830-1834), que conmemora la victoria contra las fuerzas invasoras napoleónicas. Está hecha de granito rojo y es la más alta del mundo en su género: 47,5 metros. <<

[4] Se refiere a la «Historia prodigiosa de la Ciudad de Bronce» de las *Mil y una noches*. <<

[5] En Rusia era y todavía es frecuente revestir la parte exterior de las puertas de las viviendas con un material acolchado, remachado con grandes tachuelas alrededor, para mitigar el frío. <<

[6] Estamos ante un ser que mide poco más de un metro y se considera alto en su especie humana «evolucionada». <<

[7] Los rasgos que caracterizan a este humano del futuro coinciden notablemente con la evolución prevista a largo plazo para el género humano por numerosos estudiosos, como el grupo de la Facultad de Medicina de Baltimore o el científico Robert Clark, del Centro Nacional de Investigaciones Científicas de Francia: menor estatura, mayor volumen craneal, desaparición de toda pilosidad corporal, extremidades más delgadas y flexibles, reducción significativa del tamaño de los órganos sensoriales... Todo lo dicho está curiosamente emparentado con los supuestos alienígenas que declaran haber visto muchas personas en todo el mundo. <<

[8] Hermann von Helmholtz (1821-1894), de origen alemán, fue uno de los científicos más versátiles del siglo XIX, destacando en el campo de la fisiología, la óptica, la acústica y la electrodinámica. <<

[9] En este contexto se refiere a una raza superior a la humana, tanto en tamaño como en intelecto. <<

[10] Volcán inactivo actualmente, situado en el Cáucaso occidental, en Kabardia-Balkaria, cerca de la frontera con Georgia. Es el punto más elevado de Europa con 5.642 m. <<

[11] La «octarina», u octavo color del espectro, es un tono cromático imaginario, a menudo asociado con la magia, el ocultismo o la ciencia ficción; quedaría fuera del espectro de siete colores básicos percibidos por el ojo humano, que solo es capaz de captar longitudes de onda entre 380 y 780 nm. <<

[12] Christian Matthias Theodor Mommsen (1817-1903), jurista, filósofo e historiador alemán. Recibió el Premio Nobel de Literatura en 1902. <<

[13] No se refiere a la Revolución rusa, sino a otra mucho más distante en el futuro.

<<

[14] Obra inacabada de Pushkin. <<

[15] Finca rural en cuya villa vivió Lev N. Tolstói y donde escribió sus mejores obras.

<<

[16] Daniel Bernoulli (1700-1782), matemático, físico y médico suizo. Fue notable su contribución en el campo de la estadística y la teoría de las probabilidades, así como en hidrodinámica y elasticidad. <<

[17] Personificaciones femeninas de la venganza en la mitología griega. <<

[18] Fridtjof Nansen (1861-1930), explorador, científico y diplomático noruego; fue Premio Nobel de la Paz en 1922. <<

[19] En el original ruso, el autor hace un juego de palabras con *krasni* (rojo), al encadenar la descripción con el pinar o *krasni bor* (bosque rojo), el Krasni Yar (nombre de localidad que se traduce como Aldea Roja o Pueblo Rojo) y el propio color de los lirios. <<

[20] Ambas son ciudades relevantes de la región de San Petersburgo. <<

[21] Enfermedad caracterizada por la propulsión excesiva del globo ocular fuera de la cavidad de la órbita. <<

[22] Pez de la familia de los salmónidos originario de la zona del lago Baikal. <<

[23] ¿Quién está ahí? ¡Salgan, por favor! <<

[24] Tabaco de picadura usado normalmente para cigarrillos; en este caso para pipa.

<<

[25] Tipo de barómetro de precisión inventado en 1843 por Lucien Vidie. <<